

de

# Diez citas



CARA COLT Lectulandia

¿Sí quiero en sólo diez citas?

Cuando era una adolescente, la aplicada y formal Sophie adoraba al apuesto Brandon, que la protegía de los que se metían con ella. Pero él era demasiado impetuoso para una chiquilla de pueblo como ella. Al final, se alistó en el ejército y se fue.

Ahora, el chico rebelde había regresado, justo a tiempo para acompañarla a la fiesta de compromiso de su antiguo prometido y evitarle una humillación. Sophie presentaría a Brandon como su nuevo novio y juntos convencerían a todos de estar locamente enamorados.

**Lectulandia**

Cara Colter

**Diez citas**

\*

ePub r1.0

Piolin 01.07.2017

Título original: *Winning a groom in 10 dates*  
Cara Colter, 2010

Editor digital: Piolin  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Prólogo

—Ya veo que ha dejado el estilo *hippy*, Sheridan, las melenas, la barba, el pendiente...

—Sí, señor —respondió Brand, que llevaba viviendo en la clandestinidad durante tanto tiempo que le costaba trabajo responder cuando le llamaban por su verdadero nombre.

—Ya no necesita parecerse a él nunca más —dijo su jefe con un gesto de satisfacción—. Brian Lancaster está muerto. Hicimos que todo pareciese como si su avión privado se hubiese estrellado en el Mediterráneo por causas desconocidas. Ninguno de los que hayan quedado de la operación Lobby se estará preguntando por qué el señor Lancaster no fue uno de los veintitrés detenidos en siete países diferentes. Buen trabajo, Sheridan. Ninguno de nosotros podría haberse imaginado esto cuando respondió usted a aquel anuncio en Internet. Le dio a FREES una nueva proyección.

FREES, la Brigada de Emergencia para la Erradicación del Terrorismo, era una unidad formada por hombres muy bien adiestrados y con un gran sentido de la disciplina. Brand, reclutado justo después de su primer servicio con los marines, había dado tales muestras de valor y heroicidad que lo habían encumbrado como uno de los mejores especialistas en rescates de escalada de alto riesgo. Esa cualidad, junto con su facilidad para los idiomas, le había llevado a entrar en la FREES.

Su respuesta en Internet a una página europea que ofrecía comprar armas estratégicas de uso restringido lo había cambiado todo. Brand se había visto, de la noche a la mañana, inmerso en un mundo turbio donde él era en parte policía, en parte soldado y en parte agente y espía.

Pero había que pagar un precio. A decir verdad, Brand prefería las misiones más difíciles en las que había que poner en juego la inteligencia y no sólo las grandes dosis de valor y preparación física que había desarrollado a lo largo de los últimos cuatro años como experto en rescates.

—Aunque parezca que nos hemos deshecho definitivamente de Lancaster, no podemos arriesgarnos a dejar ningún cabo suelto. Necesitas desaparecer por un tiempo. Como si te hubiera tragado la tierra. ¿Conoces algún sitio así?

Brand Sheridan conocía un lugar que reunía perfectamente esas condiciones. Un lugar donde nadie le relacionaría nunca con Brian Lancaster. Un lugar con muchos árboles, con calles en sombra y donde nadie cerraba la puerta de su casa. Un lugar donde lo único interesante que se podía hacer un viernes por la noche era jugar en la Liguilla del Harrison Park.

Era el lugar donde había crecido, pero también en el que se había negado a enterrar su juventud. Sentía pavor de regresar. Pero tenía que hacerlo.

—Señor, tengo aún algunos permisos pendientes.

Era una forma de hablar. Brand Sheridan había estado en la clandestinidad

durante cuatro años. Se había tomado tan en serio su nuevo rol que no se había permitido un solo instante de ocio en todo aquel tiempo. Había llevado a cabo su misión con tanta profesionalidad como si su vida hubiera dependido de ello.

Su jefe le miró con cierto recelo.

—Necesito volver a casa —dijo Brand. La palabra «casa» le sonó tan extraña como segundos antes el oír su nombre en boca de su jefe.

—¿Será un sitio seguro?

—Créame, si un tipo como Brian Lancaster tuviera que esconderse, Sugar Maple Grove sería el último sitio donde le encontrarían.

—¿Un pueblo con cuatro gatos?

—No creo que haya tantos —bromeó Brand—. Está en el estado de Vermont, en la ladera de las Green Mountains. Creo que la gente sigue yendo a por agua a la fuente y los chicos a la escuela en bici. El mayor acontecimiento del año es el certamen de rosas y patios —dudó unos instantes antes de continuar—: Mi hermana está muy preocupada. Teme que mi padre no sepa sobrellevar la muerte de mi madre. Necesito ir a ver cómo está.

Pero sabía que su padre no le recibiría precisamente con agrado.

—Su madre murió mientras usted estaba fuera, ¿verdad?

—Sí, señor.

Sí, ese año ella se había sentido muy orgullosa de haber participado en el certamen de patios y haber recibido el premio a las rosas más bellas de la ciudad.

—Siento que no pudiera ir a su funeral.

—No se preocupe, señor. Es parte de mi trabajo.

Pero eso era algo que sólo podía comprender alguien que tuviera el mismo trabajo que él. Y ése no era el caso de su padre, un sencillo médico de pueblo.

—La operación Chop-Looney ha sido todo un éxito. ¡Excelente trabajo! —dijo su jefe—. Se le ha propuesto para una condecoración.

Brand no dijo nada. Había vivido en un mundo de sombras donde uno era recompensado por sus habilidades para pasar por lo que no era, por su habilidad para traicionar a la gente que había confiado en él. ¿Por ese tipo de cosas se recibía una condecoración? Se le hacía difícil separar lo que era su trabajo de lo que era él como persona. En todo caso, no se sentía precisamente orgulloso de ello.

No quería volver a Sugar Maple Grove. Su padre estaba enfadado con él, y con razón. Su hermana le había encomendado una labor ingrata.

—Creo que mi estancia en Sugar Maple Grove no me llevará más de una o dos semanas —dijo Brand.

—Sería mejor que se quedara un mes. Así nos daría tiempo a diseñar un plan eficaz para su protección personal.

¡Un mes en Sugar Maple Grove! ¿Qué iba a hacer allí tanto tiempo?

—Sí, señor —contestó, pensando que, al menos, allí podría dormir tranquilo por la noche.

## Capítulo 1

El cielo oscuro del verano estaba poblado de estrellas. Eran como un enjambre de luciérnagas brillantes bailando resplandecientes en la bóveda celeste antes de desaparecer para siempre. Era la noche perfecta para una despedida.

—Adiós —dijo Sophie Holtzheim en voz alta—. Adiós a mis estúpidos sueños románticos.

Su voz sonó apagada y triste en la quietud de la noche. Era la voz de una mujer que se estaba despidiendo de todos los planes de futuro que con tanto esmero había planeado.

Sophie estaba en el jardín de su vecino. Había aprovechado su ausencia para utilizar su hoyo de quemar rastrojos y basuras, aunque la verdad era que se sentía atraída irresistiblemente por la intimidad y belleza del lugar.

La casa de Sophie pertenecía a un conjunto de construcciones de estilo colonial de los años treinta, ubicadas en un extremo de Sugar Maple Grove. A pesar de la gran cerca que protegía la propiedad, no quería correr el riesgo de que alguien que saliese a pasear al perro a última hora de la noche pudiera ver el resplandor del fuego... ni a una mujer vestida de blanco hablando consigo misma.

Porque eso era ella: una mujer, sola, vestida un sábado a medianoche con su vestido de boda, que anhelaba un instante de intimidad, a salvo de los rumores de la gente.

Sophie Holtzheim había venido alimentando esa idea durante los últimos seis meses.

Respiró profundamente y se alisó con la mano su traje de seda blanco. Era un vestido que le había gustado nada más verlo, con sus tirantes tan finos, su discreto escote de pico, y su elegante caída.

—Nunca me casaré con este vestido.

Las palabras de Sophie sonaban con firmeza y resignación. Esperaba que decirlo en voz alta pudiera servirle de alguna ayuda, pero no fue así.

Suspirando, abrió la caja que tenía junto a ella y examinó su contenido.

—Adiós —dijo en un susurro.

Dentro había una colección de invitaciones de boda con nombres inscritos, diversos patrones de trajes de novia, recortes de revistas con centros de mesa y adornos de flores, y folletos de agencias de viajes con multitud de destinos para pasar una luna de miel de ensueño.

Sophie tomó la invitación que estaba más a la vista.

«No la leas», se dijo para sí. «Arrójala al fuego directamente».

Pero no lo hizo. A la luz de la crepitante llama de la hoguera que había encendido en el jardín del doctor Sheridan, deslizó los dedos sobre las letras historiadas de la cartulina que tenía en la mano. Era la invitación que había elegido para su boda.

—«Dos personas —dijo leyendo en voz alta— unen su amor en este día para

convertirse en una sola. Los señores Harrison Hamilton tienen el gusto de invitarle a la celebración de la boda de su hijo, Gregg, con la señorita Sophie Holtzheim».

Con un sollozo, arrojó la invitación al fuego, contemplando cómo sus cantos dorados se tornaban cada vez más oscuros y luego toda ella se plegaba y retorció como el pasto de las llamas.

Gregg no iba a unir su vida con la de ella, sino con la de Antoinette Roberts.

Durante los últimos meses, había tratado de mantener viva la esperanza de que todo volviese a sus cauces, de que Gregg recobrase la sensatez.

Pero aquella misma tarde la había perdido definitivamente al recibir una invitación en la que figuraba el nombre de Antoinette Roberts en vez del suyo.

No era una invitación de boda. Era para una fiesta que los padres de Gregg darían en la casa de lujo que tenían en las afueras de Sugar Maple Grove.

—Gregg y yo estuvimos comprometidos pero nunca tuvimos una fiesta de compromiso.

Sophie se sentía menospreciada viendo que todas las miradas y atenciones recaían sobre la nueva prometida.

Era la gota que colmaba el vaso. Dejó brotar todas las lágrimas que había reprimido a lo largo de la tarde y se congratuló de no haberse maquillado para la ceremonia de despedida de sus sueños y esperanzas.

¿Cómo podía Claudia Hamilton, la madre de Gregg, haberle hecho eso? Era demasiado cruel invitarla a esa fiesta donde Gregg presentaría a todo el pueblo a la mujer que la había sustituido. Pero Claudia, que en cierta ocasión había estado ojeando con ella revistas de novias, había dejado bien claros los motivos.

—No quiero que parezca que te hacemos un desaire, querida. Toda la ciudad va a estar allí y tú también debes estar. Por tu propio bien. Hace ya varios meses de vuestra ruptura. No trates de parecer patética. Procura ir acompañada y dar la impresión de que has rehecho tu vida. No podemos seguir toda la vida oyendo a la gente hablar de que Gregg te ha roto el corazón. No sería bueno ni para él ni para Toni. No es agradable que él aparezca en todo este asunto como el villano de la historia, ¿no te parece?

Ella era verdaderamente la única y auténtica responsable de toda aquella catástrofe.

—Si pudiera volver atrás... —dijo dejando caer un torrente de lágrimas por sus mejillas.

Si al menos fuera posible desdecirse de algunas de las palabras que había pronunciado.

Las revivió en ese instante, avivando el fuego que tenía delante de ella hasta ver la imagen de una tarta nupcial de tres pisos y un manojo de rosas amarillas adornando los bordes.

—Gregg —le había dicho el día en que él había regresado a South Royalton para terminar su carrera de abogado y la había presionado para que fijasen una fecha para

la boda—. Necesito un poco de tiempo para pensarlo.

Ahora tendría toda la vida para hacerlo. Toda una vida para pensar y reflexionar por qué había arrojado todo por la borda sólo por un momento de indecisión.

Había creído conocer bien a Gregg, nunca se había imaginado que reaccionaría de aquella manera. Siempre le había tenido por una persona muy comprensiva. Pero se había puesto muy furioso. ¿Cómo se había atrevido ella a decirle que necesitaba pensárselo?

Los Hamilton eran la aristocracia de Sugar Maple Grove.

Y Sophie Holtzheim era simplemente la simpática niña empollona a quien toda la ciudad había llegado a adorar por haber dado a conocer diez años atrás Sugar Maple Grove en todo el estado, al llegar a la final del Concurso Nacional de Redacción con *Los encantos de una pequeña ciudad*.

No era de extrañar que se hubiese quedado boquiabierta cuando Gregg Hamilton se fijó en ella. El que a él le preocupase tanto la opinión de los demás y se comportase de un modo poco romántico, eran cosas que no podían considerarse como defectos.

Especialmente ahora, echando la mirada atrás.

Pero no habían sido esas cosas las que le habían molestado. Había sido algo muy distinto, algo que se ocultaba debajo de la superficie y que ella no acertaba a ver, ni se atrevía a nombrar. Algo que al principio le había inquietado, luego enfadado, después desquiciado y finalmente había conseguido derribar todo su mundo.

Porque cuando ella no pudo ignorarlo por más tiempo, cuando comenzó a sentir un dolor agudo en el estómago las veinticuatro horas del día y no podía dormir, le había dicho a Gregg, con tono vacilante, como disculpándose: «No puedo poner la mano en el fuego. Pero creo que algo no marcha bien». Y se quitó del dedo el anillo con aquel diamante enorme y se lo devolvió.

Pero no estaba preparada para la sorprendente y rápida reacción de Gregg. La había reemplazado. Pocas semanas después del incidente del anillo, llegaron a sus oídos rumores de que Gregg estaba saliendo en la universidad con otra chica.

Al principio, había pensado que se trataría sólo de una estrategia para ponerla celosa. La relación que habían mantenido había sido lo suficientemente profunda como para que Gregg pudiera reemplazarla sin más por otra mujer en tan breve espacio de tiempo.

Pero ahora tenía la confirmación en la mano. No, no se trataba de darle celos. Había sido reemplazada. No era ninguna broma, ni cuestión de despecho. Gregg no iba a volver ya con ella. Nunca. Era el final. Todo había terminado entre ellos. Para siempre.

Claudia le había aleccionado para que no fuese patética. ¿No era demasiado tarde para eso? ¿No era así como ya la veían todos?

Si Claudia Hamilton pudiera verla ahora, en aquella ceremonia de sacerdotisa druida, reclinada sobre su caja de sueños y vestida con aquel traje que nunca más se

pondría, el cuadro que vería no haría más que confirmar sus palabras.

Patética. Quemando su caja de sueños, reviviendo aquellas fatales palabras y preguntándose una vez más qué habría pasado si nunca hubieran llegado a salir de su boca.

—No pienso ir a esa fiesta —dijo con voz firme y segura por vez primera—. Nunca. Ni aunque me lleven a rastras. Me trae sin cuidado lo que piensen los Hamilton.

Saboreó aquellos breves segundos de exaltación y firmeza.

Y luego se vino abajo.

—¿Qué he hecho? —se dijo entre sollozos.

De repente sintió erizársele el pelo. Le sintió antes incluso de verlo. ¿Era un aroma en el aire? ¿Un cambio casi eléctrico en la textura aterciopelada de aquella noche de verano?

Alguien se había aproximado al jardín. Había llegado en silencio y estaba observándola. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? ¿Quién sería?

Giró la cabeza muy despacio. A primera vista, no vio nada. Luego distinguió la silueta de un hombre. Una silueta más negra que las sombras de la noche.

Estaba de pie en silencio junto a la verja de entrada, y tan quieto que parecía como si no respirara. Tenía una imponente presencia física de un metro ochenta y estaba en una actitud tranquila a la vez que acechante, como un depredador felino.

Su corazón empezó a latir con fuerza. Pero no por miedo.

A pesar de que la oscuridad difuminaba sus rasgos, a pesar de que hacía ocho años que no pisaba aquel jardín, a pesar de que su cuerpo había cobrado un aspecto más maduro y musculoso, no tuvo dificultad en reconocerle.

Era el hombre que había arruinado su vida.

Pero no era el mismo hombre cuyo nombre figuraba junto al suyo en aquella invitación que acababa de condenar a la hoguera.

Era el hombre que había tenido en la mente cuando le había dicho a Gregg que necesitaba un poco de tiempo para pensarlo.

No le había nombrado, ni siquiera en su pensamiento. Pero había sentido un deseo de algo que sólo él, Brand Sheridan, el hijo del médico, el soldado errante, había conseguido despertar en ella.

Había sido ridículo tirar por la borda toda su vida por algo que había pasado cuando era apenas una adolescente. Pero no había nada que pudiera sustituir ese sentimiento. Era como el gusanillo que se siente en el estómago cuando se salta desde lo alto de los acantilados de Blue Rock, en esos breves segundos que median entre que toma uno la decisión de lanzarse al vacío y siente el golpe sobre la superficie helada del agua. Algo vital, intenso. Como si ese momento glorioso fuese lo único importante.

Brand le había hecho sentir eso siempre. Ella tenía sólo doce años cuando su familia se mudó a vivir en la casa contigua a la del doctor Sheridan. Brand tenía

diecisiete.

Le bastaba con mirarle una vez a los ojos para sentir todo el día una profunda desazón. Desazón que despertaba en ella unos sueños imposibles de felicidad.

Había amado desesperadamente al hombre que estaba ahora allí de pie en la oscuridad como sólo una adolescente es capaz de hacerlo. De una forma irreal, apasionada y no correspondida.

El hecho de que él no se hubiera fijado apenas en ella, lejos de desanimarla había conseguido avivar sus sentimientos.

Sintió un estremecimiento familiar en el vientre al oír su voz.

—¿Qué demonios pasa aquí?

Sabía que sus ojos eran de un azul más intenso que el zafiro. Pero, en aquellas sombras, parecían tan negros y seductores como esa noche de verano, y cargados de nuevos e insondables misterios.

Por un instante, se sintió completamente paralizada, pero en seguida se rehízo. No iba a permitir que, después de ocho años de ausencia, la viese así.

Se encaminó hacia la salida que le ofrecía la pequeña abertura que había en el seto. Pero se acordó entonces de la maldita caja con sus estúpidos recuerdos románticos.

No podía marcharse, dejándola allí para que él la encontrase. Se dio la vuelta, tomó la caja y entonces... La catástrofe. Se pisó el bajo del vestido, tropezó y cayó al suelo de bruces. Se había dejado aquel vestido demasiado largo con la esperanza de parecer más alta y esbelta cuando tuviese que desfilarse por el pasillo de la iglesia el día de su boda.

La caja se le escapó de las manos y todas las cosas que había dentro, papeles y fotos, salieron volando desperdigados por el aire.

Él se acercó solícito a ella. Puso la mano sobre su hombro desnudo y la ayudó a darse la vuelta. Ella sintió su mirada y el calor de su mano y se vio sumergida de pronto en una sensación de embriaguez como si se hubiera tomando una botella entera de champán.

Él la contempló desde arriba, con el ceño fruncido y una expresión que infundía miedo. ¿Era ese hombre realmente Brand?

Entonces, las duras facciones de su rostro se suavizaron levemente, mientras un gesto de interrogación se dibujó en sus cejas.

—¿Dulce Pea?

Su rostro le cautivó. Un rostro que aún podría detener el sol, pero en el que advertía ahora una nueva dimensión: unos rasgos de acero y una mirada más fría. Había algo en su expresión que nunca había visto antes.

Él retiró la mano de su hombro y se la pasó suavemente por la mejilla para quitarle una brizna de hierba. Resultaba difícil imaginar que aquellas manos tan fuertes pudieran resultar tan suaves.

Tratando de evitar nuevas catástrofes, se incorporó sacudiéndose el polvo del

vestido. El amor que sentía por él la volvía torpe.

Cerró los ojos en un intento de olvidar la humillación del momento.

Durante su adolescencia, después de que él se alistase en el ejército, se había imaginado más de un millón de veces cómo sería su regreso. El día que volviera a casa y la viese, no como una desgarbada chiquilla, sino como toda una mujer. Se había imaginado su voz ronca diciéndole sorprendido al verla: «Sophie, qué guapa estás».

Pero lo que le dijo fue muy diferente:

—¿Eres tú? ¿La Dulce Pea?

Ella se permitió dirigirle una nueva mirada para embriagarse de su perfume, de su presencia y de su misterio.

Brand Sheridan había sido siempre un hombre muy atractivo. Y no porque fuera especialmente guapo, había muchos hombres terriblemente guapos. Ni porque tuviera una constitución atlética y musculosa, había también muchos hombres con un cuerpo envidiable.

No, era otra cosa, oculta, imposible de definir, primitiva como el sonido de un tambor, que tenía la virtud de dejarla embobada.

Desde el día que su familia se trasladó a la casa vecina a la de los Sheridan, se había dedicado a adorar e idolatrar a aquel vecino suyo cinco años mayor que ella.

Divertido y atrevido, Brand Sheridan había sido siempre demasiado excesivo en todo para el apacible y tranquilo pueblo de Sugar Maple Grove. Demasiado aventurero, demasiado impaciente, demasiado activo y vital.

Su padre, el médico del pueblo, había sido por el contrario un hombre convencional. Algo que Brand había detestado. Para decepción del doctor Sheridan, Brand no había querido seguir la tradición familiar, había dejado la universidad y se había alistado en el ejército, dejando su ciudad natal sin volver la vista atrás.

Sophie se alegró tanto como los propios padres de Brand, cuando éste regresó a Estados Unidos después de un largo período de actividades por el extranjero.

¿Cuándo había sido aquello? ¿Hacía cinco años? No, tenía que haber sido un poco más, porque él estaba fuera del país cuando murieron los padres de ella. La verdad era que Brand nunca había vuelto realmente.

Para desolación de su madre, cuando estaba a punto de celebrar el fin de su arriesgada misión y su vuelta a casa, se había alistado a un grupo internacional de soldados de élite, conocido como FREES. Pasaba la mayor parte del tiempo entrenándose en la costa oeste y en países extranjeros o en arriesgadas misiones de alto secreto.

Sophie sabía que por aquellas fechas él se había reunido con sus padres en California, Londres y París, y ocasionalmente se había dejado ver en alguna que otra reunión familiar en la casa de su hermana Marcie en Nueva York.

Conforme pasó el tiempo, se hizo cada vez más evidente que Brand Sheridan había dejado Sugar Maple Grove y que no regresaría nunca. No le habían convencido

los supuestos atractivos de la ciudad que ella había alabado en cierta ocasión en aquel trabajo titulado *Los encantos de una pequeña ciudad*.

La ciudad entera se sintió conmocionada cuando Brand ni siquiera asistió al funeral de su propia madre. Ese día perdió también el respeto y la admiración de su padre.

—Brandon —dijo Sophie, algo nerviosa, tras su largo examen visual, usando su nombre completo en vez del diminutivo para que viera que estaba dispuesta a tratar con él de forma adulta y que podía dejar a un lado sus expresiones cariñosas como «Dulce Pea»—. No te esperaba.

Nada más salir esas tres palabras de su boca se arrepintió de haberlas pronunciado. Siempre había tenido el don de decir inconveniencias en el momento más inoportuno.

¡Claro que no estaba esperándole! ¡Llevaba puesto a medianoche un vestido de novia!

—¿Esperabas a alguna otra persona entonces? —le dijo él.

Le tendió la mano y Sophie se agarró a ella, tratando de disimular el efecto que producía en su corazón el contacto de aquella mano firme y segura.

Brand tiró de ella para ayudarla a incorporarse. Cosa que hizo con gran facilidad.

—No, no esperaba a nadie —dijo ella—. Sólo estaba quemando la basura.

—Quemando la basura... —repitió él, con una leve sonrisa en los labios.

Se dio cuenta entonces de que estaba respondiendo tal como le había dicho la señora Hamilton: de forma patética. Un simple contacto había sido suficiente para hacerle sentir algo que no había sentido durante todo el tiempo de su compromiso con Gregg.

Y a eso se sumaba el hecho de que hacía meses que no se había pasado por la peluquería, ni se había maquillado. De toda la gente que podía haberla sorprendido con su vestido de novia celebrando aquella ceremonia ritual a medianoche, tenía que haber sido él... Brand Sheridan.

Él retiró la mano tan pronto ella se puso de pie, y comenzó a recoger del suelo los restos desperdigados de su sueño nupcial, devolviéndolos a su caja, mientras Sophie contemplaba agradecida la escena pero sin mostrar el menor interés por los objetos.

Estaba endiabladamente atractivo y más musculoso que de joven, con ese pecho y esos hombros tan anchos. Y había cambiado también en otras cosas.

Llevaba el pelo corto y la cara muy bien afeitada. Su forma de vestir era convencional, aunque la camisa de manga corta que llevaba dejaba ver en todo su esplendor la impresionante musculatura de sus bíceps y antebrazos.

Tuvo la sensación de haber perdido para siempre a aquel muchacho con el que acostumbraba a pasear, aquel muchacho de sus sueños que había renegado de su ciudad y se había marchado.

Para desencanto de su madre, había sido un adepto a los pantalones vaqueros rotos. Había llevado siempre el pelo muy largo y una barba descuidada. Ahora, por el

contrario, llevaba el pelo muy corto y la cara con un afeitado muy apurado, propios de la disciplina militar.

Fue entonces cuando ella se fijó en el pequeño orificio del lóbulo de la oreja.

¡Vaya! No era difícil imaginarle de pirata, con las piernas separadas, preparadas para resistir los embates de la mar, los poderosos brazos cruzados delante del pecho y con la cabeza echada hacia atrás desafiando a las tempestades que sobrecogían de pavor al resto de la tripulación.

«Basta», se dijo a sí misma. Llevaba años siendo una persona sensata. Y había estado a punto de casarse con el hombre más sensato del mundo.

Y ahora allí estaba él, Brand Sheridan, echándolo todo a perder. Tirando por la borda todos sus propósitos, y haciéndola ver que distaba mucho de ser una persona sensata.

Quizá nunca lo había sido.

## Capítulo 2

—¿Te has hecho un *piercing* en la oreja? —exclamó Sophie.

Se había prometido no preguntárselo, pero una vez más había hecho uso de su facilidad para decir inconveniencias.

Brand frunció el ceño.

—Sí —contestó, tocándose el lóbulo de la oreja con un tono de voz que no parecía invitar a hacer más preguntas.

Sin embargo, Sophie encontraba aquellos lóbulos muy excitantes, como para darles un mordisquito...

Desde que la habían nombrado un año en el instituto «la chica menos predispuesta a morder los lóbulos de la orejas de los chicos», había pensado siempre lo que se sentiría al hacer tal cosa.

Nunca había sentido el deseo de mordisquearle las orejas a Gregg. A su lado, ella siempre se había comportado con mucha sensatez.

En cambio, Brand...

Pero ni siquiera conocía al hombre que estaba en ese momento junto a ella. No era desde luego el mismo que la había llamado aquella terrible noche por teléfono ocho años atrás. Aún recordaba su voz oscura, ronca y apesadumbrada: «Ay, Dulce Pea».

No era el mismo hombre que se había marchado de Sugar Maple Grove. Entonces era sólo un muchacho y ella una chica sin problemas, cuya única preocupación era tratar de quitarse de encima su reputación de chica rara. Ella había vivido feliz ajena a la tragedia que le esperaba: sus padres morirían en un terrible accidente después de cumplir ella los dieciocho años.

Sophie observó la expresión de sus ojos. Eso era lo que más había cambiado. Trató de recordar la chispa de malicia que había antes en ellos, la eterna sonrisa traviesa que dibujaba aquella característica curva sensual en su boca. Ahora, en cambio, expresaban cautela, desconfianza. Parecían estar cubiertos por una especie de escudo protector.

Y su boca tenía grabada un rictus amargo, como si ya no pudiese volver a sonreír, como si aquel muchacho travieso que había atrapado en cierta ocasión al mimado gato siamés del vecino y le había puesto un gorrito de bebé antes de soltarle, no tuviera nada que ver con el hombre que tenía frente a ella. En su lugar, había ahora un guerrero, preparado y entrenado para hacer cosas que la gente de esa pequeña ciudad no entendía.

Sintió deseos de preguntarle: «Brand, ¿qué te ha pasado?».

Afortunadamente, fue sensata y no lo hizo.

—Gracias, Brandon —dijo, tomando la caja de sus manos—. Te tendré en cuenta en mis últimas voluntades —añadió tratando de poner una nota humorística a la situación.

«Déjalo», se dijo viendo que estaba a punto de salirle su vena romántica. «Déjalo ya».

Pero, entonces, una tenue sonrisa dulcificó levemente el rictus severo de su boca, trayéndole a ella viejos recuerdos de cuando él había acudido en su defensa.

—Ayudarte es una vieja costumbre del pasado —dijo él con ironía.

—Sí, yo tenía la habilidad de meterme siempre en líos —admitió ella a su pesar.

—Sí, lo recuerdo... ¿Cómo se llamaba aquel chico que te persiguió hasta tu casa desde Harrison Park?

—No lo recuerdo —dijo ella con indiferencia, pese a recordarlo perfectamente.

—¿Ned?

—Nelbert —replicó ella, admitiendo así que lo recordaba desde el primer momento.

—¿Por qué te perseguía?

—No me acuerdo.

—Espera un segundo... Ya... Creo que lo tengo.

«No, por favor».

—Tú le dijiste que era más estúpido que un perro persiguiendo a una mofeta. ¿No fue así?

—Se lo dije en japonés —replicó ella—. Había aprendido a decir esa frase en japonés y supuse que todo quedaría en nada. Pero debió de captar el sentido por el tono con que lo dije.

Justo cuando había pensado que estaba ya perdida, porque había llegado exhausta corriendo hasta su casa y había visto que no había nadie allí, y tenía ya a Nelbert pegado a ella, había surgido Brand de entre las sombras del porche, con las manos cruzadas por delante del pecho, las piernas separadas y una sonrisa en los labios que no era realmente una sonrisa.

No había hecho nada. No había hecho falta. Nelbert se había quedado muerto de miedo. Y no volvió a molestarla.

—En japonés... —dijo Brand, moviendo ligeramente la cabeza a uno y otro lado—. Siempre fuiste todo un personaje.

«Vaya. Eso tiene gracia. Un personaje. Gracias. Espero tener un día de éstos mi propio cómic», pensó ella.

—Bueno, y ¿qué estás haciendo en el jardín de mi padre en... camisón?

—Estaba haciendo una pequeña hoguera —continuó ella—. Para quemar la basura.

—¿Quemas basura a... medianoche? —dijo tras consultar su reloj—. ¿Sabe mi padre que estás aquí?

—Está fuera —respondió ella caminando hacia el seto—. ¿No sabía él que ibas a venir?

El doctor Sheridan estaba ocupado cortejando a la abuela de Sophie, que había ido allí desde Alemania tras la muerte de sus padres para atender a su nieta e intentar

reconfortarla con sus especialidades gastronómicas.

Ese fin de semana, su abuela y el padre de Brand estaban disfrutando de una representación de Shakespeare en Waterville Park, el pueblo vecino. Pasarían allí la noche.

Sophie no había tratado de averiguar si habían reservado una o dos habitaciones. No quiso saberlo. Ellos eran siempre muy discretos. Además, no era responsabilidad suya ponerle a Brand al corriente de la vida amorosa de su padre.

—Quería darle una sorpresa —dijo Brand.

Por el tono desencantado con que lo dijo, ella supuso que él era consciente de que no sería muy bien recibido por su padre. Ni siquiera había podido acudir al funeral de su madre.

—Tu padre volverá a casa mañana... Bueno, creo que, dada la hora que es, habría que decir mejor hoy... Sí, creo que ya debe de ser domingo.

Siempre que él estaba cerca, se ponía tan nerviosa que no decía más que tonterías.

«Ya no tengo quince años», se dijo para sí.

—Creo que se llevará una sorpresa... Bien, buenas...

El viento aprovechó entonces la ocasión para llevar volando una curiosa foto de boda hasta los pies de Brand. Él la recogió del suelo, la alisó con las dos manos y la examinó.

Luego se la dio a ella sin decir una palabra.

Era una foto tomada dentro de una capilla de piedra. Había una novia, que estaba sola, arrodillada ante al altar. Una novia solitaria. La imagen podía parecer romántica, serena, inundada de un carácter sacro. Pero, a la luz de las circunstancias, la novia parecía una mujer abandonada.

—Basura —dijo Sophie muy orgullosa, arrugándola y arrojándola luego a la caja. Él la miró detenidamente.

—No es un camisón, ¿verdad? —preguntó Brand.

—No, no es un camisón —contestó ella alzando la barbilla con arrogancia.

—¿Vas a casarte? —le preguntó con aquel tono de burla tan característico en él en otro tiempo.

¿Se llevaba tan mal con su padre que ni siquiera le llamaba para preguntarle cómo estaba y saber las cosas que pasaban allí?

—Sí, voy a casarme con el misterio de la noche —respondió ella con mucha solemnidad—. Es una antigua ceremonia que se remonta a la época de los ritos de adoración de las diosas.

—Siempre fuiste muy original —le dijo él con una sonrisa gratificante.

—Sí, ya sé, soy todo un personaje.

—No sabes lo raro que es eso hoy en día —replicó él con una expresión de desencanto.

No, no lo sabía. Sentía ganas de sentarse con él junto al fuego para que él le dijera que eso era muy bueno. Querría desterrar las sombras de su mirada y hacerle reír

como en otro tiempo. Y, por supuesto, sentir de nuevo su contacto.

Él despertaba su lado más débil, pero estaba resuelta a ser una mujer fuerte e independiente.

—Buenas noches —dijo ella muy serena dirigiéndose hacia el hueco de la cerca.

Pero entonces comprobó horrorizada que se le había enganchado el vestido en alguna parte de la espalda. El sonido del desgarrón rompió el silencio de la noche.

Se quedó paralizada, estaba atrapada. Aunque estaba convencida de que no iba a necesitar ya más aquel vestido, no podía arriesgarse a destruirlo a fuerza de tirones.

Echó una mirada discreta de soslayo, esperando que Brand se hubiera metido ya en su casa. Pero no, estaba allí de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándola muy serio.

¿Por qué siempre que estaba con él tenía que salirle todo mal?

Retrocedió un paso pensando que quizá así se aflojase un poco la tirantez de su vestido. Pero escuchó un nuevo desgarrón a la altura del talle.

¿Cómo se las había arreglado antes para atravesar la cerca sin haber sufrido el menor percance?

Ahora, en cambio, tenía la impresión de que con cualquier movimiento que hiciese se le enredaría más el vestido entre el ramaje.

Un caballero habría adivinado ya que tenía delante a una mujer en apuros. Pero Brand, la oveja negra de la familia, no era un caballero. Resultaba evidente con sólo mirarle. Estaba disfrutando con la escena.

—¿Podrías echarme una mano? —se atrevió al fin a decirle.

Él se acercó a ella. Por segunda vez en esa noche, se embriagó de su perfume masculino, cálido y seductor, y sintió su respiración muy cerca, notando casi en la nuca el roce de los lóbulos de sus orejas.

Se le puso en seguida la carne de gallina. Él se dio cuenta de ello, naturalmente.

—¿Tienes frío, Sophie?

—Estoy congelada —masculló ella.

Eso le sirvió de excusa para estremecerse al sentir la mano cálida de él sobre su hombro.

Él se rió suavemente, sin ánimo de burla, pero muy consciente de su poder de seducción con las mujeres. Y ella sintió unos celos absurdos adivinando que ésa no era la primera vez que él manejaba las intrincadas hechuras de la ropa femenina.

Sus dedos se desenvolvían por su vestido con tanta delicadeza como si estuvieran acariciando a un pajarillo herido o asustado.

—Aquí está —dijo él.

Ella sintió su aliento alejándose de su cuello al tiempo que percibía su mano deslizándose en la oscuridad alrededor de su talle.

Hizo con la muñeca un movimiento rápido y le soltó el vestido. Una vez libre, ella se dirigió a su casa sin darle las gracias ni volver la vista atrás. Pero escuchó a su espalda su voz burlona.

—A propósito, Dulce Pea, no puedes casarte con la noche. Prometiste esperarme.

Sí, así había sido. Al poco de haberse marchado él de la ciudad, le había escrito por la noche una de esas cartas, con la emoción, angustia y dramatismo propias de una adolescente, donde le prometía amarle para siempre. ¿Lo había cumplido? ¿Había arrojado por la ventana un futuro estable sólo por aquella fantasía?

—Brand Sheridan —replicó ella, dando gracias a la distancia y a la oscuridad de la noche que la protegían de su mirada—, no me avergüences recordándome cuando tenía quince años.

—Yo amaba a aquella chica de quince años.

Una noche oscura, llena de estrellas, un fuego crepitando en una hoguera, ella con un vestido de novia, y Brand Sheridan amándola. No debía engañarse a sí misma. Ni debía confundir con la realidad aquello que él con tanta indiferencia llamaba amor.

—No es verdad —le dijo ella muy seria—. Te parecía cargante, desagradable y una pesada.

La carcajada de él casi le hizo volverse desde el otro lado de la cerca en que se hallaba, pero no, siguió su camino, su huida. No tenía intención de rendirse una vez más a su encanto.

¡Ya era hora de superarlo! Quizá, ahora que Brand Sheridan había vuelto finalmente a casa, fuese la ocasión. Quizá una persona tenía que cerrar del todo las puertas del pasado para poder albergar una esperanza en el futuro. Quizá ésa era la razón por la que las cosas no habían funcionado entre Gregg y ella.

Desoyendo la llamada de su risa, Sophie se escabulló dentro de su propio jardín y entró en su casa, cerrando de golpe la puerta tras de sí.

\* \* \*

Mientras se dirigía a la puerta de la casa de su padre, Brand sintió algo que hacía mucho que no había sentido.

Se sentía más libre y relajado. Sophie Holtzheim, la Dulce Pea, seguía tan graciosa como siempre. Y el hecho de que lo hiciera todo espontáneamente la hacía parecer aún más divertida.

«La diosa del jardín quemando la basura y casándose con la noche», murmuró para sí, moviendo la cabeza con gesto de incredulidad.

Había, sin embargo, una parte menos graciosa, pensó mientras buscaba el escondite frente a la puerta de entrada donde su padre solía esconder la llave de casa. La Dulce Pea parecía una verdadera diosa.

No sabía aún cómo la había reconocido, con lo cambiada que estaba. La recordaba con la cara llena de pecas y su explosiva melena pelirroja, siempre sucia y descuidada, tostada por el sol y llena de heridas y arañazos. La recordaba con gafas, con las rodillas y los codos huesudos, y con aquel gesto típico suyo de llevarse continuamente la mano a la boca para taparse el reluciente aparato de ortodoncia.

Desde la posición preponderante que le concedían sus cinco años de diferencia, él había protegido siempre a su simpática vecina de los matones y gamberros, sacándola

de muchos apuros y, en cierta medida, había dejado que se enamorase de él.

Durante su primer año en el ejército, ella le estuvo escribiendo regularmente. Unas cartas con unos sobres muy característicos, escritos con una inconfundible letra de niña con tinta de varios colores. Al principio, sólo fueron noticias y chismes de la ciudad, cosas sobre la gente que ambos conocían, pero llegó un momento en que ella, envalentonada por la distancia, le confesó su amor, prometiendo esperarle y pidiéndole que le mandase fotos suyas.

Él había llegado a la conclusión de que la solución menos dolorosa y más conveniente sería ignorarla por completo.

Sólo una vez en ocho años había entrado en contacto con ella y había sido por teléfono. Fue para darle el pésame por la trágica muerte de sus padres en un terrible accidente de tren al cruzar Miller Street. Ella tenía entonces dieciocho años y él deseó haber estado allí con ella para consolarla. Había aguardado pacientemente su turno en la fila de espera del locutorio de la base para poder hablar con ella y decirle algo. Pero, cuando al final tuvo el aparato en su mano, lo único que consiguió decir desde aquel lugar separado de ella por miles de kilómetros de distancia fue: «Ay, Dulce Pea».

Aquella noche sintió como si le hubiera partido el corazón en dos. Escuchando en vano sus sollozos al otro extremo de la línea, se sintió como si le hubiera fallado por estar tan lejos de ella.

Quizá eran sus ojos los que le hacían sentirse tan apegado a su joven vecina, a pesar de la indiferencia que pretendía mostrar siempre con ella. Eran de color de avellana, y había en ellos algo inquietante, como si pertenecieran a una persona mayor que ella. Parecía capaz de descubrir los secretos de las personas con sólo mirarlas.

Pero había crecido. Su pelo había perdido su tono rojizo tomando un color caoba que la luz del fuego había resaltado notablemente, despertando en cualquier hombre la tentación de tocarlo para ver si era de fuego o de seda. No sabía dónde podrían haber ido las pecas, pero lo cierto era que no quedaba en su cara el menor rastro de ellas.

Le habría resultado turbador verla con aquel vestido largo, con sus pechos turgentes debajo de la seda.

Pero él seguía siendo el tipo que se plantaba entre ella y sus torturadores. Pues habían sido tantos los que la habían importunado por su éxito con *Los encantos de una pequeña ciudad* como los que la habían felicitado.

Ella tampoco había sabido nunca callarse a tiempo.

Siempre había tenido el don de decir la palabra equivocada en el instante más inoportuno.

Él había tratado de ahuyentar siempre a sus escasos pretendientes, y le había dado a ese respecto muchos consejos sin que ella se los hubiera pedido: «Dulce Pea, todos los hombres son unos cerdos». «¿Tú, también?». «Especialmente yo».

Seguía viviendo en la casa de al lado, pero ya no era la misma que él recordaba. Él tampoco era ya el mismo. Había estado fuera mucho tiempo. No había tenido una relación cordial con su familia. Algunos encuentros ocasionales en Nueva York, donde su hermana se había ido a vivir, alguna visita de sus padres a California y poco más.

Recordó de pronto a su madre disfrutando como una niña en Disneylandia.

«Mamá».

Aquellos tiernos recuerdos le abandonaron enseguida para dar paso a otros más ingratos. Estaba en el porche donde su madre acostumbraba a balancearse en la mecedora mientras esperaba a que él llegase a casa.

Su padre le había dejado claro que nunca le perdonaría no haber asistido a su funeral.

Las palabras «clandestinidad» e «infiltrado» carecían de significado para el doctor Sheridan. No entendía que perseguir a los tipos malos que había por el mundo pudiera considerarse una profesión honorable.

No habría sido posible explicarle que, si hubiera acudido aquel día al funeral de su madre, se habrían echado a perder años de un minucioso trabajo de equipo y se habrían puesto en riesgo la vida de muchas personas.

«No quiero volver a oír tus excusas», le había dicho su padre la última vez que le había llamado. «Papá está enfadado contigo, no podéis seguir así eternamente», le había dicho su hermana, siempre muy pragmática, tras haberle convencido para que volviera a su ciudad natal.

Marcie le había dicho que su padre había tenido un incidente casero. Un fuego en la cocina. Una sartén con aceite olvidada en el fuego.

Su hermana tenía serias dudas de que su padre, con casi setenta y cuatro años estuviera en condiciones de vivir solo.

«Brand, ¿y si le fallase la cabeza?, ¿qué pasaría entonces?».

Por eso estaba allí. Para hacer el trabajo que nadie más tenía estómago de hacer. Se había pasado toda la vida asumiendo responsabilidades que gente más juiciosa que él no había aceptado.

Tras dar con la llave, entró en casa. Sin encender la luz siquiera, subió las escaleras y entró en la habitación ligeramente abuhardillada que años atrás había sido la suya.

Había una caja abierta abarrotada de trofeos de fútbol y de fotos del colegio. Su foto de graduación estaba encima de todas. La que había sido una vez el orgullo de sus padres.

Se quitó los zapatos y se dejó caer en la cama que llevaba largo tiempo sin usarse. Una nube de polvo le hizo toser. Cerró los ojos. Toda la casa desprendía un olor a quemado que le hacía recordar tristemente su misión.

Abrió los ojos de nuevo y contempló una luz parpadeante que se filtraba por el tejado. Era el fuego de la hoguera, que aún estaba ardiendo en el jardín. Trató de

encontrar la sensación de paz que había sentido antes pensando en su encuentro con Sophie.

Pero una idea inoportuna e indeseada vino sin saber cómo a su mente.

«¿Había estado llorando la Dulce Pea?».

Y, de repente, lo entendió todo. Había ido al jardín de su padre a medianoche para quemar fotos porque alguien le había roto el corazón.

Y, en vez de sentirse triste por ella, se sintió extrañamente feliz.

No quería que la Dulce Pea se casase con nadie sin su consentimiento. Era como si aquellos ocho años de separación no hubieran existido nunca, y él estuviese retrocediendo en el tiempo para volver a ocupar el papel que siempre había asumido con ella. Su protector.

## Capítulo 3

—Creo que voy a llamar a la policía —dijo su padre, mirándole desde la puerta de la habitación—. El allanamiento de morada es un delito.

Brand se dio la vuelta esbozando una mueca de disgusto al recibir en los ojos la luz que entraba por la puerta de la habitación. Miró a su padre y luego al reloj. Por lo que le había contado su hermana, se había imaginado a su padre con un aspecto más viejo y gastado.

Sin embargo, el doctor Sheridan estaba muy elegante, llevaba unos pantalones negros, una inmaculada camisa blanca y un chaleco de vestir.

—No es ningún delito entrar en una casa con la llave —replicó Brand—. ¿Qué tal, papá?

Era casi mediodía. Brand había estado durmiendo durante doce horas seguidas.

—Vaya, ya veo que entiendes mucho de asuntos criminales. Si hubiera llamado a la policía, seguro que les habrías enseñado tu placa enseguida, ¿verdad? Y quizá habrías hecho que me arrestaran. Para despacharme a un centro de mayores. Es por eso por lo que has venido, ¿no?

Parecía que su encuentro iba ser una continua confrontación. Al menos, si él se prestaba a ello. Pero no estaba dispuesto a consentirlo.

—¿Cómo estás, papá?

—Te ha enviado tu hermana, ¿verdad?

A Brand le agradó la agilidad mental de su padre.

—¿Podría tomar una taza de café?

—Házte-la tú mismo —dijo su padre con un gruñido—. Yo me voy a tomar un café con las vecinas.

—¿Con Sophie? —preguntó Brand, intrigado.

Pero su padre no le respondió. Se limitó a dirigirle una mirada recelosa para dejarle claro que no se le ocurriera ir a tomar el café con las vecinas y salió del dormitorio dando un portazo.

La cosa no tenía tan mala pinta. Su padre no le había ordenado que se marchase de casa. Quizá quedaba aún algo entre ellos que podía salvarse.

Se levantó de la cama, se estiró con energía, sintiéndose muy descansado tras su sueño reparador.

En cuatro años de dura clandestinidad, suplantando otra identidad, un hombre acaba perdiendo algo de sí mismo. Casi nunca podía dormir, con un ojo abierto y siempre alerta, ganándose la confianza de gente a la que luego tendría que traicionar.

Bueno, no él, sino el personaje que él interpretaba: Brian Lancaster. Pero su verdadera personalidad y la que fingía ser habían empezado a confundirse de una forma que él nunca habría imaginado, hasta el punto de costarle separar una personalidad de la otra.

Ahora, después de haber dormido bien, se reconoció a sí mismo más de lo que

había hecho en mucho tiempo. ¿O era porque había visto una imagen de cómo él solía ser, reflejada en los enormes ojos avellana de Sophie?

Resultaba una ironía que el lugar del que había escapado de joven pudiera ahora devolverle algo después de tantos años.

Se duchó y se vistió. Luego, bajó las escaleras sintiéndose culpable por estar buscando indicios de la negligencia doméstica de su padre.

Todo parecía necesitar alguna reparación, pero el doctor Sheridan nunca había prestado interés en las cosas de la casa, y más de una vez le había visto con cara de estupefacción al verle a él con algo tan elemental como un martillo.

—Si hay algún problema, te darás cuenta en seguida. Unos guantes de lana en el frigorífico... cosas así —le había dicho su hermana.

Pero cuando abrió la puerta del frigorífico, no vio nada raro. Ni siquiera había comida.

Salió de casa y se dirigió al coche. Un pequeño deportivo que se había comprado antes de convertirse en Brian Lancaster.

Necesitaba un café. Estaba seguro de que se mantendrían las mismas costumbres en aquella pequeña ciudad. Todo el mundo seguiría yendo a tomar el café a Maynard, que hacía de cafetería por la mañana, de taberna a mediodía y de heladería por la tarde.

No estaba muy seguro de querer ver a nadie, el abismo que separaba su vida de la de los habitantes de aquella ciudad era profundo y difícil de cruzar.

—¡Joven! ¡Sí, usted! ¡Venga!

Una mujer mayor, muy elegante, con un sombrero rojo, le estaba haciendo señas desde el porche de Sophie. Vio allí también a su padre y a Sophie, y recordó entonces que desayunar en el porche los domingos antes de ir a misa era una tradición secular en Sugar Maple Grove.

Podía oler el café desde allí. Era un olor muy agradable.

Dudó sólo un momento. Tentado por la curiosidad de ver a Sophie a la luz del día, atravesó la cerca que separaba los patios de ambas propiedades. Había un sendero que parecía haber sido muy transitado. Para un hombre entrenado como él a observar y registrar todo, no se le podía pasar por alto las huellas de las continuas idas y venidas entre aquellas dos casas.

Cuando su padre no estuviera presente, tendría que darle las gracias a Sophie por cuidar de él.

El porche de Sophie era la imagen del sueño americano: una buena sombra, unos muebles de mimbre oscuros con cojines de rayas amarillas, un suelo de madera barnizado de gris y petunias violetas y blancas inundando de color y perfume las ventanas.

Y ella formaba parte de ese sueño. A pesar de que su padre y aquella señora estaban allí, él sólo tenía ojos para Sophie. De alguna manera, a lo largo de los años transcurridos, ella había pasado de ser la encantadora mocosa de antes a la novia

americana ideal.

—Buenos días, Dulce Pea —dijo él a modo de saludo, tomando asiento junto a ella.

—No me llames así, por favor —replicó ella—. Brandon, te presento a mi abuela, Hilde Holtzheim.

—Encantado de conocerle joven. Pero tengo que decirle que mi nieta por las mañanas no es tan dulce como usted dice —dijo la señora con un extraño acento.

Creyó detectar un acento alemán en la forma de hablar de la abuela de Sophie, y decidió responderla en su propio idioma.

Pero, antes de que pudiera hacerlo, Sophie se le adelantó.

—Abuela. Él no se refiere a lo que tú crees, sino a una flor —dijo algo ruborizada.

—¡Oh! —exclamó su abuela con cara de sorpresa—. ¿Te compara con una flor? —dijo ella en alemán—. ¡Qué romántico!

Pero la abuela sin embargo volvió a dirigirse a su nieta en alemán.

—¡Ah, qué bonito! ¡Él y tú! ¡Qué pareja tan maravillosa!

Sophie miró a Brand, pero éste mantenía su expresión serena y controlada, feliz de no haber desvelado sus conocimientos de alemán.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó a Sophie inocentemente.

—Que no parece ser un hombre al que le interesen las flores —replicó ella mirando a su abuela.

—¿Y qué clase de hombre parezco yo? —le preguntó él directamente a Hilde.

Se sentía a gusto sentado allí junto a Sophie. Se sorprendió de lo agradable que podía resultar algo tan simple como estar sentado en un porche junto a una chica sin maquillaje, ni perfume y sin haber pasado por la peluquería.

Ella trató de esconder las piernas bajo el mantel de la mesa, pero él pudo observar, antes de que lo hiciera, que llevaba pintadas las uñas de los pies de un color rosa como el algodón de azúcar.

Se sintió de nuevo conmovido por su inocencia. Sintió haberse perdido algo durante aquellos años. En el mundo de Brian Lancaster no había lugar para la modestia. Las mujeres se sentían atraídas sólo por el poder y el dinero de los tipos que él tenía la misión de meter entre rejas, y sólo aspiraban a llegar a ser modelos de lencería o actrices. Estaban siempre bronceadas y muy arregladas, llevaban mucho maquillaje y muy poca ropa, y se habían hecho multitud de operaciones para mejorar su aspecto físico. Eran superficiales, materialistas y manipuladoras.

Durante cuatro años había estado rodeado de mujeres que recordaban a las muñecas de compañía de los viejos gánsteres de la mafia. Sus colegas le envidiaban el estilo de vida que fingía llevar, pero él había sentido una profunda amargura en su alma.

—Pareces un hombre —contestó Hilde, empezando en inglés y continuando luego en alemán— que podría ser capaz de cambiar con un beso el plomo en oro.

—Dice mi abuela que pareces un hombre con mucho apetito —dijo Sophie sin titubear—. Le gustaría que comieras algo.

La mesa estaba repleta de cruasanes y bollos, mermeladas caseras, fruta fresca y zumos. Todo le parecía maravilloso después de la vida que había llevado en aquel mundo del que venía.

—Tome algo —insistió ella—. Un hombre como usted necesita estar fuerte —añadió en alemán.

—Basta ya abuela —dijo Sophie en alemán—. Sé buena.

—Se supone que yo soy la señora mayor, no tú —murmuró Hilde, con obstinación—. Fíjate en sus labios —dijo en alemán, sonriendo—. Son perfectos para... —buscó la palabra en alemán, pero acabó diciéndola en inglés— derretir a cualquier mujer.

—Dice que te diga que la mermelada de frambuesa está para derretirse —dijo Sophie, algo ruborizada, a Brand—. Aunque creo que lo que quiere decir es que está para morirse.

—Sí, eso —dijo la señora Holtzheim—. Para morirse.

—Tiene que ser sin duda una mermelada estupenda —dijo él, riéndose.

Brand se fijó en que su padre estaba con los brazos cruzados y permanecía impasible ante aquellas muestras de hilaridad a las que sin duda no les veía ninguna gracia. Le observó con cierta preocupación, tratando de encontrar en él algún signo de desnutrición. El frigorífico vacío podía indicar tal cosa, pero lo cierto era que no recordaba haber visto nunca a su padre tan lustroso como ahora.

Volvió a fijar su atención en Sophie, que seguía con las mejillas encendidas. Después de la vida que había llevado de infiltrado entre traficantes de armas, falsificadores de dinero y gánsteres de toda calaña, el ver aquella muestra de rubor y candidez le hizo sentir nostalgia.

Él nunca volvería a recuperar su inocencia, pero quizá podría disfrutar de algunos momentos como el actual. Se daba cuenta con satisfacción que era la primera vez en mucho tiempo que se sentía a gusto en compañía de otras personas.

Y a salvo, se dijo para sí, pensando que sólo una persona que hubiera vivido en constante peligro como él podría apreciar tal circunstancia. Después de todo, quizá un mes en su ciudad natal no fuera tan malo como había pensado en un principio.

Podía ver a Hilde mirándole con gran interés, a pesar de los codazos y las advertencias en voz baja que le dirigía Sophie para que dejase de mirarle.

—Tu padre me ha dicho que eres agente secreto —dijo Hilde, apartando a un lado el codo de su nieta.

—No —dijo con él con firmeza, aunque sorprendido de que su padre hubiera contado cosas sobre él—. Pertenezco a una rama militar antiterrorista. Soy simplemente un soldado.

—¡Que emocionante! —exclamó Hilde.

—No lo crea. El noventa y nueve por ciento del tiempo es puro aburrimiento y el

otro uno por ciento un infierno.

—Pero intervienes en misiones secretas.

Brand miró a Sophie. Estaba empezando a recuperarse de sus rubores anteriores.

—Sí, pero eso no es tan apasionante como puede parecer, créanme —replicó él, que al ver que Hilde no parecía dar crédito a sus palabras decidió pasar a otro asunto—. Sophie, no tuve tiempo anoche de hablar tranquilamente contigo. ¡Qué lejano parece todo! ¿Cuántos años han pasado? ¿Ocho? ¿A qué te dedicas ahora?

—¿Añoche? —dijo su padre de repente.

Brand pudo ver por la forma compulsiva en que Sophie se puso a untar un cruasán de mermelada que lo que ella había estado haciendo la noche pasada era algo privado que nadie tenía derecho a saber. Volvió a surgir en él su antiguo instinto de protección hacia ella.

—Nos encontramos casualmente cuando llegué —dijo él, mirándola con el rabillo del ojo, y percibiendo su suspiro de alivio al ver que el secreto de su ceremonia ritual junto al fuego iba a quedar salvaguardado.

Recordó entonces que a Sophie no le gustaba nada la mermelada.

—¡Oh! —exclamó su padre, malhumorado.

La abuela de Sophie parecía contrariada. Sophie probó un trozo del cruasán y puso los ojos en blanco. Luego miró con ojos extraviados el cruasán rebosando mermelada.

—Yo me comeré el tuyo —dijo Brand cordialmente pasándole a ella su propio cruasán y la mermelada de frambuesa—. Recuerdo que tu abuela dijo que estaba de muerte.

La miró sonriente para que supiera que se había dado cuenta de lo nerviosa que estaba, al tiempo que elevó una ceja con gesto de malicia como preguntando si no sería él la causa de su desazón.

Pero cuando ella probó un bocado del nuevo cruasán sin mermelada, y se le quedó pegada una miga en la comisura de los labios, él se preguntó quién estaba poniendo nervioso a quién.

—Trabajo para el Instituto de Historia —respondió al fin Sophie sin mayor interés—. Supongo que para ti será un trabajo muy aburrido.

—En absoluto —dijo el doctor Sheridan, saliendo en su defensa—. Sophie es el único miembro remunerado del Instituto. Es el alma de la organización. ¡Un genio! Va a escribir un libro.

—Bueno, no exactamente —dijo ella ruborizándose una vez más—. Sólo estoy recopilando el material para un libro. Una colección de recuerdos de Sugar Maple Grove durante la Segunda Guerra Mundial. Más que escribirlo, yo diría que haré una selección y un montaje posterior.

Tiempo atrás, a Brand le habría parecido, en efecto, aburrido. Pero tras cuatro años de haber estado rodeado de mujeres estúpidas, encontraba fascinante la profesión de Sophie.

Su padre comenzó a hablar del libro con gran interés y desparpajo. Oyéndolo, Brand estaba cada vez más convencido de que su hermana estaba equivocada con él.

Pero la saludable atmósfera cambió repentinamente. Un brillante deportivo rojo pasó lentamente por delante de la casa, y tras echar una mirada familiar de reconocimiento al porche se detuvo.

Sophie había empezado a relajarse con los encendidos relatos del doctor Sheridan acerca de la contribución de Sugar Maple Grove en la guerra, pero ahora Brand se dio cuenta de su nerviosismo. Estaba temblando como un cervatillo asustado.

—El caradura —exclamó su abuela, para añadir luego en alemán—: Me gustaría embadurnarle de miel y dejarle luego desnudo en la boca de un hormiguero.

Las cuatro personas del porche miraron entonces al hombre que salía en ese momento del coche.

Brand, con sus grandes dotes de observación, ya se había fijado en su aspecto. Derrochaba símbolos de riqueza: el coche, el suéter de diseño, los pantalones tan recién planchados, el destello de un anillo de oro macizo en el dedo meñique.

Brand advirtió el cambio de humor que la llegada de aquel hombre había producido en la mesa y se fijó en la cara de Sophie. Estaba pálida y tensa y se había encogido en la silla como si pretendiera hacerse más pequeña o tratara de desaparecer incluso a la vista de los demás.

Le vino entonces a la memoria un hecho que se había producido muchos años atrás. Estaba él jugando al baloncesto con unos amigos en el parque de la ribera del río que había al final de Main Street. Sophie volvía del colegio camino de casa. Era cuando tenía trece años y acababa de participar tan brillantemente en aquel concurso nacional.

—¿Qué tal, boca metálica? —le increpó de modo insultante uno de los chicos acercándose a ella—. ¿Cuáles son los encantos de una pequeña ciudad? ¿Tú?

Se había acobardado, encogiéndose sobre los libros que llevaba en la mano, como si quisiera hacerse invisible. Él había ido corriendo hacia aquel muchacho, agarrándolo por el cuello de la camiseta y sujetándolo contra la pared.

—No vuelvas a meterte nunca más en tu vida con esta chica, ¿me oyes? —le había dicho muy furioso—, o te haré pedazos, te reduciré a polvo, y haré contigo un ladrillo y te incrustaré en esta pared para siempre. ¿Comprendes?

Había dejado marchar al amedrentado gamberro, se había acercado a Sophie y se había ido con ella, llevándole los libros.

—Lleva siempre la cabeza bien alta —le había dicho—. No permitas nunca que un canalla como ése te domine.

Ahora, sentado junto a ella, mientras recordaba aquel consejo, la vio con los músculos de las piernas tensos bajo la mesa como si estuviera dispuesta a echar la silla atrás, dar un salto y echar a correr.

No podía permitirlo. Como le había dicho en aquella ocasión, tenía que llevar la cabeza siempre bien alta. Le puso la mano en el brazo, con la palma de la mano

estirada, dejando suavemente los dedos sobre su piel, tratando de transmitirle un poco de seguridad.

Sintió los ojos de ella en su cara, pero él no la miró, tenía puesta toda su atención en el hombre que la había atemorizado, como si aún siguiera siendo aquella niña tímida que bajaba con sus libros por Main Street camino de casa. Estaba alerta, dispuesto a protegerla con su propia vida si fuera necesario. Lo que no estaba dispuesto era a dejar que saliese huyendo, no podía permitir que quien quiera que fuese ese hombre tuviera tal poder sobre ella.

¿Por qué lo hacía?

El extraño subió las escaleras, con sus sandalias de diseño sin calcetines, y les miró a todos con una radiante sonrisa.

—Doctor Sheridan... Señora Holtzheim.

No pareció importarle el que nadie se mostrase feliz de verle. Frunció el ceño al ver a Brand y le tendió la mano.

Brand se levantó a medias de la silla y le estrechó la mano con un poco más de fuerza de la que aconsejaba la buena educación.

—Brand Sheridan —dijo presentándose a sí mismo.

—¡Nuestro veterano de guerra! ¡Cuánto honor! ¡El héroe vuelve a casa! Permítame presentarme, soy Gregg Hamilton —dijo con un tono de superioridad.

¡Vaya, los Hamilton! Los señoritos de la ciudad. Una familia rica, con solera. Eso explicaba su desdén hacia un servidor público.

—Creo que fuiste al colegio con mi hermano Clarence.

«Sí, lo recuerdo, creo que debí haberle dado más de un repaso detrás de la escuela por tener exactamente la misma mirada de estúpido que tú», pensó Brand.

Pero, durante su adiestramiento en el ejército, había aprendido a controlar sus impulsos. Era algo de lo que se sentía orgulloso, aunque sabía que su padre a eso no le daba ningún valor. Así que se encogió de hombros, tratando de no exteriorizar lo más mínimo el desprecio que sentía hacia aquel hombre.

—Sophie, mamá me dijo que se pasó ayer por aquí. Sólo quería reiterarte su invitación para que asistieras a mi fiesta de compromiso con Toni. A todos nos gustaría que fueras. Creo que te caerá muy bien Antoinette. Estoy convencido de que acabaréis siendo buenas amigas.

Hilde Holtzheim susurró algo en alemán parecido a «Vete al cuerno, gusano».

Brand lo entendió todo. Relacionó la imagen de Sophie vestida de novia la noche anterior, quemando en la hoguera sus cosas de la boda, con la tensión que le había producido la llegada inesperada de aquel tipo.

¿Habría estado Sophie a punto de casarse con ese tipo?

La expresión que vio en su cara pareció confirmárselo. No sólo había estado a punto de casarse con él, sino que parecía lamentar no haberlo hecho. La ceremonia del fuego que él había interrumpido la otra noche comenzaba a cobrar sentido.

Eso era lo que pasaba cuando uno dejaba que una encantadora chica inocente se

las arreglase sola en aquel mundo: antes o después aparecería algún gusano dispuesto a aprovecharse de ella.

—Mmm... —dijo Sophie, tratando de eludir la invitación—. No he mirado aún el calendario. ¿Qué día era?

Brand sufrió viendo su indecisión y sus temores. El pequeño gusano parecía en cambio disfrutar de la situación. Miró a Sophie y le vino a la memoria una escena del pasado en que él la había encontrado en ese mismo porche, sola, escuchando la música que venía del instituto.

—¿Qué te ocurre? —le había dicho.

—Nada.

—Vamos, Dulce Pea, no puedes mentirme. ¿Cómo no estás en el baile del instituto?

—Es el baile de fin de curso —respondió ella con un mohín en los labios pero con la barbilla en alto—. No me invitó a ir nadie.

¿Qué podía saber de lágrimas un chico de diecinueve años? Un chico como es debido, habría deshecho todos sus planes, se habría cambiado de ropa y la habría llevado a la fiesta.

Pero él no lo había hecho, se había limitado a darle un pellizco cariñoso en la barbilla, a decirle lo estúpidas que eran aquellas fiestas y se había ido a hacer su vida.

Le vino a la memoria entonces aquellas cartas tan tiernas que ella le había enviado cuando estaba sirviendo en el ejército en el extranjero. Ella, la única chica de su club de fans. Los sobres siempre decorados con pegatinas y tinta de diversos colores y aquellas frases tan espontáneas y divertidas que tantas veces había leído.

Pero no había respondido a ninguna. Ni una sola vez.

Ella seguramente habría estado esperando impaciente sus cartas en el buzón de su casa.

Sintió que le debía algo. Una pizca de decencia y de compasión en un mundo cruel.

Su vida en clandestinidad le había enseñado a valorar las situaciones, y Sophie sin duda se enfrentaba ahora a una situación difícil para ella.

—Creo que Sophie va a tener que decirle que no —dijo Brand muy sereno—. Voy a estar muy poco tiempo en la ciudad y queremos estar juntos el mayor tiempo posible, ¿verdad, cariño?

Se volvió hacia ella para mirarla. Pero ella no sabía fingir. Si aquel tipo se hubiera fijado en el temblor de sus labios, habría descubierto la verdad de aquella farsa.

Pero Brand no quería que él supiera la verdad: que ella aún amaba a Gregg Hamilton. O creía que lo amaba.

Había una forma de que los dos descubrieran la verdad.

Acercó sus labios a los suyos y deslizó suavemente la lengua por su carnoso labio inferior. Por el placer que sintió con aquel beso, pensó que aquello debía de ser un pecado. Aunque, de cualquier modo, estaba seguro de que ya tenía reservado un lugar

en el infierno.

Y el beso logró su objetivo. Sophie le miró sorprendida con los ojos como platos como si Gregg se hubiese evaporado en su presencia. Se pasó la lengua por los labios, al tiempo que se le nublaban los ojos con un sentimiento de añoranza y deseo.

No. No importaba lo que pudiera haberla convencido. Estaba claro: ella no amaba a Gregg Hamilton, ni nunca le había amado.

—Bueno, Sophie —la voz de Gregg había perdido por completo su arrogancia—. Serás bienvenida si asistes a la fiesta. Puedes llevarte a tu nuevo amigo si lo deseas.

—Haremos lo posible por ir —dijo Brand con mucha naturalidad.

Gregg se subió al coche, arrancó y salió haciendo rugir el motor como si tratase de probar así que su nivel de testosterona era muy superior al del hombre que se había quedado en el porche.

—¿Eran para derretirse? —preguntó Hilde, en una mezcla de alemán e inglés.

—¿El qué? —dijo Sophie, desconcertada.

—¡Sus labios!

—No... sí —respondió cerrando los ojos sin saber muy bien qué decir—. ¡Abuela! ¡Vale ya!

Luego se volvió hacia Brand, ya más segura de sí misma.

—¿Por qué hiciste eso?

Él trató de no sonreír. Sophie era para él transparente. Todo estaba escrito en ella. Todo giraba en torno a un sí o a un no, a parar o a seguir, a pegarle o a darle las gracias.

Como también llevaba escrito que aquel beso le había calado en lo más profundo de su alma. Pero lo que él no sospechaba era que también a él le había producido una sensación similar.

—Tu ex se estaba regodeando por la desazón que te había producido su llegada —contestó él—. Eso me fastidió mucho.

—¿Cómo supiste que era mi ex? —preguntó ella, aterrada.

—Tengo el don de leer en la gente. Me alegra que sea ya tu ex, pero la verdad es que me trae sin cuidado.

Su abuela se rió por lo bajo en señal de aprobación mientras Sophie le dirigía una mirada severa.

—Sólo le viste unos treinta segundos.

—Como te he dicho —dijo Brand, haciendo un gesto simpático—. Tengo el don de leer en la gente.

—Además de besar muy bien —insistió Hilde en alemán.

—Basta ya, abuela —dijo Sophie en inglés.

—¿Basta de qué? —preguntó Brand inocentemente.

—Deja ya de salir en mi defensa, Brand. Ya no tengo quince años. Y no necesito tu ayuda para resolver mis aventuras personales.

—Fue sólo un impulso —dijo él—. No volverá a pasar. A menos que tú quieras

—añadió sin poder evitar una sonrisa irónica.

—Yo sí quiero —dijo Hilde, en inglés, con una mirada de malicia, tocándole a Brand la mano—. La ciudad entera está hablando de Sophie y de él. Me gustaría más que hablaran de Sophie y de ti.

## Capítulo 4

A Sophie se le quedó grabada en su mente aquella frase.

«A menos que tú quieras».

Quería que aquello volviese a repetirse.

Sus labios sentían aún el cosquilleo del beso. Se sentía como una princesa que hubiera estado durmiendo mucho tiempo y el contacto de aquellos labios le hubiera devuelto plenamente a la vida. Una parte de ella había esperado, deseado ardientemente lo que acababa de suceder desde que era una escuálida adolescente con el pecho liso, gafas y un aparato de ortodoncia.

Sus labios habían probado el sabor de la pasión y las promesas, y de mundos en los que nunca había estado, que ni siquiera sabía que existieran. Lugares que, ahora que sabía de su existencia, anhelaba desesperadamente visitar.

Recordó avergonzada su representación ritual de la noche anterior para liberarse de todas sus ideas románticas e insensatas.

Pero no quería que Brand Sheridan pensase que seguía siendo la ilusa quinceañera que una vez había sido. No quería que pensara que por un roce de labios ocasional estaba ya dispuesta a hacer las maletas para viajar a cualquier territorio desconocido.

¡No! Estaba recuperando el control de sus actos. Si él pensaba que ella era débil y patética y seguía necesitando su fortaleza y arrogancia de costumbre para defenderla de los demás, estaba muy equivocado.

Pero Brand estaba mirando a su abuela, y no parecía pensar en eso.

—Es una mala cosa perder la reputación en una ciudad pequeña como ésta —dijo él.

—Sí —replicó la abuela, encantada de que hubiera entendido tan bien sus palabras.

—Si Sophie tuviera un romance sonado, toda la ciudad se olvidaría de su relación con él —dijo Brand.

—¡Sí! —exclamó de nuevo Hilde, entusiasmada por su astucia.

—Está bien, me prestaré a ello —dijo Brand, con indiferencia, como si hubiera accedido a hacer su buena acción del día.

—¿Prestarte a qué? —preguntó Sophie.

—A cortejarte.

—No, no harás tal cosa.

—Eso convencerá a Gregg y a toda la ciudad de que has superado tu ruptura con él —dijo Brand con una exasperante confianza, como si ya lo tuviera decidido.

—Sería una farsa —dijo Sophie.

—Podría ser divertido —alegó Brand.

—Lo dudo.

—¿De qué tienes miedo? —dijo él, con gesto desafiante.

Ella comprendió que la única manera que tenía de demostrarle que no le asustaba lo que acababa de suceder entre ellos era aceptar el juego.

Por otra parte, era realmente horrible llevar la etiqueta de patética en una ciudad pequeña.

—Bien, Brand —dijo ella muy serena—, tal vez podríamos mantener un falso romance, con ciertas limitaciones, desde luego.

—Déjame adivinar —dijo él, con ironía—. ¿Te encargarás tú de establecer esas limitaciones?

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí, Brand? —le preguntó ella, muy formal.

—Tal vez un mes. Tengo muchos permisos acumulados.

—¡Un mes! —exclamó su padre de repente, dirigiendo a Hilde una mirada de complicidad que Sophie interpretó como un impedimento que podría cortar el vuelo de sus aventuras románticas.

Brand miró a su padre con el ceño fruncido y luego a Hilde.

Hilde pareció encantada con la intención de Brand de quedarse un mes en Sugar Maple Grove. Era fácil leer en su cara que ya estaba planeando la boda entre Brand y Sophie. Y una pequeña casa encantadora llena de adorables bebés.

Sophie esperaba que Hilde no lo dijera, ni siquiera en alemán. De su abuela podía esperarse cualquier cosa. Lo de los besos de Brand había sido sólo una pequeña muestra.

—¿Qué vas a hacer aquí durante un mes? —le preguntó el doctor Sheridan a su hijo—. Te aburrirás al tercer día. ¡Qué digo al tercer día! A las tres horas.

En otro tiempo, Brand se habría enzarzado con su padre para ver cuál de los dos llevaba razón. Pero ahora ya no era tan exaltado e impulsivo.

—Me llevará probablemente un mes arreglar todas las cosas que tienes en casa estropeadas —dijo Brand sin dar importancia a las palabras de su padre.

Ella miró a los dos hombres y vio que no era sólo la casa lo que necesitaba un arreglo.

Sophie empezaba a sentir dolor de cabeza. Aquellos dos Sheridan iban probablemente a necesitar su ayuda para poder caminar por el campo de minas que habían sembrado entre ellos.

¡Genial! Iba a tener que hacer eso, y a la vez no dejar que Brand supiese que aquel beso había trastocado todo su mundo, que él, sentado a su lado en una plácida mañana de domingo, la había hecho volver a la vida. Eso era exactamente lo que ella necesitaba. Demostrarse a sí misma que ya no tenía quince años, que había crecido y se había vuelto inmune a sus encantos.

—Bueno, Brand —dijo ella—, ya que vas a quedarte aquí un tiempo, podrías ayudarme. Es verdad, toda la ciudad piensa que me estoy muriendo de pena porque mi ex novio, Gregg, está a punto de sellar su compromiso oficial con otra mujer.

—¿Y es eso verdad? —preguntó él suavemente.

—¡Por supuesto que no! —replicó ella con firmeza—. Por eso voy a aceptar tu

proposición. Sí, puedes hacerte pasar por mi pretendiente.

Fue como dejarse caer desde lo alto de un precipicio. ¡Y nadie odiaba las alturas más que ella!

—¿Pretendiente? —exclamó él, echándose a reír—. ¿Quién usa aún esa palabra en estos tiempos que corren? Creo que pasas demasiado tiempo en ese Instituto de Historia.

—Sigues siendo tan desagradable como siempre —replicó ella, exasperada.

—Nunca me dijiste que te pareciera desagradable —dijo él, muy seguro de sí mismo, y con la confianza del hombre que sabe que no resulta desagradable a las mujeres.

—¿Recuerdas aquella vez que me dijiste que ibas a la biblioteca y yo te di mis libros para que los devolvieras y tú no lo hiciste?

—Yo no iba a ir realmente a la biblioteca.

—Es igual. Y me costó seis dólares de multa.

—¿Ha sido tu único problema con la ley?

Ella prefirió pasar por alto su ironía e incidir en otra anécdota del pasado.

—¿Y qué me dices de aquella vez que te presentaste en la puerta de mi casa con un gatito cuando estaba a punto de salir para asistir a un certamen de música?

—Llegaste a encariñarte mucho con aquel gatito —dijo él con una sonrisa.

—Ésa no es la cuestión. La cuestión es que llegué tarde al casting, y no conseguí el instrumento que yo quería. Por tu culpa, tuve que estar tocando la tuba una semana entera.

—Los certámenes de música de bandas son para bichos raros.

—Exactamente lo que soy yo —dijo ella—. ¡Qué desagradable eres! Empiezo a pensar que aceptar este acuerdo ha podido ser muy precipitado por mi parte. No creo que esté tan desesperada como para tomarte por pretendiente, aunque sólo sea temporalmente.

—¡Vaya, qué lástima! —exclamó él—. Justo ahora que estaba empezando a creer que podría resultar divertido. Sería algo así como meterme en un avispero como Dios me trajo al mundo.

Él había utilizado deliberadamente esa expresión para ver si podía hacer que se sonrojara de nuevo. ¡Y lo consiguió!

—¿Te estás volviendo atrás? —le preguntó ella.

—No, eres tú la que lo está haciendo.

—¡No! ¡Te equivocas! ¡Yo, no!

—¡Vaya! —murmuró el doctor Sheridan—. Yo que estaba interesado en ver si el prestigioso agente secreto, Brand Sheridan, sería capaz de hacer algo noble por ayudar a un vecina a recobrar su dignidad. Créeme, Sophie, no está en la naturaleza de mi hijo hacer cosas decentes.

Sophie se sintió sorprendida por el tono amargo del médico, y vio cómo Brand encajaba sus palabras como un mazazo.

Ella había cruzado con Brand algunas palabras, medio en serio, medio en broma, que podían haber parecido algo hirientes pero que habían sido dichas sin ninguna mala intención.

La tensión existente entre su padre y él era evidente.

Pero de nuevo, el Brand joven que habría respondido instantáneamente a la provocación no hizo acto de presencia. En su lugar apareció el Brand disciplinado y paciente.

—Yo sólo soy un soldado. Y hago lo que se me dice, cuando se me dice. Estuve en una misión clandestina y se me dijo que no podría salir durante un tiempo.

—Puedes decir lo que quieras —dijo su padre.

—Si pudiera haber estado aquí, habría estado.

—Puedes decir lo que quieras —repitió su padre otra vez.

—Y si Sophie está de acuerdo, haremos lo que hemos acordado.

Ella sintió un hormigueo en su corazón. No era una buena idea. Representar aquella charada era una idea estúpida e insensata que encajaba perfectamente en la categoría de las bobadas y tonterías que ella hacía siempre que estaba con él.

Pero ¿podía ella negarle a Brand la oportunidad ideal para redimirse a los ojos de su padre mientras estuviera allí?

Podría incluso ser algo provechoso para ambos. Se sintió obligada a mediar entre ellos.

—Lo haré —anunció ella con decisión.

—¡Bravo! —exclamó su abuela.

—¡Oh, querida! —dijo el padre de él.

—¡Genial! —exclamó Brand.

—Hablemos de nuestra relación —propuso Sophie con entusiasmo—. Tengo ya medio pensado un plan de actividades para dejarnos ver por la ciudad: un helado en Maynard, tal vez una vuelta o dos en bici, una comparecencia en Blue Rock y luego... tatachán, tú y yo en la fiesta de compromiso de Gregg.

\* \* \*

Brand la miraba mientras hablaba, consciente de que estaba tratando de relajar la tensión entre su padre y él. Ella había sido así desde niña, queriendo siempre que todo pareciese como los cuadros de Norman Rockwell.

Pero ahora Sophie ya no era una niña. No, si aquellos labios le habían dicho la verdad sobre ella. Y él estaba seguro de que sí.

El instinto le avisó entonces de un peligro en ciernes. ¿Por qué había llegado a ese acuerdo con ella? En parte porque no podía resistirse a acudir en su protección. Parecía como si hubiera nacido con esa misión: protegerla.

Su padre, le dirigió una última mirada llena de hostilidad, y apartó la silla hacia atrás.

—Voy a llegar tarde a la iglesia.

—¿Ya es la hora? —exclamó Hilde en inglés y añadió luego en alemán—:

Sophie, os dejamos solos. Haced algo romántico, por el amor de Dios.

Su padre y Hilde se marcharon, dejando tras de sí un silencio tan profundo que podría oírse el canto de los pájaros y el zumbido de las abejas.

Brand esperó a ver si Sophie hacía algo romántico, pero no hizo nada por el estilo.

—¿No tienes una novia que pueda molestarse? —le preguntó ella, tratando de romper el hielo.

—No tengo novia —respondió él—. He vivido en la clandestinidad durante cuatro años. ¿Te imaginas lo que sería eso para una mujer?

—Una mujer como es debido lo aceptaría. No se trata sólo de lo que haces, sino de quién eres.

—A veces hay que fingir tener una esposa o una novia. Otro agente femenino tiene que desempeñar ese papel. ¿Cómo crees que podría sentarle eso a la mujer que se ha quedado en casa esperándote?

—Mal —dijo ella.

—Exactamente.

—Creo adivinar que eso echa por tierra la idea de tener una novia.

—Sí.

—Si hacemos esto bien —dijo ella—, tal vez tu padre no se muestre tan hostil contigo. La verdad es que no consigo entender por qué no se siente orgulloso de ti.

A Brand no le gustaba que ella se pusiese a hablar con esa familiaridad de sus sentimientos.

—Sólo había una manera de hacer que mi padre se sintiera orgulloso de mí —dijo él—, pero yo no la tuve en cuenta. No fui a la Facultad de Medicina para hacerme médico como él y poder asumir un día su cargo de médico de cabecera de Sugar Maple Grove.

—Todavía recuerdo el golpe que supuso para tus padres el que abandonaras la universidad y te alistaras en el ejército.

—Ha habido ocho generaciones de Sheridan. Todos médicos, profesores o escritores. Pero yo no encajaba en ese molde.

—¿Y cómo se te ocurrió lo de los marines?

—Un ojeador de la universidad me vio escalando una pared y me preguntó si había pensado alguna vez ganarme la vida haciendo cosas así. La proposición me pareció muy emocionante.

—¿Y lo ha sido?

—Ha sido más o menos como le dije a tu abuela. El noventa y nueve por ciento del tiempo un aburrimiento y el otro uno por ciento un infierno.

—Y tú vives para ese uno por ciento —dijo ella sonriendo—. Adicto a la adrenalina.

—Ya sabes, ésa es la parte que mis padres nunca comprendieron. El ejército es un buen lugar para un adicto a la adrenalina. Siempre me he sentido atraído por la

aventura. Siempre me han gustado las emociones fuertes. Si me hubiera dejado llevar por mis impulsos me habría creado muchos problemas. Necesitaba equilibrar mi pasión por la altura y la velocidad con la disciplina y el desarrollo de mis habilidades. Pero mi padre no me puede perdonar que haya elegido esta profesión. Eso llegó a distanciarnos mucho, antes incluso de lo del funeral de mi madre.

—¿No tuviste de verdad ninguna posibilidad de asistir, Brand? ¿Ninguna?

Él negó con la cabeza.

—Tienes que comprender lo involucrado que estaba en aquella misión secreta. Me enteré de la noticia de la muerte de mi madre mientras mantenía una arriesgada entrevista con el agente que era mi contacto con la organización. En ese tipo de misiones, cuanta menos relación tengas con el mundo exterior, tanto mejor. La operación estaba en un momento muy delicado y de alto riesgo, todo el mundo era sospechoso, todos parecían espiarte. Un paso en falso, un palabra de más podía suponer la muerte de muchas personas y echar a perder el trabajo de cuatro años. Lo que le dije a mi padre era cierto. Soy básicamente un soldado y debo acatar las órdenes. Incluso una simple llamada podría haber puesto en peligro a todo el grupo operativo y a mucha gente inocente.

—¿Le contaste alguna vez todo esto a tu padre?

—Él nunca ha querido escucharme.

Brand estaba sorprendido de todas las cosas que le estaba revelando a Sophie. No acostumbraba a hablar nunca de su trabajo. Lo llevaba siempre muy en secreto.

—¿Estás en peligro ahora? —le preguntó ella.

Pero ya había dicho más que suficiente, no quería asustarla. Dejó de lado la cuestión.

—Se protegerá mi identidad, incluso durante los procesos judiciales que tendrán lugar. Tendré que mantenerme al margen de todo durante bastante tiempo. No sólo yo, toda mi familia podría verse también en peligro. Prefiero que mi padre se enfade conmigo a poner en riesgo su vida.

Ni sus padres ni ella habían sabido todo eso. Si él les hubiera contado todos esos detalles, quizá habrían comprendido mejor su forma de actuar.

Pero ¿y Sophie? Él nunca se habría atrevido a hacer que alguien tan dulce y sensible como ella tuviera que compartir una vida como la que él llevaba.

Incluso ese breve paréntesis en sus vidas, esa pequeña farsa divertida que estaban a punto de comenzar, ¿no podría acaso suponer también un riesgo para ella?

Pero ¿y si ella resultaba ser la persona adecuada para ver a través de las máscaras que él con el tiempo se había acostumbrado a llevar? ¿Qué pasaría si ella pudiera ver dentro de él?

No había por qué preocuparse, se dijo a sí mismo, tratando de infundirse confianza. El trabajo ya estaba hecho. Cuatro años haciendo amistades. Ganándose su confianza. Trabajando codo a codo con la gente, participando en sus fiestas, asistiendo a los bautizos de sus hijos y a los matrimonios de sus hijas.

Su trabajo había culminado con veintitrés detenciones en cuatro países diferentes. Mala gente, sí, pero también personas que él había llegado a conocer en el día a día: hijos, esposos, padres.

Su padre sabía probablemente la verdad mejor que nadie: Brand Sheridan tenía un corazón tan negro como el cielo en las noches de verano en Sugar Maple Grove.

A la mañana siguiente, muy temprano, Brand estaba trabajando en el jardín de su padre, tratando de solventar el abandono en que se hallaban los rosales de su madre. Nadie tenía por qué saber que ésa era su forma de honrarla: restituírle algo que ella había amado y que ahora parecía mustio y olvidado. Quizá, con un poco de suerte y bastante trabajo el jardín podría estar listo para el certamen de la temporada siguiente.

Se acababa de hacer una pequeña herida con la espina de un rosal cuando oyó un ligero ruido a su espalda. Se giró y vio un sombrero rojo a través del seto. Sonrió para sí. Le estaban observando.

—Deberías venir a verlo —dijo Hilde en alemán—. Se ha quitado la camisa.

Brand, en efecto, se había quitado la camisa, a pesar de que la mañana estaba algo fría, porque se le enganchaban en ella las espinas de los rosales y se la hacían jirones.

—¡Abuela!

Escuchó la voz de Sophie reconviniendo a su abuela, pero vio con el rabillo del ojo cómo no pudo aguantar la curiosidad y se acercó también al seto junto a ella. Brand tensó la musculatura del pecho para impresionarlas, conteniendo la sonrisa ante los suspiros de admiración de Hilde y aparentando no haberse dado cuenta de que estaban allí.

—Está sangrando —murmuró Hilde, aún en alemán—. Deberías llevarle una tirita.

—Déjalo ya, abuela —dijo Sophie.

—Ve allí, pánfila —susurró su abuela.

—No.

—¡Bah! No tienes ni idea de cómo llevar un romance.

—Sí lo sé. Estuve casi casada.

—¡Bah! Sentirte halagada porque alguien se haya fijado en ti no es lo mismo que tener un romance.

Recogió su camisa, se limpió el sudor con ella, se acercó al seto y miró a través de él como si se sorprendiese de verlas allí en ese instante.

—Buenos días, señoritas, una bonita mañana, ¿verdad?

—Hola, Brand —dijo Sophie, apareciendo por el pequeño hueco del seto por el que se había escapado la otra noche.

Iba vestida como para ir a trabajar a una biblioteca. Aunque, el Instituto de Historia, pensó él, con sus voluminosos tomos llenos de polvo, ofrecería un aspecto parecido.

Tenía su maravilloso pelo castaño rojizo recogido y llevaba puesta una camisa blanca de raya diplomática, una falda recta de color azul marino y unos zapatos planos.

Con las gafas puestas, conservaba aún reminiscencias de aquella chica del certamen nacional de redacción que había sido una vez. Sólo que tenía ahora un toque especial.

Se quedó atónito al descubrir que abrigaba una fantasía por aquella bibliotecaria. Se vio en sueños quitándole las gafas, dejándole el pelo suelto, y desabrochándole el botón superior de la blusa que llevaba cerrada recatadamente hasta el cuello.

Ella alimentó sin querer aún más su fantasía cuando le miró con la cara asustada de una chica que nunca antes hubiera visto a un hombre medio desnudo.

—Está sangrando —exclamó su abuela en alemán, a través de la cerca.

—Se te ve, muy... bronceado —dijo Sophie, algo incómoda.

—Vivía a bordo de un yate en España.

—¿Ése era tu trabajo clandestino?

—Sí.

Había tantas cosas que podría preguntarle: ¿Cómo era España? ¿Por qué en un yate? ¿Cómo fue su vida allí?

¿Se hacía pasar por rico y famoso? ¿Qué hacía todos los días? ¿A quién tenía que detener?

—¿Tuviste miedo? —le preguntó con la mirada fija en su rostro.

—Sí, supongo que lo tuve —admitió él, preguntándose si alguna vez había hecho esa confesión a alguien y sintiéndose de repente como si se le hubiese caído una pieza vital de su armadura.

—Debió de ser una misión muy complicada, ¿no?

Él sonrió, exhibió una vez más sus músculos y contempló con satisfacción cómo ella sacaba ligeramente la punta de la lengua y se la pasaba por la comisura de la boca con gesto nervioso.

—No. Sólo fue un trabajo más —respondió él, con indiferencia—. Pero, dime, ¿qué pasó con tu compromiso? —preguntó tratando de que la conversación no girase sólo sobre él, y confiando en que lo que le dijera no le obligase a ir en busca de su ex para tener con él unas palabras—. Ya que voy a ser tu nuevo pretendiente, debería saber por qué el anterior fue tan estúpido como para abandonarte.

—Él no me abandonó —protestó ella—. Le dije que necesitaba un poco de tiempo para pensarlo. Y mientras lo estaba pensando, le pescó otra mujer. Mi sustituta.

—¿Qué tenías que pensar?

Sophie fijó la mirada en los poderosos bíceps desnudos de Brand y se volvió a humedecer los labios con la lengua.

—No sabría decirte exactamente. Sentía como si me faltase algo. Echaba algo de menos.

—Fuiste lo bastante inteligente como para romper con él definitivamente.

—¿De verdad lo crees?

—Por supuesto —replicó él—. Sabes, Sophie, tus padres eran muy buenas personas. Se querían mucho. Tal vez lo que te pasó fue que sentiste la necesidad de recuperar lo que habías perdido.

Ella se sintió desconcertada. ¿De dónde habría sacado él aquellas deducciones?

—Bueno —dijo ella, desviando la mirada de él—. Iba de camino a mi trabajo, pero pensé que te interesaría saber que ya he formalizado nuestro plan —dirigió la mirada a los papeles que llevaba en la mano, disimulando así su nerviosismo—. Tenía intención de dejártelo en el buzón al pasar, pero ya que estás aquí...

Con gesto tembloroso, le entregó un par de hojas dobladas y se marchó.

—No le dijiste que estaba sangrando —le reprendió su abuela, en alemán.

—Su vida no corría peligro —dijo Sophie—. Perdóname abuela, pero llego tarde al trabajo.

—No tienes remedio —murmuró la abuela.

Brand desplegó las hojas de papel que ella le había dado y suspiró. Su abuela tenía razón.

Bajo el título en negrita *Itinerario del cortejo*, Sophie había escrito el programa de su romance:

Martes: 7:00 p.m., en bicicleta a Maynard, un helado.

Viernes: 7:30 p.m., al cine en el antiguo Tívoli.

Domingo: 3:00 p.m., a nadar a Blue Rock, si el tiempo lo permite.

A un hombre que había volado los fines de semana a Monte Carlo para jugar en el casino, que había asistido a fiestas increíbles en yates de lujo, que había cenado en algunos de los restaurantes más famosos del mundo, aquel plan debería de haberle parecido ridículo.

Pero él no se rió. La segunda hoja, cuidadosamente mecanografiada igualmente a doble espacio, tenía por título en negrita *Directrices para el cortejo*. Empezaba prohibiendo las manifestaciones de afecto públicas y terminaba con la petición de que no la llamase Dulce Pea.

—¡Ay! —dijo él, haciendo una bola de papel con aquellas reglas—. Cuánto tienes que aprender.

Silbando feliz, pese a ser consciente de que se estaba enfrentando a un peligro desconocido para él, siguió trabajando un rato más con los rosales y luego se dirigió con las tijeras de podar a la cerca trasera que estaba repleta de guisantes de olor.

Aunque las rosas habían sido la flor favorita de su madre, él siempre había pensado que el guisante de olor era la flor más hermosa que había en el jardín. Con sus delicados y variados tonos pastel, y su exquisita fragancia, aquellas flores eran como un pequeño pedazo de cielo. Una flor siempre menospreciada por los jardineros

que acostumbran a rendir sus cuidados a las rosas, los rododendros y las dalias.

Era como Sophie Holtzheim. Una flor menospreciada.

Cortó un buen manojo de guisantes de olor, entró luego en la casa y se dirigió a la cocina donde colocó las flores en el fregadero lleno de agua.

—¿Qué estás haciendo con mis flores? —le preguntó su padre de mal humor, levantando la vista del periódico.

El doctor Sheridan al parecer no se había dado cuenta que no había nada para desayunar en casa.

—Voy a correr un rumor —contestó Brand sonriendo—. Y luego iré a comprar algo de comida. ¿Quieres venir?

—¿A correr el rumor? —replicó su padre, ahora con más entusiasmo.

—No, a comprar comida. ¿No has visto que está el frigorífico vacío?

—¿Por qué? ¿Estás escribiendo un informe para tu hermana dando cuenta de todo lo que hago?

—Ella está preocupada por ti, papá. No tienes que verla como un enemigo. Lo del fuego la dejó muy intranquila.

—¿Intranquila, ella? ¿Y cómo crees que me siento yo? No me gusta cocinar aquí. Ni comer aquí. Hace que eche de menos a tu madre y me acuerde más de ella.

—Yo también la echo mucho de menos, papá. Cada vez que entro en esta cocina, me acuerdo de la limonada de fresa y de las galletas y el chocolate tan delicioso que me preparaba.

Por un instante, el doctor Sheridan pareció conmovido por aquellos gratos recuerdos. Pero al pronto se enfrascó de nuevo en la lectura de su periódico como si nada hubiera pasado.

Brand se dirigió a la ducha. Poco después se encaminó hacia el cobertizo donde se guardaba la bicicleta de su madre con una cesta llena con los guisantes de olor. Luego pedaleó por Main Street, disfrutando con la idea de ser un muchacho más de aquella pequeña ciudad.

Le asombró darse cuenta de la facilidad con que podía pasar de ser el esforzado soldado de corazón de hielo al tierno joven que se disponía a cortejar a su chica.

Aparcó la bicicleta frente al viejo edificio de ladrillo rojo de dos plantas que albergaba el Instituto de Historia, recogió de la cesta el manojo de guisantes de olor, y subió las escaleras de dos en dos hasta presentarse en la recepción de la institución donde estaba sentada una señora con aspecto muy serio.

—Estoy buscando a mi Dulce Pea —dijo él—. La señorita Sophie.

Eso demostraría a Sophie Holtzheim que no le gustaba que otras personas pretendieran gobernar su vida. Estaba de permiso, libre de deberes militares, y no estaba dispuesto a acatar órdenes de nadie y menos de una chiquilla.

A menos que esa chiquilla fuera una bibliotecaria encantadora sin gafas, paseando pensativa de su brazo y mirándole con ternura a los ojos.

## Capítulo 5

—Tiene un caballero esperándola —le dijo Bitsy Martin a Sophie desde la puerta de su despacho—. Y ha traído flores.

Sophie sintió un súbito rubor en las mejillas. Teniendo en cuenta las reglas que había establecido, el citado caballero sólo podía ser una persona.

No sabía qué era más molesto: el hecho de que Brand se hubiera saltado a la ligera su programa, o el que Bitsy se mostrase tan sorprendida de que un hombre con flores se presentase allí preguntando por ella.

No se sentía en disposición de hablar con él. Estaba aún impresionada por la forma en que Brand había descubierto esa mañana el motivo de su compromiso anterior.

Había estado a punto de casarse con Gregg Hamilton sólo porque echaba de menos a sus padres. Había perdido a su familia y quería recuperarla de algún modo.

Pero afortunadamente, no había descubierto toda la verdad.

—Pensé que se había equivocado de sitio. Es muy atractivo.

Se sintió ofendida de nuevo. Respiró hondo, se levantó y se dirigió a la entrada intentando mantener la calma.

El ramo de guisantes de olor, abandonado en el mostrador, ya había inundado toda la oficina con su delicada fragancia. Brand paseaba tranquilamente por el vestíbulo, fingiendo interés por unas viejas fotos de Sugar Maple Grove que adornaban las paredes.

Sophie sintió de repente el deseo de recrearse en su cuerpo, ahora que él estaba de espaldas y no la veía. Pero tuvo que vencer la tentación. Bitsy la estaba observando.

Pero ¿no se trataba de eso precisamente? ¿De convencer a la gente de que tenían una relación amorosa? Se sintió entonces feliz de poder disfrutar de él a sus anchas, mirando sin recato sus músculos, sus hombros, su espalda. Era una libertad más embriagadora que el champán.

—Brand —dijo esforzándose por parecer alegre—. ¡Qué placer tan inesperado! ¿Qué te trae por aquí? —se dio cuenta entonces de que Bitsy estaba rondando con la oreja puesta, y también de que el saludo que acababa de dirigirle sonaba ridículo, demasiado formal e impropio de una chica que se suponía tenía un romance apasionado—. Cariño —añadió, como una ocurrencia de última hora, pero que sonó como si lo hubiera leído de un guión barato.

Brand dejó de mirar los cuadros, se dio la vuelta y la examinó detenidamente. A pesar de que le había dicho que no había tenido ninguna novia, ella sospechó ahora que debía de haber habido docenas, cientos de mujeres atraídas por aquel hombre que tenía la excusa perfecta para no comprometerse nunca con ninguna.

Él se acercó al mostrador que les separaba apenas medio metro, se inclinó sobre ella y le dio un beso en su mejilla.

—*Ma chérie* —le dijo, con una voz tan líquida y dulce como la miel caliente.

Luego dijo alguna otra cosa más en francés, que ella no entendió, pero que le hizo sentir como si le hubiera derramado esa miel sobre su cuerpo desnudo.

—Pero si tú no hablas francés —le dijo ella, como recriminándole.

—En realidad, sí.

—No lo sabía.

—Hay muchas cosas de mí que desconoces.

Y era verdad. Su vecino había sido siempre precavido. En ningún momento de su pasión por él había habido la más remota posibilidad de que su amor pudiera ser correspondido. Pero ahora, todo parecía diferente.

—¿Qué dijiste en francés?

—Sólo que vi estas flores y me acordé de ti.

—¡Oh!

Sophie tuvo que contener el impulso de llevar la mano hacia su mejilla para tocar con los dedos el sitio donde él había puesto sus labios.

—¿Quieres ir a comer conmigo?

—¡No! —respondió ella con voz ahogada.

Él arqueó una ceja con gesto burlón, pareciendo gozar de su nerviosismo.

—Claro que quieres, estás deseando estar conmigo.

Por desgracia, era cierto.

—No es aún la hora.

—Eso no sería ningún inconveniente para dos personas que estuvieran enamoradas.

Su mirada cobró un brillo especial, mientras en sus labios se dibujó una sonrisa llena de sensualidad. Esos mismos labios que ella había sentido hacía unos segundos en su mejilla y el día anterior en su boca, y que anhelaba probar de nuevo, con el deseo de una mujer desesperada, dispuesta a todo.

Toda su vida había girado en torno a él. Toda ella. Ya era hora de vivir su propia vida.

—Aunque fuera la hora, no podría. Estoy demasiado ocupada.

Escuchó un suspiro ahogado de Bitsy y recordó entonces que tenían un testigo presencial y que eso era realmente de lo que se trataba, de difundir la idea de que tenía un romance.

—¿Qué es eso tan importante que te tiene tan ocupada, Dulce Pea? —preguntó él, tiernamente, al tiempo que deslizaba los dedos por el mostrador hasta tocar su mano y se ponía a tamborilear con ellos sobre sus nudillos.

A Sophie se le puso la carne de gallina.

Creyó escuchar un nuevo suspiro de Bitsy que parecía indicar que algo muy sensual y seductor estaba viciando el aire de aquella oficina dedicada al mundo de la historia.

—Acabamos de recibir una caja con documentos muy interesantes —respondió Sophie casi tartamudeando, retirando la mano del mostrador.

Brand sonrió ante su gesto, con esa sonrisa del hombre que se siente seguro de sí mismo ante una mujer. Y pensó que quizá Bitsy tenía razón. Los hombres como él no se sentían atraídos por chicas como ella.

Siempre había estado fuera de lugar. La niña inteligente, la enciclopedia ambulante, la apasionada por la historia, la muchacha tímida e insegura que había logrado sin embargo vencer una vez sus complejos durante diez minutos para pronunciar un bonito discurso, pero que por lo demás nunca había llegado a madurar lo suficiente.

La gente no entendía qué problemas podía haber visto Sophie en Gregg. Ningún hombre se había fijado antes en ella, y no parecía probable que volviera a hacerlo otro.

Excepto Brand. Él siempre se había fijado en ella. Pero de una forma un tanto informal, medio en broma, sin tomarla nunca en serio, sin verla verdaderamente como una mujer.

¿Y ella a Brand Sheridan? Ella también se había fijado siempre en él. Pero a diferencia suya, ella sí que se lo había tomado en serio.

Brand había sido siempre un hombre muy sensual. Y no sólo por ser atractivo. Tampoco por la seguridad que emanaba de él y que irradiaba esa esencia masculina misteriosa que dejaba sin aliento a las mujeres con la misma facilidad con que las abejas dejan sin néctar a las flores.

No, Brand había tenido una manera de mirar a la gente que les hacía creer como si él pudiera enseñarles el secreto para sentirse intensamente vivos.

En el instituto había salido con las chicas más descaradas. Sophie recordaba eso con cierta amargura. Había visto un continuo desfile de ellas en el asiento trasero de su moto. Chicas sofisticadas y coquetas, que sabían cómo maquillarse y vestirse para volver locos a los chicos.

Recordó que había tratado de decirle una vez que él era demasiado inteligente para eso, que debía buscar a una chica con la que pudiera hablar, que estuviera a su altura. Como ella.

Recordó que él se había puesto muy digno, se había reído de su consejo y le había dicho: «Para hablar no necesito a otra chica, ya te tengo a ti».

Él probablemente aún pensaba que ella seguía siendo la misma chica ingenua y tímida de antes, y la verdad era que ella no estaba haciendo nada para demostrarle lo contrario.

Tenía que cambiar. No estaba dispuesta a darle la satisfacción de que pensara que tenía razón.

Se apoyó en el mostrador con las dos manos. Comprendió que estaba adoptando modales más propios de una señora mayor. Ya era hora de que apareciese la nueva Sophie, una mujer que no se dejaba intimidar por hombres como él.

—Querido —dijo ella, inclinándose un poco hacia delante—, no sabes lo feliz que me hace el verte, pero tengo que volver a mi trabajo. Tengo muchas cosas que

hacer. Créeme, estoy agobiada.

¡De entre tantas expresiones cariñosas como había, tenía que haber elegido ésa! ¡Querido! No tenía remedio. Era una antigua que sólo se le ocurrían expresiones pasadas de moda.

Pero para ella esa palabra estaba cargada de emoción. Podría ser con la que se despidiese de él por la noche y le saludase por la mañana, la que tomara cuerpo en su mente cada vez que él la mirase a los ojos o estuviese lejos de ella...

—Vete —le dijo ella con firmeza, al ver que él no parecía querer moverse de allí.

Un nuevo suspiro ahogado de Bitsy. Sophie se volvió y le dirigió una mirada con ánimo de fulminarla, pero Bitsy ni se inmutó.

Entonces, se inclinó hacia él un poco más.

—Te lo recompensaré luego —añadió ella, guiñándole un ojo como si fuera una de aquellas chicas descaradas que acostumbraban a adornar en otro tiempo el asiento trasero de su moto.

Él esbozó una sonrisa, que ella no fue capaz de interpretar.

—¿Qué te parece si te echo una mano en tu trabajo y luego nos vamos a comer juntos? —le dijo él—. O podemos ir también a algún sitio tranquilo donde puedas recompensarme. Como prefieras.

Sophie comprendió que no tenía elección. Tomó el ramo de guisantes de olor, subió el mostrador abatible que separaba el *hall* de recepción de las oficinas y le dejó pasar.

—Por ahí —dijo escuetamente, señalándole un pasillo.

Brand entró en su despacho. Ella pasó detrás de él y cerró luego la puerta de golpe y se apoyó en ella tratando de poner en orden sus ideas. No había sitio para ambos en aquel lugar.

Él se había sentado sobre la mesa de su despacho, se había cruzado de brazos y la estaba mirando muy divertido con expresión maliciosa.

Su envergadura hacía parecer aquel sitio aún más pequeño e incluso abarrotado, pese a estar ellos dos solos. Y pensó que su oficina no volvería a ser ya nunca la misma. Algo de su presencia iba a quedarse allí para siempre.

—¿Se puede saber qué te propones? —le preguntó Sophie.

—Poner nuestro plan en marcha —respondió él, encogiéndose de hombros con indiferencia.

—Se suponía que teníamos que empezar mañana dando una vuelta en bicicleta, y tomando un helado en Maynard.

Sus palabras parecían huecas, propias de una mujer insegura que había proyectado un plan infantil y necesitaba un día entero de preparación para llevarlo a cabo.

—Vamos, Sophie. Anímate. Sé más espontánea.

—¡No me gusta ser espontánea!

«¡Espera! ¡Acuérdate de la nueva Sophie!», pensó ella entonces.

—Nunca es demasiado tarde para aprender —dijo él con mucha cordialidad.

—¡Yo no quiero aprender!

No era verdad. En su calidad de nueva Sophie pensó que podía comenzar a ensayar su espontaneidad arrojándose sobre él y besándole en la boca.

Eso borraría la mirada arrogante y vanidosa de su cara.

—Eso es algo muy triste —dijo él.

—¡Yo no soy triste! ¡Y tampoco quiero parecerme patética!

La necesidad de darle un beso se hizo más acuciante. Tenía que demostrarle algo.

Pero podría ser contraproducente. Podría evidenciar que era aún más patética de lo que se imaginaba.

—Yo no te veo patética, Sophie, sólo un poco... demasiado... tensa..., rígida.

¿Tensa? ¿Rígida? Aquello se estaba convirtiendo en una pesadilla. El hombre más maravilloso del mundo la veía tensa y rígida. La nueva Sophie tenía que hacer algo.

—Vamos a divertirnos un poco con esto —añadió él.

¿Qué podía decir? ¿Que no le gustaba divertirse? Se sintió obligada a demostrarle que ella no estaba tensa ni rígida. Que podía ser una chica divertida y desenvuelta.

¡Claro que podía serlo!

Tomó aliento y respiró profundamente. Se acercó a él acortando la escasa distancia que les separaba, le miró fijamente a los ojos, le echó los brazos al cuello, le atrajo hacia sí y le besó en la boca.

¡Así! Eso le demostraría que no tenía nada de rígida ni de estricta, que podía ser tan desenvuelta y divertida como la que más.

Tras unos segundos el beso pareció desvanecerse. Aquello no había sido tan divertido como esperaba. Era más divertido un picnic el Cuatro de Julio o un bonito cachorro o una tarde de invierno jugando al *Trivial Pursuit*.

No fue divertido, pero sí intenso y peligroso. Y tan emocionante como descender los rápidos de un río salvaje o saltar de un avión con un paracaídas que no se sabe si se abrirá o no.

Eso formaba parte del don que ella tenía de hacer todo al revés cuando estaba con él.

Se había propuesto demostrarle que él ya no tenía ningún poder sobre ella y había conseguido todo lo contrario.

Pero eso él no tenía que saberlo. Sus labios le habían revelado todo lo que ella había echado de menos cuando le dio el «sí» a la persona equivocada y compró un vestido de novia y reunió aquellas fotos. Los labios de Brand Sheridan tenían el sabor de la miel y de los sueños, eran como gotas de rocío y de esperanza.

Le había dicho a Gregg que necesitaba tiempo para pensarlo, que echaba algo de menos.

Sophie se apartó de Brand, temblorosa de su descubrimiento. La verdad que había estado tratando siempre de ocultarse a sí misma se presentaba ahora ante ella con toda su crudeza.

La verdad era que había estado a punto de casarse con Gregg porque ella nunca había querido sentir el amor tan profundamente como lo habían sentido en casa de sus padres. Sólo había buscado la seguridad de esa institución llamada familia, sin poner en juego sus emociones ni sus sentimientos, para no correr el riesgo de ser víctima de ellos y ver su corazón roto en mil pedazos. Y Gregg nunca le habría exigido que le entregara su alma y su corazón.

¿Y el hombre que tenía delante?

Con él nunca estaría segura. Él sí la exigiría la entrega absoluta de su alma y su corazón.

Pero ella, con su predisposición a hacerlo todo al revés, se había enamorado de un hombre que nunca llegaría a amarla, un hombre que se había buscado la excusa perfecta para no amar a nadie.

—Bueno —dijo ella, aparentando serenidad—. ¿Te he parecido suficientemente espontánea?

—Me has parecido de una espontaneidad realmente explosiva —respondió él con una mirada penetrante.

Sophie creyó percibir que había conseguido inquietarle. Lo que no podía asegurar era si lo había hecho en el sentido adecuado. Su mirada era inescrutable.

Se sintió insegura y prefirió relajar el ambiente.

—Volvamos al trabajo —dijo ella con firmeza.

Lo que quería era volver de nuevo a su escondrijo, al agujero donde ella se sentía segura entre papeles y archivos polvorientos, reminiscencias de mundos pasados que estimulaban su imaginación, que la hacían sumergirse en un mundo ficticio cuando su propia vida le parecía demasiado triste, cuando la insufrible brecha que se abría entre lo que ella deseaba y lo que podía tener se le hacía imposible de superar.

Pero no iba a ponerse a llorar.

—Me alegro de que te hayas pasado por aquí. Acabamos de recibir esta caja de documentos —dijo dando unas palmaditas en la tapa—, y tengo que ponerme con ella. Me llevará tiempo. Hay que leer todas esas cartas.

—¿Esta caja? —preguntó él—. Puedo ayudarte a leer esas cartas. La Segunda Guerra Mundial, ¿verdad? Puedo clasificar las que tengan relación con ella, ¿qué te parece?

Ella vio cómo se quedó mirándola en silencio, esperando a ver si aceptaba su ayuda para hacer que las cosas volvieran a su normalidad.

Pero ¿cómo podía volver a ser otra vez todo igual después de cómo ella lo había besado y después de que él hubiera contaminado con su seguridad y autosuficiencia la atmósfera de su espacio de trabajo, de su pequeño mundo?

«Sácalo de aquí», le ordenó la voz de la vieja Sophie.

—Está bien —respondió—. Nunca rechazo una ayuda voluntaria. Comprendo que llevas casi cuarenta y ocho horas en Sugar Maple Grove y que debes de estar aburrido. Te llevaré a la sala de reuniones.

Y así lo hizo.

Ahora podría descubrir lo que era el aburrimiento de verdad.

—Ocúpate sólo de las cosas relacionadas con la Segunda Guerra Mundial —le indicó con mucha cordialidad, una vez allí—. Bitsy se encargará del resto después.

Y salió de la sala cerrando la puerta con fuerza tras de sí.

Brand se vio en la sala de reuniones, solo y con la puerta cerrada. Ella lo había hecho a propósito, le había besado por haberse saltado a la ligera su programa de actividades, para que supiera lo que podía pasar si seguía por ese camino. Ella también podía reaccionar de forma desenfrenada e imprevisible.

Pero no era verdad. Era tan transparente como un cristal. La dulce vecinita de al lado sólo estaba intentando ser lo que no era, tratando de borrar su imagen de chica apocada.

Sin embargo, aquel beso había sido sorprendente y perturbador.

¿Qué había sentido? Deseo.

Una evidencia más de que haber aceptado aquel falso romance había sido la peor idea de su vida.

No era extraño que hubiera caído en manos del primer tipo que se había fijado en ella. Y no era porque se sintiese sola por haber perdido a su familia.

No, había un fuego en ella que sólo una cosa podía apagar.

Y no se trataba del fuego que le quemaba a él por dentro. Él no había ido allí con el propósito de encender su pasión. No, sólo pretendía ayudarla a relajarse un poco de esa tensión, de esas reglas estrictas con que se movía por la vida, a animarla a ser ella misma.

Parecía un resorte muy tenso que en cualquier instante pudiera saltar. Su beso había sido una prueba de ello.

Bueno, ordenaría aquella caja llena polvo y luego la llevaría a comer y trataría de sacarle su lado más divertido y sincero. Pero nada de besos. Se comportaría como un caballero. Podría resistir la tentación... por su propio bien.

Decidió concentrarse en la tarea que se le había encomendado. Comenzó a ojear algunos papeles y viejas fotografías. Había recortes de periódico con el equipo de baloncesto del instituto en la final de 1972, fotos descoloridas del grupo de trabajo de la Iglesia de Santa Trinidad que había construido un orfanato en Honduras en los años ochenta. Había un molde de escayola de una mano que decía por el anverso: *Feliz Día de la Madre*, y por el reverso, escrito a pluma: *Wilson Terry, muerto en Vietnam en 1969*.

Brand, acostumbrado a convivir con el mal en sus más diversas manifestaciones, a lo largo de sus últimos cuatro años, sintió como si los objetos de aquella caja le sumergieran en un mundo poblado de gente humilde y sencilla, sin ambiciones.

No le sorprendía que Sophie hubiera acabado allí, en el Instituto de Historia,

documentando lo que constituían los encantos de una pequeña ciudad.

Había las cosas más dispares, desde unas recetas de cocina hasta una vieja liga, probablemente de una boda.

Luego, en el fondo de la caja, se encontró con un paquete de cartas, atado con una cinta de terciopelo negro, algo deshilachada.

¿Sería eso la joya de los recuerdos de interés histórico sobre la Segunda Guerra Mundial que andaban buscando?

Brand desató la cinta, y tomó la primera carta del fajo. En el sobre estaba escrito, con cuidada letra masculina: *Para la señorita Sarah Sorlington, Apartado de Correos Sugar Maple Grove*. La dirección del remitente era: *Soldado Sinclair Horsenell*. El resto había sido tachado por un grueso lápiz negro de la censura. Pero se podía ver el matasellos de febrero de 1942.

Todo un filón, pensó él. ¿Sería ese tipo de cosas lo que despertaban las emociones de Sophie?

Desdobló la carta del joven soldado. Había que tener cuidado, el papel estaba a punto de romperse por los dobleces y había muchas palabras que casi no se veían. Aun así, fue capaz de entender que Sinclair Horsenell había desembarcado en Irlanda, como miembro del Quinto Cuerpo de Ejército de los Estados Unidos, el primer contingente militar americano desplegado en el extranjero.

—Mi muy querida Sarah —leyó Brand—. ¡No sabes en qué aventura tan extraordinaria me hallo metido!

La carta era una descripción maravillosa de la exuberancia de Irlanda, describiendo paisajes y sonidos y anécdotas con sus compañeros:

A pesar de todas las cosas nuevas que estoy viendo, y la importancia de la misión que me ha traído aquí, te echo mucho de menos. Me acuerdo de aquella última tarde que pasamos juntos, del picnic que preparaste, y del azul de tus ojos haciendo juego con el cielo. Echo todo aquello tanto de menos que quisiera estar ahora contigo, y preservar en el recuerdo aquellos sencillos momentos de placer que disfrutamos aquella tarde.

Sé que querías casarte conmigo antes de mi partida, pero eso no era lo que yo quería para ti. Tú te mereces mucho más que una ceremonia apresurada. Vivo sólo para verte con un vestido blanco, flotando por el pasillo mientras te acercas a mí con un ramo de nomeolvides haciendo juego con tus ojos.

Espérame, dulce Sarah. Espérame.

Tuyo por siempre,

Sinclair

Las cartas habían sido cuidadosamente guardadas por orden cronológico y Brand se dio cuenta en seguida de que Sinclair había escrito con mucha regularidad, a veces sólo una línea o dos, a veces unas cartas muy largas. Pero a medida que había ido

transcurriendo el tiempo, la intensidad de las emociones había ido disminuyendo, dando paso al tedio de la vida militar. Las cartas pasaron a expresar quejas esporádicas por la falta de acción, la actitud de los oficiales o la comida tan horrible que tenían.

La carta le hizo pensar que, por desgracia, las cosas no habían cambiado mucho. Los jóvenes seguían yendo a la guerra, dejando solas a sus novias.

—¿Has encontrado algo?

Sophie estaba en la puerta, mirándole. Él apartó a un lado la carta que estaba leyendo.

¿Por qué era reacio a que ella supiese lo que había encontrado?

—Son sólo unas viejas cartas. Puede que tengan valor. No he terminado aún de leerlas. Bitsy estará seguramente más cualificada que yo para decidir si tienen o no algún valor histórico. Pero apostaré a que estos dos objetos no tienen ninguno —respondió él, entregándole la receta de las palomitas de maíz y la liga.

Ella se echó a reír. Buena señal. No era una sonrisita de niña tonta, era auténtica. Él no se había dado cuenta hasta entonces de lo mucho que había echado de menos las cosas auténticas, verdaderas. Le llevaban hacia ella como el faro al pescador perdido en la niebla.

—¿Estás ya listo para ir a comer? —preguntó ella.

Había cierta timidez en el tono de la pregunta. Sin duda la que hablaba ahora era su vieja Sophie de siempre, no la chica de antes que había tratado de convencerle de otra cosa besándole.

Brand consultó su reloj, sorprendido de cómo se le había pasado el tiempo. Se había visto sumergido en un mundo, extraño para él, de sinceridad y cosas auténticas. La propia Sophie con su sonrisa por un lado y las emotivas cartas de Sinclair por otro, le habían conmovido profundamente.

—¿Sabes qué? —dijo él—. Creo que tienes razón. Será mejor seguir tu programa. Nos veremos mañana por la noche después de cenar. Daremos una vuelta en bici por Main Street y tomaremos un helado. Así nos dejaremos ver por todo el pueblo.

Ella lo miró fijamente. ¿Estaba decepcionada? ¿Molesta, tal vez?

«Es mejor así», se dijo él. Si iban a seguir adelante con aquel supuesto noviazgo, sería mejor que ella se sintiese decepcionada y molesta con él, así ninguno de los dos saldría dañado.

—Me voy a llevar éstas —añadió él, recogiendo las cartas—. Te las devolveré cuando haya acabado de leerlas.

¿Por qué tenía la sensación de que no debía dejar que ella las viese? Eran tan sólo unas cartas llenas de ternura que había escrito un joven desconsolado.

Pero, por alguna razón, quería asegurarse de que tuvieran un final feliz. Como si necesitara protegerla en caso contrario.

—Hasta mañana entonces —dijo él despreocupadamente—. ¿Te siguen gustando los helados de vainilla?

—Piensas que soy aburrida, ¿verdad? —replicó ella.

Sus labios ya le habían demostrado que había un lado secreto en ella que era cualquier cosa menos aburrido, pero él se había propuesto no aventurarse en él.

Pensó en el mundo en el que había vivido los últimos cuatro años, donde el aburrimiento parecía algo prohibido, y la gente era adicta a todos los tipos de emociones que podían comprarse con dinero.

Pensó en las cartas que llevaba en la mano, las cartas de un joven que estaba empezando probablemente a desear todas esas cosas que él había llamado una vez aburridas.

—No —respondió a Sophie, muy serio—. No digas aburrida como si fuera algo malo.

## Capítulo 6

Sophie no pudo resistir la tentación de acercarse a la ventana para ver a Brand montado en bicicleta. Era una vieja bici de mujer. Probablemente de su madre.

Por la forma de montar, podría haber pasado por un caballero y la bicicleta por su caballo de guerra. Con el aplomo que tenía podría cruzar con toda seguridad Main Street en pantalón corto, y sin pestañear.

No es que ella estuviera obsesionada con esa imagen. Le había visto sin camisa y había tenido ocasión de admirar la musculatura de su torso y la perfección de su piel tan sólo estropeada por sus recientes rasguños con las espinas de los rosales. ¡Él sabía muy bien el efecto que ello producía en las mujeres!

¡Era un hombre exasperante! ¡La había incitado a besarle! Se había visto obligada a demostrarle que por el hecho de que fuera una sencilla chica de pueblo, ingenua y desconsolada, él, con su arrogancia, no iba a adueñarse de su vida y de su voluntad.

Sí. Estaba dispuesta a demostrárselo. Aquel beso había sido sólo el comienzo.

Pero pensándolo mejor, dudó de si tendría la fuerza y el valor necesarios para ello. Se llevó los dedos a la boca y sintió un escalofrío de deseo al notar sus labios inflamados.

«¿Un helado de vainilla?, ¿por qué no?», se dijo para sí. «O un banana *split*. Eso es, chica, vive peligrosamente».

Pero ella ya sabía que una vez probado el sabor de sus labios, las probabilidades que tenía de borrar la emoción de aquel recuerdo eran casi nulas.

Él era como un huracán arrasándolo todo a su paso. Y sólo un tonto podría pensar en enfrentarse a un huracán, tratar de domesticarlo y obligarlo a tomar un rumbo distinto del que había elegido.

Pero la fragancia de los guisantes de olor había impregnado el aire de la oficina. Así era difícil poder estar enfadada con él, y mucho más difícil aún defenderse contra aquel tipo tan particular de tormenta.

Cuando le recordaba apoyado en el mostrador jugueteando con las yemas de los dedos, le parecía ver de nuevo a aquel demonio de muchacho de entonces, siempre haciendo travesuras, pero lleno de encanto.

Pero en la sala de reuniones, cuando él no quiso salir a comer con ella después de haberla invitado, le había visto muy distinto. No le había parecido un huracán. Ni siquiera el mismo hombre al que le había robado un beso de forma audaz.

Creyó ver en él algo que nunca había visto antes. Algo duro y frío, una montaña enorme cuya ascensión suponía un gran desafío.

Se estremeció pensando en ello, y en el valor que debía tener para hacer frente a lo que había visto en sus ojos y tratar de rescatarlo del lugar en el que había estado y del que no podía salir.

La noche siguiente, Sophie se vistió con mucha intención para ir a la heladería. Se puso unos *shorts* que enseñaban los muslos un poco más que de costumbre y una

camiseta con un escote igualmente más atrevido que en otras ocasiones.

Quería acabar de una vez por todas con el papel de Brand Sheridan como protector y hermano mayor suyo. Pero al mismo tiempo, no quería que él pudiese pensar que estaba tratando de ponerse sensual para él. Supuso que habría tenido demasiadas chicas espléndidas alrededor suyo.

Así que no se puso maquillaje y se recogió el pelo discretamente en una cola de caballo.

Su abuela dio la aprobación a su aspecto pero no a su plan de ir a tomar un helado y montar en bicicleta.

—Le encantan los helados, abuela, siempre le han gustado mucho.

—¡Bah! ¿Y tienes que ir en bici para tomar un helado? Te pondrás sudorosa y hecha un adefesio. ¿Y el pelo? ¡Vaya pelo que llevas! Me recuerdas a la mujer a la que compraba habitualmente el pescado —dijo Hilde en alemán mientras se dirigía a abrir la puerta—. Hola Brand —dijo en inglés, y añadió en seguida de nuevo en alemán mirando a su nieta—: Murió en la soledad más absoluta.

—Pudo haber sido por el olor del pescado que llevaría siempre consigo —dijo Sophie en inglés. Brand entró y Sophie se preguntó de inmediato muy preocupada quién habría llegado, si el vecino despreocupado de siempre, o el nuevo Brand.

Era este último. Había algo extraño en él. La sonrisa de sus labios no encajaba con la expresión de su mirada.

—¿Todo va bien? —preguntó él.

—Sí, muy bien —respondió ella, mirándole más detenidamente.

Algo le pasaba. Y se propuso tratar de encontrar la razón de aquella extraña mirada.

—¿Cómo van las cosas con tu padre? —le preguntó mientras bajaban por la escalera del porche.

—¿Por qué no me lo dices tú? ¿Cómo van las cosas con mi padre? ¿Cómo se las arregla él solo en esa casa?

—No tienes por qué preocuparte. Tu padre sabe arreglárselas perfectamente.

Brand se montó en su vieja bicicleta de mujer y observó con descaro las piernas de Sophie mientras ella se subía a la suya.

—Las cosas con mi padre van bien, si pasamos por alto el pequeño detalle de haber estado a punto de prender fuego a la casa —añadió él mientras pedaleaban juntos por la calle—. ¿Por qué no me cuentas lo que pasó?

Se habían cambiado los papeles, pensó ella. Él estaba siendo el inquisidor, el que hacía las preguntas.

—¡Yo no me dedico a espiar a tu padre!

—Tú sabes lo que pasó —dijo él mirándola.

Sí, lo sabía. Pero el doctor Sheridan le había pedido encarecidamente que no dijera a Brand que él y su abuela habían sido sorprendidos en una situación bastante comprometedor cuando se inició el fuego en la casa. También le había pedido la

última noche, justo antes de salir a cenar con Hilde, que no le mencionara para nada la relación que mantenía con su abuela.

—Pero ¿no cree que él se dará cuenta de todos modos? —le había preguntado ella.

—Cuento contigo para que le entretengas y se ocupe de otras cosas —le había dicho el doctor Sheridan con una sonrisa.

—Pero ¿por qué no quiere decírselo?

—Lo vería como una traición a su madre. Brand es un hombre al que le gusta estar solo.

Ahora, mirando su expresión fría y distante, ella pensó en lo acertado que había sido el diagnóstico de su padre. Brand había desarrollado un don especial para guardar las distancias.

¿Qué clase de hombre era? En otro tiempo hubiera tratado de discutir con ella, de tomarle el pelo, pero ahora se limitó a lanzarle una mirada fría como el hielo y se puso a pedalear con más fuerza, distanciándose en pocos segundos de ella. Sophie recordó entonces su impresionante aparición del día anterior en la oficina y se propuso utilizar una nueva táctica para borrar de su cara esa expresión de suficiencia y hacer que aflorara de nuevo a la superficie el muchacho que había conocido.

Pedaleó con todas sus fuerzas hasta volver a ponerse a su altura e incluso adelantarle. Luego sujetó el manillar con la mano izquierda, se giró ligeramente en el sillín, se puso el pulgar de la mano derecha en la nariz y agitó los otros dedos a modo de burla.

—¡Ja, ja, ja! ¡Vas en una bicicleta de chica!

Brand había sido siempre muy competitivo y, tal como ella había previsto, interpretó que le estaba desafiando a echar una carrera. Oyó enseguida, a su espalda, el zumbido de los radios de su bicicleta y el silbido de los neumáticos deslizándose a gran velocidad por el asfalto. Pero no le iba a resultar nada fácil alcanzarla. Ella iba en una bici con un cambio de dieciocho marchas y él sólo de tres.

Pero podía lograrlo y puso todo su empeño en evitarlo. Cuando le oyó acercarse por su derecha, dio un viraje brusco y se puso delante de él para cortarle el camino.

—¡En, eso es juego sucio! —protestó él.

Ella le dirigió una diabólica sonrisa de satisfacción. Se levantó del asiento, se inclinó hacia delante y se puso a pedalear aún con más fuerza.

El señor Machalay cruzaba en ese momento la calle unos metros por delante de ella. Llevaba una mano ocupada con las cosas que acababa de comprar en la tienda, y con la otra sujetaba la correa de su viejo perro, *Max*.

Ella tocó desesperadamente el timbre de la bici y giró el manillar bruscamente para echarse a un lado. Miró luego a Brand de reojo. Él se desvió hacia el otro lado del señor Machalay y de *Max*, que se quedaron como petrificados en la calle, sin atreverse a dar un paso ni a un lado ni a otro. Al señor Machalay se le cayó al suelo la correa y agitó el puño muy furioso contra ellos.

—Lo siento —dijo ella, muy orgullosa sin embargo de mantener su liderato.

—Vas a provocar un accidente —replicó él jadeante muy cerca de ella.

—Bueno —contestó ella, casi sin aliento—. Mejor eso que morir de aburrimiento.

—Creo que te dije que eso no era nada malo.

—Resulta difícil de creer viniendo de un aventurero como Brand Sheridan.

Brand estaba ya a su misma altura, prácticamente pegado a ella. Sophie pensó que ya había dado todo lo que tenía de sí y que no le quedaban más fuerzas, pero sintió una subida repentina de adrenalina y sacó de algún sitio fuerzas de flaqueza.

Ambos salieron a toda velocidad. Ella se sintió dichosa con el viento agitándole el pelo, el corazón latiéndole al doble de su ritmo normal y los músculos tensos, viendo que él seguía a su lado. Tuvo la sensación de haber estado dormida mucho tiempo y haber despertado.

Él se puso entonces junto a ella y le dio una suave palmadita en el hombro, como si estuvieran jugando al escondite. Luego, sin aparente esfuerzo, se fue adelante con unas cuantas pedaladas, como si hubiera estado jugando con ella todo ese tiempo.

A pesar de que su bicicleta era peor y más vieja, sus piernas eran más largas y más fuertes. Pero era su corazón, su corazón feroz y competitivo de soldado lo que le hacía casi imbatible.

Ella sonrió. Podía perder esa carrera, pero sabía que había conseguido otra victoria.

La veía. Estaba allí, en la luz que brillaba en su rostro, en la sonrisa que desprendía su mirada, y en el gesto de su boca, ahora más amable.

Él se giró hacia atrás en el sillín, se puso el pulgar en la nariz y movió los otros dedos, burlándose de ella, tal como ella lo había hecho unos minutos antes.

—Puede que lleve una bicicleta de chica, pero yo no soy una chica —le dijo.

—No digas eso como si fuera algo malo ser una chica —contestó ella.

Y entonces los dos se echaron a reír y él aminó la marcha a propósito para que ella le alcanzara.

—No hay nada de malo en ser una chica —replicó él, muy cordial, pero con cierta solemnidad.

Llegaron a Maynard los dos juntos. Daban perfectamente esa imagen de pareja que querían difundir por toda la ciudad.

Brand se bajó de la bici, y se tumbó en la hierba del bulevar. Respiró profundamente y miró al cielo a través del dosel que formaba el espeso follaje de los árboles.

Ella dejó también su bicicleta, y vio que él se estaba partiendo de risa. Buena señal. Había conseguido romper la barrera que él había levantado a su alrededor, y estaba satisfecha de ello.

Se tumbó en la hierba junto a él. ¿Qué importaba que les vieran? ¿No se trataba de eso precisamente?

—Estuviste a punto de matarme —dijo él.

—Hubiera sido una cruel ironía, ¿no? Después de todas tus hazañas, ir a morir por culpa de una carrera en bici en una triste calle de Sugar Maple Grove.

—Sí —replicó él, con un gesto amargo—. Sería una cruel ironía.

—Dime, Brand, ¿qué cosas has visto?, ¿qué cosas has hecho? —le dijo ella acercándose a él, aprovechando la ocasión de verle ahora más accesible.

Pero él se levantó y le tendió la mano para ayudarla a incorporarse.

Él contuvo el aliento y la miró fijamente durante un largo rato, como si estuviera manteniendo un debate interno consigo mismo.

—¿Que qué cosas he visto? —dijo él sonriendo—. Helados de sabores que no podrías ni imaginarte.

—¿Como por ejemplo?

—Pues mira, desde el mango de Filipinas hasta el sabor a lengua de buey en Japón.

—¿Helado de lengua de buey? —dijo ella con tono de incredulidad.

—Y de ostras, y de ajo, y de ballena... Sí, en serio.

—¿Los probaste todos?

—Naturalmente. ¿Quién podría resistirse a ello?

—¡Yo! —replicó ella, a riesgo de confirmar su sambenito de chica aburrada.

—Sólo se vive una vez. El sabor a pétalo de rosa es uno de los favoritos en Oriente Medio. Creo que te gustaría.

—¿Has comido un helado de pétalos de rosa?

—Sí.

No era gran cosa, pero al menos había conseguido hacerle sacar a la luz esa parte de su vida que parecía llevar oculta en el fondo del corazón. A través de aquellos exóticos helados, él parecía comenzar a disfrutar también de los pequeños encantos de su ciudad natal.

—Sorpréndeme —dijo Brand—. No pidas un helado de vainilla. Pide algo distinto.

Ella se vio entonces en la obligación de pedir un helado de vainilla, por llevarle la contraria.

—No, a menos que tengan de pétalos de rosa —replicó ella.

Él se echó a reír.

Una vez cada uno con su helado de cucurucho en la mano, dejaron sus bicicletas en el césped del bulevar y se fueron a dar un paseo por Main Street. Hacía una tarde apacible y los helados se derretían con más rapidez de la que ellos se daban para comérselo.

Había algo en aquella experiencia, de caminar por Main Street tomando un helado mientras se ponía el sol de aquel caluroso día, que resultaba a la vez sencilla y profunda. Ella no recordaba haber pasado un momento igual en toda su vida.

Veía cómo algunas mujeres que pasaban por su lado la miraban con envidia, mientras él parecía ajeno a las miradas de reojo y a las sonrisas provocadoras, como

si el estar con ella fuera lo único que de verdad le importase.

—¿Era realmente tan buen actor? No, él siempre había sido así cuando ella iba a su lado.

Brand se paró frente a una galería de arte que estaba cerrada ese día.

—¿Te gusta alguno? —le preguntó él mirando los cuadros expuestos en el escaparate mientras se comía la punta del cucurucho con lo que quedaba del helado.

Luego se pasó la lengua por la muñeca donde se le había caído un chorrete del helado. Fue un gesto que a ella le pareció tan sensual que poco le faltó para caerse desmayada.

Una vez recuperada examinó los cuadros con más detenimiento.

—Me gusta ése —dijo mirándole ahora ya más segura de sí misma sabiendo que no le quedaban más restos de helado en la muñeca—. El del viejo barco rojo anclado al final del muelle.

—¿Qué es lo que te gusta de él?

—Su idea de esa esperanza en algo que puede llegar —contestó ella tartamudeando—. Y de los largos días de verano que transcurren sin un plan.

Momentos capturados en el tiempo, pensó ella, momentos que, como el que estaba viviendo en ese momento junto a él; cobraban trascendencia y profundidad sin siquiera pretenderlo.

—Me cuesta trabajo imaginarte sin un plan —dijo él.

—No soy tan estricta y rígida como pueda parecer.

—Por supuesto que no lo eres —afirmó él con una sonrisa como si fuera a darle unas palmaditas cariñosas en la cabeza—. Hacía mucho que no pasaba un día así —dijo tras mirar detenidamente el cuadro.

—Nunca te gustaron ese tipo de cosas, como pasar un día pescando —le recordó ella—. Supongo que es algo demasiado tranquilo y pacífico para ti.

—Ya sé, yo era el tipo aquél que pasaba atronando Main Street con su moto de segunda mano sin silenciador, que me tiraba desde el acantilado más alto de Blue Rock, aquél que todos llamábamos el Widow Maker y que saltaba con la bici por las rampas a toda velocidad.

—¿Has comprobado si sigues aún siendo el mismo?

—Después de destrozar mi tercera bicicleta mi padre no quiso comprarme otra. Todo volvió a la normalidad, desde entonces —dijo él, con cierta nostalgia.

—¿Qué te parece si vamos de pesca? —replicó ella, dispuesta a ayudarle a recobrar sus ilusiones pasadas—. Yo podría encontrar un barco. Tu padre tiene cañas de pescar y nosotros podríamos encargarnos de conseguir algunos gusanos.

La nueva Sophie estaba horrorizada. Su abuela también lo estaría. ¿Qué tipo de plan era ése para un noviazgo? ¿Excavar la tierra para encontrar gusanos? Pero la verdad era que estaba más ansiosa por verle feliz que por tratar de cambiar la impresión tan pobre que él tenía de ella.

—Eso no está en la lista de actividades de tu programa —dijo él bromeando.

—Puedo introducir algunos cambios.

—¿De veras? —dijo él sonriendo y con fingida incredulidad—. Bueno, después de todo es tu noviazgo, Sophie. Si te apetece sacar gusanos de la tierra e ir a pescar, adelante, iré contigo.

—Podemos ir mañana después del trabajo —respondió ella—. Trataré de encontrar un barco. ¿Puedes encargarte tú de los gusanos?

—Lo siento, pero no quiero privarte de la experiencia tan romántica que puede representar para ti sacar gusanos de la tierra conmigo.

Entonces él se echó a reír y ella pensó que esa risa le recompensaba de todo. Incluso de tener que sacar gusanos de la tierra con sus propias manos.

Sophie no se sintió tan segura de sí misma cuando se reunió con él en los rosales del jardín de su madre la tarde siguiente.

—Estos rosales tienen muy buen aspecto —dijo ella, asombrada de verlos casi tan hermosos como llegaron a estarlo en otro tiempo—. Has hecho mucho en muy pocos días.

Él aprovechó su buena disposición para entregarle una lata con algo muy asqueroso dentro.

—Basta ya de charla. Cava. Nos hacen falta gusanos. Grandes y hermosos. Jugosos. ¡Como éste! —dijo sacando un gusano de la lata y pasándoselo entre risas por delante de su cara—. Vamos, Dulce Pea, tú nunca fuiste de esas chicas que se asustaban fácilmente de los bichos.

—Sí que me daban miedo. Sólo que fingía no tenerlo.

—¿En serio? ¿Por qué? —dijo él volviendo a meter el gusano en la lata.

—Brand, si hubiera dejado que aquellos chicos supieran que yo tenía un punto débil, me hubiera encontrado gusanos en el bocadillo, en los libros y hasta en los guantes.

—Había un cierto grupo de chicos que la tenían tomada contigo —recordó él con afecto—. Sobre todo después de tu éxito con *Los encantos de una pequeña ciudad*.

—Creo que podrían haberme hecho la vida imposible si no hubiera sido porque contaba con la protección de mi vecino Brand Sheridan. Mi héroe —dijo ella mirándole de reojo, mientras él, arrodillado en el suelo, se ocupaba de llenar de gusanos la lata.

—En realidad, creo que les gustabas a esos chicos. Ya sabes, los muchachos a cierta edad le regalan una rana a la chica que les gusta, de forma que ninguno acaba sabiendo realmente los verdaderos sentimientos del otro. Creo que, durante mucho tiempo, te privé probablemente de tener un novio cuando podrías o deberías haberlo tenido.

—Me sentía como si te tuviera siempre pegado a mí. Y ahora, después de ocho años, aún me lo sigue pareciendo.

Él la miró sonriendo, luego agarró un bicho que vio moverse en la tierra recién removida y lo echó a la lata con los demás.

—Yo siempre te protegeré, Sophie.

Ella recibió esas palabras con un sentimiento de gratitud que se vio roto en seguida cuando él le arrojó un gusano y se echó a reír al oírla gritar.

—¿Estás tratando de decirme que te gusto? —le dijo ella, recordando lo de la rana.

—Claro que sí. Y además quería oírte gritar. Supongo que aquellos muchachos dejaron de molestarte cuando fuiste al instituto, ¿no?

—Sí, dejaron de meterse conmigo para pasar a ignorarme por completo. Me convertí en la chica invisible.

No le resultaba penoso, pese a todo, hablarle de la soledad y del rechazo que había sentido de adolescente.

Iban a ir de pesca a la laguna de Glover, pero antes tenían que cumplir con el rito tradicional de Brand: perseguirla por el jardín con la lata de gusanos en la mano para asustarla. Luego tenían que ir a casa de Bitsy para recoger el viejo bote de madera de su marido, fallecido hacía ya algunos años, y cargarlo en la baca del coche de Brand, un pequeño deportivo que no estaba hecho para llevar viejos botes de madera.

Les costó muchas maldiciones, sudores, risas y gritos sacarlo del cobertizo donde lo tenía guardado Bitsy y cargarlo en la baca. Al fin se pusieron en marcha.

Cuando llegaron a la laguna había que bajar el bote del coche y darle la vuelta para dejarlo con la quilla hacia abajo.

—¡Aparta! —dijo Brand, tratando de bajarlo él solo sin ayuda de nadie—. No quiero verte aplastada por esta maldita barca.

—Eres un machista.

—¡Apártate!

—Está bien. Está bien.

—¿Qué eso que estoy oyendo? ¿No me digas que se me está rayando el coche? —dijo él con voz apagada desde debajo de la barca, mientras la bajaba a pulso.

—¿No quería hacerlo todo solo el señor Macho? Pues ahí tienes las consecuencias. Un buen araño en el coche. Ahora te aguantas.

—¿El señor Macho? ¿Me estás tomando el pelo? ¿Quién me llama así? —dijo él, dirigiéndose tambaleante hacia el agua con el bote de remos encima—. ¿Y ha sido muy grande el araño?

—No, no ha sido gran cosa. Aproximadamente del mismo tamaño del gusano que me lanzaste antes. Se me ocurre que tal vez podrías preparar con los gusanos una pasta para reparar la chapa. ¿Lo has pensado alguna vez?

—No, la verdad es que nunca se me ha pasado tal cosa por la cabeza.

Dejó en el suelo la embarcación junto a la orilla, se quitó los zapatos y lo fue empujando hacia el agua sin remangarse siquiera los pantalones. El bote no empezó a flotar hasta que el agua le llegó a la altura de los muslos.

Brand salió entonces del agua sujetando el bote con la cuerda que llevaba atada a la proa para que no se fuera. Se acercó a ella, se agachó hasta dejar los hombros a la altura de su cintura, le abrazó luego las piernas por las rodillas con las dos manos y la levantó en vilo cargándola sobre la espalda. Ella se sintió transportada al bote como si fuera un saco de patatas. Tras unos pasos por el agua, llegaron al bote y Brand la dejó dentro.

Sophie, tras la excitante sensación de haber ido con su cuerpo íntimamente pegado a sus hombros y a su espalda, notó nada más sentarse en el bote que tenía los pies mojados.

—¡Brand!

—¿Qué?

—Me parece que esta barca hace agua.

—No —dijo él, examinado el bote por todas partes—. No es ninguna fuga. Sólo rezuma un poco. Pero para eso tenemos ahí esa lata de café.

Luego se subió al bote por uno de los lados y tomó los remos mientras ella trataba de achicar el agua que tenía a la altura de los tobillos. Pero por más prisa que se daba con la lata siempre veía el agua al mismo nivel.

—¿Estás seguro de que sólo rezuma?

—Sí, no tengas miedo. Recuerda que soy un marine. Si el barco se hunde, te salvaré.

Después de un rato, Brand puso los sedales y le dio a ella una caña, mientras él achicaba y remaba. Y aplastaba chinchas.

—Me ha mordido algo aquí en el pie —dijo ella, poniéndose de repente de pie en la barca.

—No, no hagas eso, Dulce Pea. Siéntate. No se puede poner uno de pie en un bote. ¡Siéntate!

Ella se sentó. ¿Qué otra cosa podía hacer con aquel tono de voz tan autoritario?

—Se me escapó el pez —exclamó ella con gesto compungido.

—Créeme, estoy empezando a pensar que esto de la pesca está muy sobrevalorado —dijo él, mientras remaba describiendo un gran círculo alrededor de la laguna.

Aquella era una manera ridícula de llevar un noviazgo, pensó Sophie. Sin flores, ni vino, ni cenas románticas y sin un baile hasta el amanecer. Nunca conseguía hacer nada al derecho.

Pero ¿por qué, pese a todo ello, se sentía tan bien? Probablemente porque verle luchando denodadamente contra aquel bote lleno de agua que amenazaba con irse a pique en cualquier momento le resultaba tan atractivo como verle chupándose aquel resto de helado de la muñeca.

—Creo que ya entiendo por qué no había nadie en aquel barco del cuadro.

Y entonces se echaron a reír. Y a ella le pareció el chapoteo del agua en sus tobillos una sensación maravillosa, aunque no tan maravillosa como la de verle

luchando con los remos hasta que el sol acabó poniéndose y no fueron casi ya capaces de verse el uno al otro.

Conforme salían de la barca y se dirigían por la orilla resbaladiza hacia el coche, la noche pareció impregnarse de magia, bañada por la luz dorada de la puesta del sol.

—Estoy pensando en nuestra próxima cita —dijo él, dándole un fuerte manotazo a un mosquito—. Si esto es lo que tú entiendes por una tarde romántica, creo que tienes un serio problema.

—Puede que no haya sido muy romántica —replicó ella—, pero resultó divertida, y créeme Brand, si tengo que elegir, me quedo con la parte divertida.

—Vaya una idea que tienes tú de una tarde romántica. ¿Con qué clase de idiota estuviste comprometida que te enseñó a pensar de ese modo?

—Lo sabes muy bien. Pero dime entonces, ¿cuál es tu idea de una cita romántica?

—Dada las escasas posibilidades que ofrece esta ciudad, quizá podría ser ir al cine el viernes por la noche.

—Esta semana echan *Pánico en el túnel*. No creo que te parezca muy romántico.

—Veo que sigues sin entender nada. No se trata sólo de la película. Además, si lo que estamos tratando es de dejarnos ver por la ciudad, no creo que la laguna Glover sea el sitio más idóneo.

Sophie llegó entonces a la conclusión de que Brand Sheridan era el hombre más sencillo y a la vez más complicado con el que había estado. Era tan fácil hablar con él, estar con él, reír con él, y a la vez tan duro recordar que todo aquello era sólo una charada.

Pero mientras se arreglaba para ir al cine, le pareció que sí que era real. La fuerza con que le latía el corazón, el nerviosismo que sentía esperando el sonido del timbre de la puerta, la forma en que su corazón pareció salirse del pecho cuando le vio aparecer en la puerta. Todo eso era muy real. Como lo era la tensión casi eléctrica que parecía palpase entre ellos.

—Empieza el espectáculo —dijo él, aparcando el coche muy cerca del cine y abriéndole la puerta para que ella se bajara—. Hazte a la idea de que me amas por un momento, Dulce Pea.

El cine estaba abarrotado. Todos parecían mirarles con sorpresa y curiosidad. Algunos incluso daban con el codo a los que tenían sentados al lado para llamar su atención, o giraban la cabeza y estiraban ostensiblemente el cuello para ver mejor a Sophie con su nueva pareja.

—Tenías razón en lo de esta cita —exclamó ella—. No vamos a pasar desapercibidos para nadie.

Las luces se apagaron y comenzó la película. ¡Bum! Una terrible explosión inundó la pantalla. Sophie se quedó sin aliento. Odiaba ese tipo de películas. Miró a Brand y entonces su mano se encontró con la suya en la oscuridad.

—Estoy bien. Sólo me asusté un poco —dijo ella, y luego, al ver que no le soltaba la mano, añadió—: No tienes por qué hacer eso. Aquí no puede vernos nadie.

—En cuanto salgamos de aquí, la ciudad entera se enterará de todo lo que hayas hecho.

—Te sientes muy seguro de ti, ¿verdad? —susurró ella.

—Sí, supongo que sí. Y creo que no sin fundamento.

Y entonces él se puso a hacer esa cosa que sabía hacer tan bien con las yemas de los dedos en los nudillos de ella, a pesar de que eso no figuraba en las reglas, ni podía probablemente verlo nadie. Y luego, cuando pensó que aquella caricia había empezado a perder parte de su efecto, subió un poco la mano hasta su muñeca y comenzó a dibujar en ella con los dedos una serie de círculos lentos y sensuales.

¿Cómo sabía que las muñecas podían ser también zonas erógenas?

Cuando terminó con la muñeca, se dedicó a hacer los mismos masajes en la palma de su mano.

A lo largo de la película se entretuvo jugando con sus dedos. Se llevó su mano a los labios y la besó varias veces. Trataba su muñeca y la palma de su mano como si fueran partes del cuerpo de una mujer a los que se rindiera culto de adoración en alguno de aquellos lugares exóticos en los que había estado.

Cuando los créditos comenzaron a desfilar en la pantalla, ella apenas se había enterado de la película y casi no pudo levantarse de su asiento. Cuando lo hizo, comenzó a andar tambaleándose por el pasillo y él tuvo que ayudarla pasándole un brazo por la cintura y estrechándola contra sí.

—Te lo dije.

—¿Qué? —dijo ella muy digna.

—Que todos estarían pendientes de ti —replicó él, con una sonrisa de malicia.

—No, no puede ser.

—Está bien, sabelotodo, ¿de qué trataba la película?

Antes de que ella pudiera responderle, ya habían cruzado el vestíbulo y se hallaban en la calle.

—¡Oh, oh! Mucho ojo, Sophie —dijo él—. Ahora comienza de verdad el espectáculo.

¿Qué quería decir con eso?

Entonces ella vio que venía hacia ellos Gregg, acompañado de Antoniette.

Antoniette, como cabía esperar, era una mujer muy atractiva. Alta, de ojos azules y con un maravilloso pelo negro.

—Sophie —dijo Gregg—. Y tú... Brandon, ¿no? Quiero que conozcáis a mi Toni.

—Sophie, te estaré eternamente agradecida —dijo ella—. He estado adorando a este caballero desde la última fila de la clase de Derecho durante dos años. ¡Oh, Dios mío!, cuando me enteré de que estaba disponible, me lancé a por él. El pobre no sabía lo que se le venía encima, ¿verdad, cariño? Pero, bueno, ¿cuánto tiempo hace que os conocéis vosotros? —preguntó Antoniette.

—Toda la vida —replicó Sophie.

—Llevamos poco tiempo —dijo Brand casi a la vez que ella.

Sophie sonrió. Nunca debió haber dicho «toda la vida» refiriéndose a él. Ni siquiera como parte de la farsa, porque había abierto un enorme vacío en ella que nada iba a ser capaz de llenar.

—La verdad es que nos conocemos desde siempre —se corrigió Brand, estrechando a Sophie.

—¡Oh! —dijo Antoinette, mirándolos con la expresión de quien parece sentirse a gusto con todo el mundo—. ¿Y va en serio?

—No —respondió Sophie.

—Sí —respondió Brand. Antoinette echó a reír.

—Cuidado, Sophie, él tiene el aspecto de ser un hombre que consigue lo que quiere. ¿Vais a ir a Maynard? Gregg dice que todo el mundo va allí después del cine. Es tan encantadora esta pequeña ciudad. Estoy deseando ir allí.

—No —dijo Sophie—. Nosotros no vamos a ir.

—Por supuesto que vamos a ir. Como todo el mundo —dijo Brand al instante.

—Nos veremos allí, entonces. *Chao*.

Antoinette se despidió de ellos con un gesto, se agarró del brazo de Gregg y desaparecieron los dos entre la multitud que salía del cine.

Sophie entró en el coche y guardó silencio hasta que Brand puso en marcha el motor.

—No quiero ir a Maynard.

—Tranquila. Es sólo una prueba que tienes que pasar.

Pero ella sintió que no podría pasar esa prueba si él volvía a hacerle otra vez esas cosas en la muñeca. Prefirió que pensase que no quería ir por no ver a Gregg con Antoinette.

—Ella es un claro ejemplo de la injusta distribución de los bienes —dijo de mala gana—. Es inteligente y hermosa. No necesitaba ser amable, además —y añadió al ver que Brand no decía nada—: ¿La encuentras guapa?

—Claro que sí. Y además, inteligente y simpática.

—¡Oh!

—Sophie, el que sea todas esas cosas no significa que tú seas menos que ella.

—Ella fue la causa de que él me abandonara.

—Hablando con propiedad, fuiste tú la que le dejaste.

—Bueno, pensaba reconciliarme con él, después de poner en orden mis ideas.

—Bueno, ella es inteligente, hermosa y simpática, y te hizo un gran favor, impidiendo que cometieses el mayor error de tu vida. Esto último es lo que más me gusta de ella.

—Gracias, Brand.

—No me des las gracias tan pronto. Todavía no hemos acabado el día. Cuando salgamos de Maynard, el pueblo entero se va a enterar de que no sigues colada por él.

—¿Qué te propones?

—Sólo un poco de diversión.

—Me estás asustando.

—En el mundo del que vengo, un poco de miedo nunca viene mal.

Al llegar a Maynard, Brand le tomó la mano antes de entrar y se la llevó a los labios.

Después de eso, ella se dirigió a la mesa como en una nube, y sólo cuando ambos se sentaron él le soltó la mano.

—Venías siempre aquí con él después del cine, ¿verdad? —le preguntó él.

La camarera se acercó a la mesa y les ofreció la carta. Sophie tomó una, pero él negó con la cabeza.

—Yo ya sé lo que quiero —dijo él, sin apartar la mirada de Sophie.

La camarera miró a Brand, luego miró a Sophie y suspiró.

—Es usted una chica con suerte.

—Así es como vas a dejar claro a todo el pueblo lo que sientes por ese tipo —dijo Brand muy satisfecho, tan pronto se alejó la camarera.

—Todo esto me resulta muy embarazoso —replicó ella.

—Perfecto. La gente confundirá tu rubor con los ardores del amor.

Bueno, la situación parecía por momentos ser cualquier cosa menos una farsa.

—¿Así que venías aquí con tu ex? —le preguntó a ella, que asintió con la cabeza—. ¿Y qué hacías?

—Pedía chocolate caliente, me lo tomaba y luego me volvía a casa.

—¿Y qué más hacías con él?

Con Brand besándole la mano, mirándola con aquel calor e intensidad y diciendo que él sabía lo que quería, se sintió aturdida y confusa, porque nada de lo que pudiera haber hecho podría compararse con eso.

Al ver que ella permanecía callada, Brand la miró con una sonrisa y volvió a preguntarle:

—¿Y él, qué hacía?

—Me ponía la silla para que me sentara —dijo tras mucho pensarlo.

—¿Te tomaba la mano?

—¡Estábamos tomando chocolate caliente!

—¿Te miraba a los ojos? ¿Jugaba con tu pelo? ¿Te tocaba los pies por debajo de la mesa? —le preguntó él, acariciándole una pierna con el pie y comprobando el rubor que subía por sus mejillas—. Perfecto —concluyó satisfecho.

Antoinette y Gregg llegaron en ese momento. Brand los miró impassible. Gregg ayudó a Antoinette a sentarse, y luego se volvió y se puso a hablar con la gente que estaba sentada en la mesa de atrás.

—¿Recuerdas todo lo que hacías con él? —le dijo Brand a Sophie—. Pues haz conmigo ahora todo lo contrario.

—No te entiendo, Brand.

—Es muy fácil, sólo tienes que secundarme —le dijo él—. Sophie, ¿te apetece algo de la carta o quieres lo de siempre? —añadió al acercarse la camarera de nuevo a su mesa.

—Sí, lo de costumbre. Chocolate caliente.

Brand chasqueó la lengua contrariado.

—¡Lo contrario! —le recordó él en voz baja y, al ver que ella seguía sin comprenderlo, se dirigió directamente a la camarera—: Olvide lo del chocolate caliente, por favor. Tomaremos la copa grande de helado de nata y caramelo con crema batida. Y no se olvide de poner la cereza.

—¿Les traigo dos cucharas? —preguntó la camarera.

—Sí —contestó Sophie, desconcertada.

—No —le corrigió Brand, con una sonrisa maliciosa—. Preferimos una sola.

Cuando volvió la camarera con la gran copa de helado, hundió la cuchara dentro, tomó la cereza del copete y se la acercó a ella a la boca. Sophie sintió una extraña sensación adueñándose de ella y adivinó en seguida que tenía mucho que ver con ese «algo» que tanto había echado de menos.

Lo que no esperaba era que ese «algo» pudiera ser tan fuerte, como para sentirse como si hubiera recibido un mazazo en el estómago.

No salió de Maynard caminando. Salió flotando en una nube. Y continuó flotando todo el fin de semana, ayudándole al día siguiente en el jardín con las rosas de su madre y charlando con él por la noche en el porche de su casa.

Hablaron de cosas sin importancia: de sus recuerdos de viejos conocidos, de las noticias que aparecían ese día en los periódicos, de los planes que él tenía para regenerar los rosales y de lo que ella hacía en el trabajo.

Y hablaron de cosas importantes: de cómo la relación de él con su padre parecía ir mejorando día a día, y de cómo estaba cada vez más convencido de que su padre podía llevar una vida independiente sin la ayuda de nadie.

A Sophie le gustaba mucho ver el cariño y el respeto con que Brand hablaba de su padre. Se sintió, sin embargo, un poco culpable al comprobar que él no estaba al tanto de la estrecha relación que había entre su padre y su abuela, que iba por supuesto mucho más allá de una simple amistad, como él imaginaba, pero supuso que, ahora que padre e hijo comenzaban a entenderse, el doctor Sheridan le pondría pronto al corriente de todo.

Era una tarde espléndida de domingo. Lucía un sol radiante. Era una ocasión ideal para ir a Blue Rock, tal como ella había establecido en su programa. Pero albergaba una duda que le inquietaba: ¿Esa idea era sólo una parte más de su plan para hacer ver a toda la ciudad que ella ya no sentía nada por Gregg Harrison? ¿O era algo nuevo, más profundo, completamente distinto y mucho más emocionante? ¿Y Brand? ¿Sentiría él también lo mismo?

No estaba muy convencida de ello. Él parecía muy seguro de sí mismo y podía rechazar su plan con aparente indiferencia. En público, se mostraba encantador y

romántico, pero en privado seguía asumiendo su papel de hermano mayor. Pero, aun así, ella no podía dejar de recordar la sensación tan agradable de haber estado hablando tranquilamente con él de tantas cosas, como si hubiera vuelto por fin a casa, al lugar que le pertenecía después de su larga ausencia.

Pero ese día, en Blue Rock, cuando estuviesen los dos solos, estaba decidida a hacerle ver algo que él no podría olvidar tan fácilmente.

Iba con una camiseta sin mangas muy amplia y desgarbada, pero debajo llevaba puesto el biquini más diminuto que permitiría la ley.

Confiaba plenamente en el éxito de su plan. Sabía que la relación entre Brand Sheridan y Sophie Holtzheim estaba ya en boca de toda la ciudad. Ahora era otro su objetivo. Ahora sólo quería que él se diese cuenta de que había crecido. Sólo quería que la viese como una mujer.

Ella veía que él estaba empezando poco a poco a disfrutar de los encantos de la ciudad que un día había dejado atrás. Pero ¿entraba ella a formar parte también de ese poder de seducción?

Pasó a recogerla en un viejo jeep que parecía una reliquia de la Segunda Guerra Mundial.

—¿Qué has hecho con tu coche?

—Lo cambié por éste que me gusta más. Es mucho mejor para cargar viejos botes de pesca.

¿Significaba eso que estaba pensando ir otra vez de pesca? ¿Estaba planeando algo con ella? La forma con que la miraba y su sonrisa tenían algo de misterioso.

Se subió al vehículo. No tenía casi pintura en la chapa y los asientos de cuero estaban medio rotos. Pero había algo maravilloso en todo ello.

—Me gusta —dijo ella—. Muy a lo Indiana Jones.

Él la miró pensativo un buen rato y luego movió la cabeza a los lados con gesto de incredulidad.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí. Me parece mucho más apropiado para ti que el otro.

No se tardaba gran cosa en llegar a Blue Rock. Estaba en un cañón del Blue River, donde el río se remansaba formando un embalse de aguas profundas que adquirirían un tono verdoso tan hermoso como las esmeraldas. Blue Rock era una plataforma rocosa que se extendía a modo de cornisa por encima de aquel remanso, permitiendo tirarse al agua desde una altura de poco más de cinco metros. Había otras plataformas más escarpadas que se elevaban por encima de Blue Rock, entre ellas la célebre Widow Maker.

Más de la mitad de la ciudad había ido allí para refrescarse en aquel caluroso domingo.

Nada más llegar, Sophie extendió en el suelo la toalla, consciente del interés que su presencia había despertado. Los rumores sobre su nueva relación estaban empezando ya a circular.

Se imaginó que más de uno se preguntaría qué hacía un chico como él con una chica como ella. Gracias a su padre, la gente tenía de él la imagen de un agente secreto. Gracias a su trabajo, la imagen que la gente tenía de ella era la de una simple bibliotecaria.

¡No podía haber una pareja más insólita en todo el mundo!

Pero Sophie estaba dispuesta a demostrar que no era la chica que todos pensaban y a romper la imagen en que la habían encasillado desde su célebre éxito con *Los encantos de una pequeña ciudad*.

Respiró hondo y se quitó la camiseta.

Pero en vez de sentirse sensual y provocativa, se sintió de repente desnuda delante de todo el mundo.

## Capítulo 7

Lejos de sentirse sensual y segura de sí misma, Sophie ni siquiera podía mirar a la cara a Brand, que se había quedado tan mudo como las rocas que se alzaban a su alrededor.

—Te echo una carrera —dijo con voz ahogada, y corrió a meterse en el agua fría en un intento de combatir el intenso calor que sentía en su interior.

El bañador, que ya de por sí era frágil, sujeto apenas por unos ligeros tirantes, estuvo a punto de soltarse. Pero, cuando intentó colocárselo, lo sintió extrañamente blando en la mano.

Brand, que se había metido ya en el agua detrás de ella, se estaba acercando a ella con el cabello mojado y los ojos llenos de la luz que ella siempre había anhelado ver en ellos. Pero en su vida las cosas nunca habían salido según las había planeado, especialmente en lo relacionado con los hombres. Había fantaseado con aquella luz en sus ojos muchas veces, le había imaginado en aquel lugar corriendo detrás de ella...

No podía dejarse llevar por esos sueños. Tenía que hacer frente a la realidad.

—Brand, tengo un serio problema.

La magia con la que había soñado desde los quince años desapareció del rostro de él para ser sustituida por la preocupación.

—¿Qué pasa? —le preguntó acercándose a ella.

—No me toques.

—Perdona. Por tu forma de hablar, pensé que estabas a punto de ahogarte o algo así.

—Creo que mi bañador se está desintegrando —susurró ella—. ¿Por qué tienen que pasarme siempre estas cosas?

—¿Cómo que tu bañador se está desintegrando? —repitió él extrañado.

—¿Por qué tiene que salirme todo mal? ¡Sobre todo cuando estoy contigo!

—Oye, no me eches la culpa a mí.

—¿Puedes verlo? ¿Se está desintegrando?

Brand se inclinó hacia ella para intentar ver el bañador más de cerca.

—¡No mires!

—¿Y cómo diablos voy a saberlo entonces?

—Dios mío, me voy a morir de vergüenza.

—Nadie se muere de vergüenza.

—Por desgracia para mí —dijo tocando el bañador, que seguía en su sitio—. Bueno... Puede que no se esté desintegrando, pero... Es como si se estuviera ablandando, como cuando metes un papel en el agua.

—Bueno, hay algunos bañadores que... Bueno, no están pensados para mojarlos.

—Tú qué eres, ¿un experto en bañadores?

—Por desgracia para ti —respondió.

Sophie se imaginó a Brand en su elegante yate en las playas de España.

—¿Estabas siempre rodeado de mujeres hermosas? —preguntó.

Estaba dominada por los nervios, a punto de echarse a llorar. Él estaba fuera de sus posibilidades. Siempre lo había estado. Había pasado toda la semana intentando olvidarlo. Había intentado creer en los cuentos de hadas que tantas veces había repudiado.

Y entonces, como por arte de magia, él dijo las palabras perfectas.

—Ninguna de ellas era tan hermosa como tú, Sophie Holtzheim.

Se quedó mirándole.

No se estaba riendo. No estaba bromeando. No podía soportarlo. Si seguía sosteniendo su mirada, se echaría a llorar.

Bajó la mirada y vio su nuevo y sensual bañador. Lo que pocos segundos antes le había parecido tan provocador, ahora era simplemente indecente. Era tan transparente como una bolsa de plástico.

Rompió a llorar.

Brand, sin decir una sola palabra, la atrajo hacia él, le pasó el brazo alrededor de la cintura y la guió hacia la orilla.

En cuanto salieron del agua, Brand la rodeó con los brazos. En otras circunstancias, Sophie se habría estremecido por la intensa sensación que sentía al estar en contacto con la piel de él.

Pero estaba demasiado rígida, demasiado nerviosa. Protegiéndola con su pecho, Brand tomó la toalla y se la puso encima.

—Sigo siendo la misma calamidad de siempre —dijo sollozando.

Él sonrió.

—Eso es lo bonito de ti.

Y, entonces, como si hubiera dicho demasiado, como si hubiera sido él, y no ella, quien hubiera quedado en evidencia, le tocó la barbilla como siempre solía hacer, se dio la vuelta y se zambulló en el agua. Cruzó el río en cuatro brazadas y se subió a las rocas del otro lado.

Al principio, Sophie pensó que todo había sido una muestra más de que, en lo relacionado con él, todo le salía mal. Lo había estropeado todo con su maldito bañador. Y él se había sentido obligado a adularla afirmando que ella era la mujer más bonita de cuantas había visto.

Pero, entonces, lo comprendió todo.

Brand no estaba tratando de huir de ella, de su bañador o de la incómoda situación provocada por sus lágrimas.

Estaba haciendo lo que siempre había hecho, intentar hacer lo correcto. Estaba subiendo esas rocas por ella.

Fue por la parte escarpada del Blue Rock sin detenerse. Cuando llegó a la parte más peligrosa, aminoró la marcha, asegurando cada punto de apoyo, moviéndose con seguridad y confianza. ¿A qué altura estaba? ¿A diez metros?

Estaba muerta de miedo y, al mismo tiempo, fascinada.

Y entonces, mientras estaba allí, al borde del Widow Maker, el precipicio del que nadie salvo él se había atrevido a tirarse, miró hacia abajo. Pero no al agua, sino a ella, y la saludó con dulzura. Fue la confirmación de que lo estaba haciendo por ella, participando de aquel ritual ancestral que, desde el principio de los tiempos, llevaba a los hombres a demostrar frente a las mujeres que eran los más fuertes y los más valientes.

Hinchando el pecho, gritó a pleno pulmón y su voz resonó entre las rocas.

—¡Honor!

Cualquier persona que hubiera estado allí no habría podido evitar emocionarse.

Y, sin más dilación, saltó, impulsando primero los pies, con las manos pegadas al cuerpo, directo como una flecha hacia el agua. Aquel noble y loco acto de valentía hizo que Sophie se sintiera como tantas mujeres se habían sentido antes que ella a lo largo de la historia.

Sintió miedo por él, por mucho que supiera que no había nada que temer. Se sintió impresionada. Notó cómo las reservas que todavía pudiera tener se evaporaban.

Y se sintió orgullosa de haber tenido el valor de haberse puesto aquel minúsculo biquini blanco, algo que para ella había sido igual de osado que para él lanzarse desde el Widow Maker.

Brand emergió a la superficie, nadando con calma, ignorando a todo el mundo. Salió del agua y se tumbó en la toalla que ella había extendido a su lado.

—¿Por qué gritas honor antes de saltar? —preguntó ella.

—Es un grito de batalla. Para recordarse a uno mismo que vale la pena luchar por algo. Y morir por ello.

—Es algo más —adivinó ella—. Se trata de entrar en contacto con tu yo más profundo, ¿verdad? Sentir lo que se esconde en lo más profundo de tu interior.

—Dulce Pea, eres demasiado profunda para un tipo poco como yo —dijo él mirándola fijamente, con un sentimiento de posesión que hizo que los labios de ella se secaran—. Estamos los dos cubiertos de los arañazos de los rosales. Esto hace que parezca que hemos estado haciendo todo tipo de cosas interesantes —añadió acariciando uno de los rasguños de ella.

—¿Como domesticar gatitos salvajes? —bromeó ella, aunque el roce de su mano estuvo a punto de dejarle sin aliento.

—Oh, sí, ya se me había olvidado que Sugar Maple Grove tiene un estándar diferente para el entusiasmo que el resto del mundo.

—En cierto modo, para ti, hacer cosas peligrosas es lo más seguro, ¿verdad?

—¿Cómo? —preguntó él haciendo como si no la hubiera entendido.

Pero ella sabía que estaba fingiendo. Brand había sentido algo cuando ella había roto a llorar. Escalar por el acantilado y lanzarse al agua había sido, también, una forma de combatir esas emociones.

—Recurres al esfuerzo físico para evitar los riesgos de los sentimientos.

—Bueno, es una forma elegante de decir que a los chicos no nos gusta ver llorar a las niñas. Aunque, la verdad, tampoco era tan peligroso, incluso para las costumbres de Sugar Maple Grove.

—Al parecer, las costumbres están a punto de cambiar —dijo observando cómo Martin, uno de los adolescentes más atrevidos que andaban por allí, comenzó a trepar por el acantilado directamente hacia el Widow Maker coreado por los aplausos de sus amigos.

Brand miró al chico, que finalmente llegó al precipicio. El muchacho titubeó y luego saltó. Sus brazos y piernas giraron en el aire hasta que se hundió en el agua. A los pocos segundos, reapareció del fondo del agua agitando los brazos y haciendo la señal de la victoria con los dedos.

Brand cerró los ojos.

Sophie estaba tumbada en la toalla, observando el agua que recorría lentamente la piel dorada del hombre que estaba junto a ella.

Parecía tan relajado, tan a gusto...

Una semana.

Llevaba allí sólo una semana.

¿Cómo había dado su vida un giro tan drástico? ¿Cómo podía sentirse tan viva? Era como si toda la energía de su cuerpo se hubiera concentrado en su piel. Verle allí, al borde del precipicio, le había ayudado a conocerle mejor.

Y Brand no era un hombre que desvelara sus secretos fácilmente.

—¿Señor Sheridan?

—¿Sí? —preguntó Brand tapándose los ojos para protegerse del sol.

—Soy Gilmore Martin.

Brand se puso de pie y estrechó la mano del chico.

—Saltar desde el acantilado ha sido genial —dijo—. Estoy pensando en alistarme en los marines.

Sin previo aviso, los ojos de Brand se llenaron de un pesar que Sophie no había visto desde hacía días.

—Hijo, ¿cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—Deberías disfrutar de todo esto tanto como puedas. Sophie, ¿podemos irnos ya? A ella le sorprendió su brusquedad de él, pero había algo en sus ojos que le previno, y no discutió. Recogió su canasta de picnic, la toalla y los llevó al jeep.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó mientras metían las cosas en el maletero.

—Nada —dijo escuetamente, cerrando el maletero.

—Sí, ha pasado algo.

Ella le tocó el brazo mientras notaba cómo él intentaba alejarse de ella.

—¿Qué ocurrió cuando Martin te preguntó acerca de los marines?

—He cerrado la cremallera de muchas bolsas que cubrían a chicos de su edad.

—Háblame de eso —dijo Sophie.

—Vamos, Sophie...

—No —le interrumpió ella—. Dime lo que has visto, lo que has hecho.

—Sophie, tú ni siquiera podrías matar a una mosca.

Un muro alto e impenetrable cubrió los ojos de Brand, y ella se preguntó si, incluso en los mágicos momentos que habían compartido durante la última semana, él habría sido capaz realmente de desembarazarse de él.

Brand se soltó de su brazo, pero ella sabía que había una sola manera de romper el muro. Y sentía como si ella hubiera sido la elegida para hacerlo, como si su vida dependiera de llegar hasta él y rescatarle.

Aquello era muy distinto a cuando lo había besado en su oficina, lanzándose sobre él, intentando impresionarle.

No, aquello era diferente.

Era una forma de hacerle saber que ella estaba a su lado, que no se iba a rendir, le gustara a él o no. Él podía saltar todas las rocas que quisiera, ella seguiría allí, dispuesta a conocerle de verdad.

Sophie se puso de puntillas y le besó suavemente en los labios, sintiendo el sabor del agua del río y el aroma de la personalidad de Brand, un hombre fuerte, valiente, auténtico.

Y solo.

¿Era posible saber todas esas cosas con sólo besar a alguien?

No, no siempre.

Pero, en aquella ocasión, fue así.

Él se apartó, pero ella supo que él había entendido el mensaje por la forma en que la miró.

—¿A qué ha venido eso? —gruñó.

—La señora Fleckenspeck estaba mirando.

Brad se dio la vuelta y miró a su alrededor.

—Yo no veo a la señora Fleckenspeck. Además, ¿qué ha sido de la regla seiscientos, no hacer este tipo de demostraciones en público?

—¡Nunca ha habido tantas reglas! —protestó ella indignada.

—Desde luego, si las vas a romper de esta forma, mejor que no haya ninguna —dijo con una voz malhumorada que sonaba a la del hombre encantador que le había llevado guisantes de olor a su despacho, a la del hombre que había saltado de un precipicio sólo para impresionarla.

Ya empezaba a entenderlo. A él le gustaba romper las reglas si era él quien lo hacía.

—Bueno... —dijo él mirando a todas partes menos a ella—. ¿Nos vamos?

Brand condujo a toda la velocidad, como si tuviera prisa en alejarse de lo que había pasado. Sophie se sintió desilusionada. Había habido un momento en que había creído que aquello era real, que Brand había empezado a compartir sus pesares con ella, que aquella complicidad sería ya imposible de detener.

¿Cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que Brand confiara en alguien?  
¿Lo habría hecho realmente alguna vez?

De pronto, se dio cuenta de que era muy posible que siguiera tan enamorada de él como lo había estado a los quince años.

Era algo muy diferente a lo que había sentido por Gregg. Aquel tipo de amor podría consumirla del todo. Otra vez.

Toda su vida podría volver a desintegrarse. ¿Era lo suficientemente fuerte para afrontarlo?

Brand todavía podía sentir el sabor al agua cristalina de Blue Rock y a los dulces labios de Sophie cuando se acostó aquella noche. Iba a tener que escribir algunas reglas. Una de ellas, no volver a besarla. Nunca.

Pero, entonces, ella lo sabría.

Algo se había despertado dentro de él. Algo que había creído muerto para siempre. Algo que añoraba un lugar dulce y acogedor para sentar la cabeza.

Sophie.

Sólo Sophie, con sus desastrosos biquinis que se deshacían en el agua, era capaz de hacerle sentir así.

Llevaba ya una semana en Sugar Maple Grove. Y la verdad, por sorprendente que resultara, era que no se había aburrido ni un instante. La tensión que siempre le acompañaba se había ido suavizando poco a poco. Hasta que ese muchacho le había recordado a sí mismo, a un adolescente adicto a la velocidad, a las emociones fuertes, sin una sola preocupación en la vida y con sueños de comerse el mundo. ¿Por qué los jóvenes tenían tantas ganas de alejarse de allí?

«Intenta pensar en otra cosa», se dijo.

Recordó entonces que su padre no estaba en casa. Sophie le había dicho que era noche de bingo en el St. James Hall cuando habían llegado y se habían dado cuenta de que el coche de su padre no estaba.

—Ya veo que mi padre lleva una vida muy ajetreada —le había dicho él, sintiéndose contento por él.

—Sí, desde luego —había replicado ella.

Pero lo había dicho de tal forma que a Brand le había hecho pensar que, tal vez, Sophie sabía algo sobre su padre que no quería que él supiera. Sus sospechas se habían confirmado cuando le había preguntado por el incendio. Sophie se había quedado pálida.

Pero no podía culparla. También él tenía cosas que no quería que ella supiera.

«Dime lo que has visto, lo que has hecho», le había pedido ella, y él había estado a punto de hacerlo. Por un momento, había dejado de verla como la chiquilla a la que él siempre había protegido para considerarla una mujer que podría ayudarle a soportar la carga que llevaba sobre sus espaldas.

Suspiró con amargura. A pesar de sus vanos intentos, había vuelto a pensar en ella.

«¿Qué clase de hombre le pediría a una mujer que le ayudara a compartir sus problemas?», se preguntó.

¿Por qué no se había dado cuenta de lo mucho que le costaba afrontarlos hasta que ella le había pedido que le hablara de ellos? ¿Por qué había sentido la necesidad imperiosa de contárselos?

«Sinclair tenía razón», pensó tomando las cartas que le había escrito a Sarah unos sesenta años antes.

El soldado Horsenell llevaba por entonces varios meses al otro lado del océano. Sus cartas desde el frente eran cada vez menos frecuentes y más escuetas. El tono lleno de entusiasmo y curiosidad que había usado al principio, había dejado paso a un ligero escepticismo. A principios de 1943, ya no estaba en Irlanda, sino en algún lugar del sur de Francia.

Brand leyó una de las cartas de aquellos momentos.

Mi querida Sara:

Por favor, no me obligues a contarte las cosas que he hecho. La mayoría son muy desagradables. De verdad, confía en mí si te digo que es mejor que no las sepas. Yo preferiría no decírtelas.

Con todo mi amor,

Sinclair

La última línea era extraña, parecía haber sido escrita por compromiso.

Era evidente que Sinclair había tratado de reservar para sí sus secretos. Pero prefirió no leer más, aquella noche no tenía fuerzas para hacerlo.

Sin embargo, incluso después de apagar las luces, Sarah y Sinclair siguieron ocupando su cabeza a pesar de las décadas que le separaban de él.

Lo supiera o no, Sinclair estaba cambiando. El hombre de las primeras cartas nunca le habría escrito a su amada empezando con la expresión «no me obligues». En algún momento entre las cuatro o cinco últimas cartas, le había pasado algo. No debía haber sido plato de buen gusto para la dulce y pequeña Sarah recibir una carta así, suspirando por un muchacho que ya no existía.

Cuando había perseguido a Sophie en bicicleta, sintiendo el viento y la velocidad acariciando su rostro, había reconocido en sí mismo, por primera vez en mucho, mucho tiempo, al niño que una vez había sido. Cada segundo que pasaba en Sugar Maple Grove, cada instante que pasaba con Sophie, ese niño salía más y más a la superficie.

Pero, al igual que Sarah, Sophie se llevaría una gran decepción cuando se diera cuenta de que aquel chico que él había sido en el pasado nunca volvería.

La próxima vez que le preguntara, quizá podría responderle con la frase de

Sinclair: «Por favor, no me obligues».

Desde su dormitorio, oyó el ruido de un coche deteniéndose. Las puertas del vehículo se abrieron y llegaron hasta él las voces de su padre y de Hilde. Atraído por la curiosidad, se asomó a la ventana.

La abuela de Sophie y su padre estaban el uno al lado del otro con las manos entrelazadas.

Se besaron. Y no un casto arrumaco en la mejilla, sino un beso.

Avergonzado de estar espiándoles, se apartó de la ventana. Pero ya era tarde. Estaba sorprendido por lo que acababa de ver. Y muy molesto.

Después de haberle sermoneado por no haber acudido al funeral, ¿cómo había sido capaz de superarlo tan fácilmente y empezar una nueva relación como si su esposa nunca hubiera existido?

Entonces, recordó la conversación con Sophie, la extraña manera en que había hablado de su padre, y comprendió que ella lo sabía.

Y no se lo había dicho. Se sintió traicionado. Guardaría ese sentimiento para la siguiente ocasión en que ella le pidiera que le revelara sus secretos.

¿Por qué había de sorprenderse? Así eran todas las personas. Antes o después, todo el mundo decepcionaba a todo el mundo. Era él quien había sido un estúpido al pensar que podía confiarle a Sophie sus secretos más íntimos, toda su vida. Y dio gracias a Dios por no haber sucumbido a la tentación de hacerlo aquella noche.

Sintió la necesidad de escapar de todo aquello. De huir lo más lejos posible. Había adoptado la postura de un luchador y había retado al mundo a vencerle. Los militares habían aprovechado ese carácter para convertirle en un guerrero dispuesto para el combate.

Le habían preparado para enfrentarse a todo.

Menos a aquello.

Nunca había entrado en los dominios del corazón.

Sophie había dado en el clavo. Él siempre había hallado seguridad en el peligro. El riesgo le había servido para luchar físicamente contra las adversidades mientras evitaba mirar en su interior.

Y, ahora, tenía la sensación de estar en el borde de un precipicio mucho más peligroso que el Widow Maker.

Se estaba enamorando de Sophie.

Y estaba sucediendo sin haberlo planeado, sin haberlo meditado. Era algo que estaba fuera de control. Y, en el mundo en que siempre había vivido, eso era una debilidad inaceptable.

Y, entonces, tomó una decisión. Acabaría de arreglar los rosales de su madre. Ya que su padre parecía incapaz de hacerlo, él se encargaría de honrarla de ese modo. Después, hablaría con su padre acerca de su nueva relación sentimental.

Y, una vez terminado todo, se iría. Su unidad estaba acuartelada en California. No había estado allí desde hacía muchos años, pero podría ir allí hasta que pensara en

otra cosa.

Sacó el móvil, que no había utilizado en toda la semana, y envió un mensaje de texto a su hermana.

—Papá parece estar bien —empezó, y vaciló un momento.

¿Debía decirle que tenía una nueva amiga?

No, eso era asunto de su padre y de nadie más.

Le envió otro mensaje a su jefe. No podía quedarse allí un mes entero. No era seguro. Se había convertido en un lugar peligroso. Algo había sucedido. Se había enamorado de su ciudad natal.

Y de Sophie.

Nunca podría volver. Nunca podría volver a vivir en un pueblo como aquél. Era igual que Sinclair Horsenell. Ambos tenían algo que sobrepasaba a los pequeños lugares donde habían nacido. Y las chicas de pueblo no estaban preparadas para los hombres cínicos y desencantados como ellos.

Estaba destrozado. Era como una máquina averiada imposible de ser reparada. Ni siquiera toda la inocencia, todo el cariño y todo el amor del mundo serían capaces.

¿Y qué pasa con la palabra que le había dado a Sophie? Se había comprometido a ayudarla para hacer creer a todo el pueblo que eran novios.

Tomó el calendario que tenía junto al cabecero de la su cama y lo miró. Sólo había una cosa más. La fiesta de compromiso de su ex novio. Tenía ganas de romperle las piernas a ese tipo, pero sabía que estaba fuera de lugar. Además, él siempre había sido un hombre de palabra. Sólo porque Sophie le hubiera ocultado las nuevas aventuras de su padre, no iba a abandonarla a su suerte.

No. Brian Lancaster nunca habría hecho lo más honorable. Y volver, después de cuatro años fingiendo ser otra persona, era comportarse con honor e integridad.

Tenía que hacerlo, aunque le doliera.

También le iba a doler a Sophie, ya que estaba dispuesto a evitar cualquier contacto con ella hasta el día de la fiesta.

Era lo mejor para ella. Si seguía comportándose como lo había hecho hasta ese momento, la relación entre ellos se iría profundizando y la ruptura sería mucho más dolorosa.

No. Era mejor alejarse en aquel momento.

Aunque a ella le doliera.

Era por su bien.

## Capítulo 8

El vestido fue un último intento de arreglar algo que se había roto.

Sophie Holtzheim nunca había tenido un vestido como el que llevaba puesto. Ni siquiera el vestido de boda que le había hecho sentirse igual.

Era de seda verde iridiscente, y el primero que Sophie se había comprado de un diseñador importante.

Ahora entendía por qué lo hacía la gente.

El vestido no sólo se adaptaba perfectamente a su cuerpo, sino que lo realzaba. Y, aunque pareciera lo contrario, era diez veces más sugerente que el biquini. La seda se movía con elegancia, flotando a su alrededor en un murmullo sensual, acariciando con suavidad sus caderas y sus senos.

El color hacía que su piel pareciera de nácar y sus ojos brillaran con una luz especial. Le llegaba por las rodillas, destacando sus piernas.

Sin embargo, era consciente de que todas las esperanzas que había puesto en este vestido eran infundadas. Ya no pensaba en su reputación en Sugar Maple Grove. Le daba igual si Gregg Harrison se caía de espaldas al verla tan impresionante o no.

Le traía sin cuidado lo que los demás pensarán de ella.

Lo que deseaba era arreglar las cosas con Brand, pero sabía que algo se había roto.

Lo confirmó en el instante en que le abrió la puerta y le vio en el porche, increíblemente atractivo con un elegante esmoquin, una reluciente camisa blanca y una corbata perfectamente anudada. Su expresión seguía siendo la misma que una semana antes, cuando habían estado en Blue Rock.

Durante toda la semana, se había comportado de una forma fría y distante. Cuando ella había ido a ver la rosaleda, lista para ayudar, él le había dicho que prefería hacerlo solo, que era algo personal que quería hacer para honrar el recuerdo de su madre.

Ella no había podido oponerse a eso, pero pronto había descubierto que el asunto de las rosas no era algo aislado. Brand no quiso ir con ella a pescar, o a ver una película, o a montar en bicicleta, o a tomar un helado.

Hasta que lo había entendido: no quería estar con ella.

De haber tenido el más mínimo orgullo, habría cancelado lo de esa noche. Pero, desde el principio, todo había girado en torno a lo mismo, a demostrar públicamente que había superado su desengaño con Gregg.

Había esperado que el vestido impresionara a Brand, pero enseguida se dio cuenta de su error.

Su abuela acudió a la puerta para verles y habló en alemán.

—Averigua si sabe bailar, Sophie. No hay nada como un hombre que baile bien.

—Me temo que no tengo ni idea —le dijo Brand en un perfecto alemán, mejor que el de la propia Sophie.

Su abuela pareció complacida al descubrir que Brand sabía hablar alemán, como si no se diera cuenta de que él había entendido todas sus conversaciones personales. Incómoda, Sophie intentó hacer memoria para recordar las cosas que habían dicho ella y su abuela.

Pero se dio cuenta de que lo importante no eran los detalles de las conversaciones, sino el hecho en sí. Se sintió engañada y un profundo escalofrío recorrió su espalda. En aquel momento, le pareció un extraño, un hombre a quien no conocía de nada.

Recorrieron el camino que separaba la puerta de la casa del coche que Brand le había pedido prestado a su padre para aquella noche y le abrió la puerta con la educada formalidad propia de un sirviente.

Y, en cierto sentido, lo era. Sólo era una persona que le estaba haciendo un favor. Ella era la que había confundido las cosas, ella era la que se había hecho ilusiones, la que había visto en un par de besos fugaces y en las risas cómplices algo más que una relación cordial.

—Tenemos que hablar de la ruptura —dijo sentándose a su lado en el interior del coche y arrancando el motor.

Pero a ella le hubiera gustado saber por qué él no le había dicho ni una sola vez que hablaba alemán. No le apetecía hablar de ninguna otra cosa.

—¿Perdón?

—La ruptura —repitió él—. Dado que me voy a ir para no volver, si no aparentamos una ruptura, los demás creerán que han vuelto a dejarte y no mejorará la imagen que estás intentando cambiar.

—¿Te vas a ir?

—Sí.

—¿Pero no ibas a quedarte un mes?

—Sophie, los que tenemos este tipo de trabajo nunca podemos estar seguros de cuánto tiempo estaremos en un sitio —dijo él con frialdad.

—¿Y no vas a volver?

Brand la miró unos instantes y después volvió a concentrarse en el volante sin decir nada.

Sophie entendió su silencio como una afirmación. Brand no iba a volver.

¿Por qué se sentía tan afectada? ¿Acaso no había sido todo un juego?

Entonces comprendió la verdad. Le amaba tanto como a los quince años. Y, cuando se fuera, volvería a quedarse tan destrozada como entonces.

Sólo le quedaba una pequeña oportunidad para demostrarle que aquel lugar valía la pena.

Que ella valía la pena.

—No tiene por qué ser una ruptura pública —dijo ella mirando por la ventanilla—. Puedo fingir que seguimos hablando por teléfono y por correo electrónico, y luego dejar que el asunto se vaya olvidando poco a poco.

—Como quieras, pero asegúrate de que todos crean que has sido tú las que has

decidido cortar la relación —dijo él—. Puedes decirles que mi trabajo es demasiado exigente para una mujer que quiere las cosas que quieres tú.

—¿Qué crees que quiero yo?

—Está muy claro. Una pequeña casa como ésa de ahí —dijo señalando con la cabeza una casita a la derecha de la calle con un jardín y un columpio.

—Triciclos, juguetes, un marido que esté en casa por la noche, picnics, comidas familiares los domingos. La clase de vida que todo el mundo tiene en Sugar Maple Grove.

—¿Es que tú nunca vas a sentar la cabeza? ¿Que tú nunca querrás también esas cosas?

—Mi trabajo destruye cualquier tipo relación —dijo con solemnidad—. Lo he visto muchas veces. No es justo pedirle a alguien que viva con esa clase de incertidumbre, con un riesgo constante.

—Debes de sentirte muy solo.

—Yo no estoy solo —dijo él, pero algo en la forma en que lo dijo le hizo pensar a Sophie que ésa era la verdad, estaba completamente solo.

Pero ella ya había hecho todo lo que había podido para salvarlo de su solitario mundo. Por unos días, había creído que sería capaz. Pero, en ese momento, mirándole, se dio cuenta de que no tenía nada que hacer. Brand ya había tomado una decisión y Sugar Maple Grove no formaba parte de ella. Y ella tampoco.

Pero, a pesar del dolor que sentía, había aprendido algo importante. Dos semanas en compañía de Brand Sheridan habían hecho que Gregg le pareciera un hombre de cartón piedra, un hombre al que ella había recurrido para hacerse la ilusión de estar viviendo una relación como todos los demás, cuando, en realidad, sólo había sido una imitación barata.

Siguiendo sus indicaciones, Brand salió del pueblo y siguió una carretera sinuosa hasta llegar a la impresionante entrada de la casa de los Harrison.

—Pheasant Copse Estate —leyó él en voz alta el letrero—. ¡Vaya! ¿Tiene títulos reales o algo así? —añadió con cinismo.

—Aquí es donde yo iba a vivir —dijo Sophie a la defensiva, como si estuviera criticándola a ella y a sus sueños.

Recordó cómo se había sentido en el pasado conduciendo por el largo camino arbolado que atravesaba el bosque y el riachuelo hasta llegar a la casa.

Antiguamente, había sido una granja de dos plantas. Con el tiempo, había experimentado transformaciones sucesivas hasta convertirla en la casa que era ahora.

Había creído que aquél sería un lugar seguro y agradable donde vivir, como si, después de la muerte de sus padres, por fin algo fuera a salirle bien. Había creído que formaría parte de una familia otra vez, que tendría un lugar al que llamar hogar.

Entonces, comprendió que, además de la ruptura con Gregg, había sido la pérdida de ese sueño lo que tanto le había afligido. Tal vez más. Y se dio cuenta de que, tras la muerte de sus padres, había intentado buscar un lugar seguro donde refugiarse del

dolor y del peligro, un lugar donde nunca se habría conocido a sí misma, donde nunca habría vivido plenamente.

La casa estaba iluminada, parecía despedir rayos de oro a través de los hermosos cristales de las ventanas.

—Puedes aparcar en la parte de atrás —dijo ella, que conocía perfectamente el lugar.

Tal y como se había imaginado, los coches de los invitados estaban estacionados entre la casa y el granero, aunque el granero ya no albergaba animales, sino carísimos coches de época.

La parte de atrás de la casa estaba ya llena de invitados en torno a la piscina.

—Vamos a ver si lo entiendo —dijo Brand—. ¿Ibas a vivir aquí con sus padres? —preguntó buscando un lugar donde aparcar.

—Íbamos a tener nuestra independencia.

Con un gesto de desaprobación, Brand apagó el motor. Entonces, Sophie, inconscientemente, puso la mano en el manillar para abrir la puerta, pero él la miró enseguida y ella desistió.

Él dio la vuelta, le abrió la puerta y le ofreció su brazo.

—Ibas a vivir con sus padres —afirmó él enfadado.

—No veo qué hay de malo en ello —dijo con frialdad oyendo las alegres voces de los invitados a medida que se iban acercando, dándose cuenta de que no sentía ningún nerviosismo por la idea de volver a ver a Gregg—. ¿Por qué no podríamos haber vivido con sus padres hasta independizarnos por nuestra cuenta?

Pero ella ya sabía lo que él iba a decir. Y odió que él fuera capaz de entenderla tan fácilmente.

—¿Que qué tiene de malo? ¿Y qué hay de correr desnudo, de hacer el amor bajo las estrellas o en la mesa de la cocina? ¿Qué pasa con esa pasión capaz de hacerte gritar, con esa pasión que te hace sentir como si el universo estuviera a punto de explotar? —le preguntó Brand en voz alta, con un tono de voz muy distinto al de un hombre controlado y frío.

El mundo que estaba describiendo llenó a Sophie de angustia, porque, en su interior, deseaba desesperadamente conocer aquel lado salvaje suyo que la necesidad de seguridad había sepultado.

Ella nunca había querido sentir nada parecido por Gregg. Ni por cualquier otro hombre. Siempre había querido sentir ese tipo de cosas por él. Por Brand.

—¿No te olvidas de eso, Sophie?

Sophie estuvo a punto de explotar. ¿Cómo era capaz de llevarla hasta el límite de sus emociones para luego abandonarla allí con su corazón lleno de un terrible y frustrado deseo?

Por un momento, él se quedó quieto. Se detuvo y respiró profundamente. La miró fijamente y ella se dio cuenta de que, al fin, había visto el vestido. Y a ella. Y había tenido el efecto esperado. Con un hombre menos determinado que él, habría sido

suficiente para arreglar lo que se había roto entre ellos.

Pero Brand no era así. Apartó la mirada de ella, metió las manos en los bolsillos, se balanceó sobre los talones de sus zapatos y observó el cielo lleno de estrellas, como tomando fuerzas.

Y ella sabía por qué. Estaba a punto de decirle adiós. Él había hecho lo que había prometido, acompañarla a la fiesta.

—Todo esto fue una comedia desde el principio —dijo en voz baja.

—Ése fue nuestro trato. Siempre supiste que no sería yo quien te perseguiría alrededor de la mesa de la cocina hasta que no pudieras correr más.

—De modo que... Nada de lo que ha pasado esta última semana ha sido real, ¿verdad, Brand?

Él la miró dubitativo, y ella albergó una lejana esperanza por un instante.

—Nada —respondió Brand.

—Tú... —murmuró ella—. Eres el hombre más deshonesto que he conocido jamás.

—No me hables precisamente tú de honestidad.

—¿Yo? Vaya, eso es gracioso. Al menos yo no recuerdo haber engañado a tu abuela.

—¿Te refieres a tu abuela? ¿La que se dedica a besar a mi padre a la luz de la luna en la puerta de mi casa?

—¡Te lo has debido de pasar muy bien a costa nuestra!

—Y tú sabías perfectamente lo que estaba pasando entre mi padre y tu abuela. Y nunca me dijiste ni una palabra.

—Para tu información —dijo Sophie subrayando cada palabra para darle el mayor énfasis posible—, tu padre es más hombre de lo que tú serás jamás. Él no tiene miedo.

—¿Y yo sí?

—Tu padre no tiene miedo del amor.

Brand se quedó en silencio por un momento.

—¿Me estás diciendo que está enamorado de tu abuela?

—Eso debes preguntárselo a él —respondió ella—. Por cierto, olvídate de la ruptura civilizada de la que hemos hablado. Olvídate de las llamadas de teléfono y de los correos electrónicos. Es más, olvídate de que alguna vez hemos estado juntos.

Aunque estaba hablando en voz alta y la gente cercana a ellos se estaba dando la vuelta para mirarles, Sophie continuó sin darse por aludida.

—Olvídate de toda esta farsa. ¡No te necesito para ir por la vida con la cabeza bien alta!

Se alejó de él airada.

Y fue desastroso. Se le enganchó un zapato en la tierra y estuvo a punto de caerse. Brand hizo ademán de ir a ayudarla, pero ella le fulminó con la mirada, se quitó los zapatos y caminó hacia las luces y los ruidos de la fiesta sin mirar atrás una sola vez.

Aquél era un momento que siempre había sabido que llegaría, el día en que ella ya no le necesitara más. Lo había visto con toda claridad en el destello de sus ojos unos segundos antes. Sophie Holtzheim se había convertido en una mujer capaz de valerse por sí misma. Hasta entonces había sido como un pajarillo que se hubiera caído del nido y él hubiera cuidado. Aquella noche, con aquel maravilloso vestido, pensó que nunca había visto una mujer más preparada para volar por su cuenta.

Lo que no había previsto había sido sentirse tan triste al dejarla ir. La miró unos segundos más. Entonces, incapaz de resistir la tentación, se acercó lentamente a la parte de atrás de la casa donde estaban todos los invitados, consciente de que aquella podía ser la última vez que la viera.

La terraza estaba llena de gente, pero la reconoció enseguida. Y no sólo por el vestido, que la convertía en la mujer más atractiva del lugar, sino por la forma de llevarlo, por ella misma. Estaba fantástica. Parecía una princesa.

Desprendía confianza y seguridad en sí misma. Se notaba en la forma en que la gente la miraba. La observó abriéndose paso entre la multitud hasta llegar a la barra.

Y, de alguna manera, la oyó pedir algo al camarero.

—Un *whisky on the rocks*, por favor. Y que sea doble.

Unos minutos antes, él habría intentado aconsejarle que se lo tomara con calma. Pero estaba claro que el tiempo de protegerla había terminado.

Se quedó allí quieto, imaginándose el futuro, viendo con toda claridad cómo todos los hombres se volverían locos por ella, cómo intentarían acercarse a ella, invitarla a salir a tomar algo, a bailar, cómo intentarían besarla... Y ella sabría manejarles. Y no tenía que preocuparse por ella. Ya no era su protector.

Sophie ya no le necesitaba.

Sintió que un profundo vacío se abría paso en su interior, un vacío que nunca podría volver a llenar. Miró a la multitud una vez más y luego, antes de que pudiera verle, dio media vuelta y se alejó.

Volvió a casa de su padre, entró en su viejo dormitorio de la infancia y revisó sus mensajes. Ya lo habían preparado todo. Tendría que pasarse primero por las oficinas de la unidad cuando llegara a California. Le darían un alojamiento temporal y un puesto provisional enseñando técnicas militares avanzadas a los nuevos reclutas.

Esa era su vida. Daba igual que, durante el tiempo que había pasado en Sugar Maple Grove, lo hubiera olvidado. Su vida de siempre le esperaba y no servía de nada mirar atrás.

Hizo su maleta y esperó poder escabullirse sin que nadie se diera cuenta, aunque no iba a ser fácil. Aquella noche su padre estaba en casa.

—Creía que habías ido con Sophie a la fiesta.

—Y lo hice. No necesitaba que me quedara con ella. Papá, tengo que volver al trabajo.

—¿Esta noche?

—Ya sé que es repentino.

—Te has peleado con Sophie —dijo su padre mirándole.

—No ha sido una pelea.

—Le prometiste que la ayudarías a llevar la cabeza alta en este pueblo.

—Lo sé, pero creo que se ha dado cuenta de que no necesita la ayuda de nadie para conseguirlo.

—No la habrás hecho daño, ¿verdad?

—Le haré mucho más daño si me quedo.

—Vaya... —suspiró su padre—. Sabes lo de Hilde y yo, ¿verdad?

—El roce hace el cariño, ¿eh? —dijo Brand irónico.

—No tiene nada que ver con eso. No me avergüenzo de nada.

—¿En serio? Entonces, ¿por qué no me lo has dicho antes?

—Sabía que no lo entenderías, que te enfadarías. Y no me equivocaba.

Brand maldijo en voz alta como nunca había hecho en su vida delante de su padre.

—No hace falta ser tan desagradable.

—Soy un hombre desagradable en una profesión desagradable —dijo Brand—. Siempre te has encargado de que no olvide eso, que te dejé solo por elegir mi propio camino. Siempre he sido una decepción para ti. Te debiste alegrar cuando no acudí al funeral. Te debió de servir para confirmar tus ideas sobre mí.

Su padre lo miró atónito.

—Brand, eso no es...

Pero su hijo levantó la mano.

—No puedes o no quieres perdonarme por no haber venido al funeral, como si hubiera traicionado lo más sagrado que pudiera haber en este mundo. Y, mientras tanto, mientras te deleitabas criticándome y juzgándome, no has perdido el tiempo para sustituir a mi madre por otra. Sí, supongo que se podría decir que estoy enfadado.

—Sophie me habló sobre tu trabajo, me dijo que otras personas podrían haber resultado heridas o haber muerto si tú hubieras venido antes.

—No debería haberte dicho nada. Deberías haber confiado en mí.

—Lo siento.

Brand no estaba seguro de haber oído las palabras de su padre. No podía ser.

—Papá, ¿cuándo empezó todo esto? ¿Cuánto tiempo pasó desde la muerte de mamá?

—Para. No conviertas esto en algo sucio y degenerado. Y, sobre todo, no le faltes al respeto a tu madre.

—¿Es que alguien como yo es capaz de otra cosa?

—Hay algo que no entiendes, hijo —respondió su padre con la voz entrecortada—. La vida es corta. Muy corta. Cuando te ofrece algo, tienes que aceptarlo, porque no siempre te da una segunda oportunidad. Adoraba a tu madre. Estaba enamorado de ella. Tal vez tú seas capaz de vivir sin amor. Al menos, parece que eres capaz. Estás

en una edad en la que todavía crees que el tiempo es infinito, que tu vida durará para siempre. Pero yo, cuando murió tu madre, me di cuenta de lo rápido que pasa el tiempo, que el final puede estar a la vuelta de la esquina. Que llega sin avisar.

—Yo también he visto cómo la vida de muchos compañeros se agotaba.

Su padre lo miró como nunca antes le había mirado.

—Sí, estoy seguro de que has debido de ver cosas horribles, Brandon. Un padre siempre quiere proteger a sus hijos de esas cosas, pero yo no pude protegerte. Siempre fuiste tan cabezota... Siempre hacías lo contrario de lo que yo había planeado. En fin... Lo que trato de decirte es que, si las cosas siguen el orden natural, tengo mucho menos tiempo por delante que tú. No quiero perder un solo minuto de ese tiempo lamentándome por cosas que han pasado. Si lo hiciera, estaría negando el extraordinario regalo que Dios me está haciendo concediéndome más tiempo. No sé si puedes entender esto o no.

Lo entendía. Lo entendía muy bien. Incluso envidiaba a su padre por ser capaz de tomar una decisión de la que él era incapaz.

—Tengo que irme.

—¿Seguirás haciendo cosas peligrosas? —le preguntó su padre, y Brand pudo ver en sus ojos el efecto que tenía el amor en la gente, sembrando el miedo por la seguridad de los seres queridos, confirmando que su decisión de abandonar el pueblo había sido la correcta.

¿Iba a seguir haciendo cosas peligrosas? Sí, tarde o temprano terminaría haciéndolas. Pero prefirió no reconocerlo directamente.

—No. Creo que voy a estar en el equipo de formación por un tiempo.

El alivio en el rostro de su padre hizo que aquel acto final de falsedad hubiera valido la pena.

Tan sólo tres días después de llegar, a Brand le fue asignado un destino. Ni siquiera tuvo tiempo para deshacer las maletas. Sería una misión en la que tendría que poner a prueba su forma física y su facilidad para los idiomas. Sophie lo había entendido muy bien. En aquel peligro, él encontraba la seguridad.

Un agente había sido apresado y encerrado en una cárcel extranjera. Su objetivo sería rescatarlo a cualquier precio. La operación requería formación, disciplina, precisión y una perfecta sincronización. Era el antídoto perfecto para los cuatro años que llevaba en dique seco.

Pero no sirvió para poner remedio a su soledad. El peligro y la adrenalina no le dieron el alivio que había esperado. De hecho, fueron para él como imitaciones baratas de las sensaciones que había experimentado montando en bicicleta por Main Street en Sugar Maple Grove, navegando en un desvencijado bote con Sophie...

Enamorándose de Sophie.

Y tuvo que utilizar todo su entrenamiento para renunciar a aquello que más

deseaba. Por ella. Por el bien de ella.

Aquellos maravillosos días de verano ya habían quedado atrás. Tenía que reconstruir su vida, encontrar un lugar próximo a la base donde vivir, ocupar el tiempo libre que le quedaba con más trabajo para no pensar en ella, para no caer en la tentación de llamarla sólo para escuchar su voz.

«¿No podría llamarla? ¿Por qué no llamarla? Sólo una vez. Para ver cómo está», solía pensar.

Un día, mientras sacaba las últimas cosas que le quedaban en la maleta, encontró las cartas de Sinclair Horsenell. Las había leído todas.

Excepto una.

La abrió. Estaba fechada a principios del mes de mayo del año 1944. El soldado Horsenell no sabía nada del desembarco de Normandía, no sabía que el final de la guerra estaba próximo.

Querida Sara:

Te escribo para darte malas noticias. Quiero que rompamos nuestro compromiso. Por favor, no pienses que tú tienes algo que ver con todo esto, porque no es así.

El problema es mío. Ya no soy el mismo chico que era cuando me fui de allí. Me he convertido en un hombre, y no estoy seguro de que pudieras reconocerme en la persona que soy ahora. He visto y he hecho cosas horribles, cosas que quedarán grabadas para siempre en mi corazón.

¿Por qué volver a ese mundo que recuerdo cuando sé que ya no encajo allí? ¿Cómo puedo volver a ti después de todo esto?

Quiero que conozcas a otro hombre, a uno que jamás haya estado aquí, a alguien que fuera demasiado joven para alistarse y venir a este horrible lugar, o a alguien que fuera hijo único y tuviera la suerte de poder quedarse en casa. Un hombre que tenga en su interior los valores que tú te mereces.

Quiero que estés con un hombre que no se despierte en mitad de la noche gritando, que no haya tenido nunca la cara manchada de la sangre de sus amigos, que no lleve a sus espaldas el hedor y los gritos de los muertos.

Te deseo lo mejor.

Sinclair Horsenell

Brand dejó la carta sobre la mesa y supo que no volvería a llamar a Sophie. Había elegido ser un guerrero, emplear su vida en proteger a los demás, y eso le excluía para poder vivir cualquier otra cosa.

Esa elección le había cambiado. Le había convertido en un hombre que no podía aceptar el amor por el alto precio que tendrían que pagar aquéllos que le amaran. Lo había comprobado en el aliviado rostro de su padre al mentirle sobre su verdadero destino.

Como bien le había escrito Sinclair a Sarah, sería mucho mejor para Sophie

encontrar un hombre que no estuviera perseguido por las cosas que había hecho, un hombre que no hubiera conocido otra cosa más que Sugar Maple Grove.

Él había despreciado a Gregg Hamilton, pero ¿y si era exactamente la clase de hombre que Sophie necesitaba?

Pero, cuando pensaba en las cosas que le había dicho la última noche, se odió a sí mismo.

No podía seguir pensando en ello. Tenía que dejar atrás todo lo que había pasado.

Ningún remordimiento. Ninguna duda. Nada. Cuando llamara a su padre por teléfono, no le preguntaría por ella. No buscaría en Internet su nombre.

Pero, a pesar de su firme resolución, le pasaba lo mismo que al soldado Horsenell. Necesitaba que ella supiera que ella no era el problema.

Decidió tener un último contacto con ella. No sería en persona. Ni siquiera la llamaría por teléfono.

Pero ella comprendería que el problema nunca había sido ella.

Al fin y al cabo, aquellas cartas no le pertenecían. Eran parte de la historia del pueblo. Cuando ella las leyera, lo entendería. Él era un guerrero. No podía ir a casa.

Al final, no pudo resistir la tentación de enviarle algo más que el paquete con las cartas. Llamó por teléfono a la galería de arte de Sugar Maple Grove, la que estaba en Main Street, y encargó un cuadro. Un cuadro que representara una barca roja desvencijada atada con un cabo a un muelle.

Cuando le envió las cartas, no se sintió como un guerrero, sino como un hombre débil. Como el hombre más solitario del planeta.

Fue entonces cuando lo comprendió todo.

Amaba a Sophie.

Lo suficiente como para protegerla de lo más terrible que podría pasarle en el mundo, en aquel apacible pueblo donde todo era tranquilo y seguro. Amarle a él.

Horas después, su teléfono sonó. Un grupo terrorista había hecho rehenes en el piso treinta y uno de un hotel de lujo en el otro lado del mundo.

Estaba teniendo una gran repercusión internacional, de modo que su jefe pensó en enviarle a él. Sabía que sería un peligro si la prensa le sacaba una foto, pero necesitaba a alguien capaz de escalar con facilidad hasta la planta treinta y uno del hotel, y él era el más indicado.

A Brand no pareció preocuparle el tema de la prensa. Tenía que hacer ese trabajo. Y tenía que ser realista. Algunos de los rehenes no podrían sobrevivir al rescate. Quizá él tampoco.

Nunca, nunca podría permitirse vivir con Sophie para que tuviera que vivir situaciones como ésa.

## Capítulo 9

En los días posteriores a la marcha de Brand de Sugar Maple Grove, Sophie descubrió que la ira era una sensación preferible a la autocompasión, aunque fuera una autocompasión provocada por su corazón roto.

Nunca se había enfadado de verdad con nadie en toda su vida, pero en los días siguientes a la partida de Brand, recuperó el tiempo perdido. Cada vez que pensaba en él, algo que lamentablemente hacía con mucha frecuencia, se sentía mucho mejor si rompía algo.

Había un montón de lápices mordidos en su escritorio, documentos hechos trizas, dos tazas de café sin asas y un plato roto. Presionó las teclas de su calculadora con tanta fuerza que tuvo que tirarla a la basura, atascó la impresora y rompió la grapadora a propósito mientras maldecía su nombre.

Se sentía furiosa con él por dejarla, por hacer que ella le amara, por arruinar su último esfuerzo de reunir sus sueños rotos.

A las dos semanas, dejó de ser divertido romper cosas. Pero su furia no cesó.

La diferencia fue que empezó a dirigirla al verdadero culpable: ella misma.

Había sido ella la que había creído que necesitaba a otra persona para llevar la cabeza alta.

Esa terapia le sirvió para seguir adelante. Ya no sería nunca más aquella chica que había esperado que un hombre la protegiera y la rescatase.

No iba a esperar a nadie. Ya había perdido demasiado tiempo lamentándose. No, a partir de ese momento cuidaría de sí misma. Se apuntó a clases de defensa personal tres noches a la semana en un gimnasio del pueblo vecino. También daban clases de escalada, y se apuntó.

Había llegado el momento de desarrollar sus propias fuerzas.

La tercera semana, comprendió finalmente que Brand no volvería nunca. No llamaría por teléfono ni enviaría correos electrónicos, nada. Ya no tenía sentido correr de un lado a otro de la casa cada vez que veía un destello en el contestador automático, ya no tenía sentido ir corriendo al trabajo para comprobar su correo electrónico.

Antes de que el verano más caluroso de la historia de Sugar Maple Grove llegara a su fin, se compró un bañador nuevo de una sola pieza de color negro y fue a Blue Rock.

Resistió la tentación de recordar el pasado, el tiempo que había pasado allí con él, las hermosas palabras que él le había dicho, y empezó a escalar.

Se detuvo en el Blue Rock. Aquella altura era suficiente para hacer una demostración de independencia y coraje frente a sí misma.

Pero no lo hizo. Le dio la espalda al Blue Rock y comenzó la subida hasta el Widow Maker. Sus manos temblaban por el esfuerzo cuando finalmente llegó a la cima. Sus nervios estaban a flor de piel, pero la verdad era que tenía más miedo de

regresar por donde había subido que de saltar.

Se puso de pie en el borde. El corazón le latía en la garganta. Sus manos estaban resbaladizas por el sudor.

¿Y si no saltaba lo suficiente y se daba contra una roca? ¿Y si se resbalaba justo antes de saltar? ¿Y si no conseguía saltar recta y se hacía daño?

—Tengo un don para que las cosas salgan mal —recordó sus propias palabras.

Abajo, la gente empezó a reunirse al verla dispuesta a saltar.

«Salta», dijo dándose ánimos.

Intentó decidirse varias veces, pero el miedo la tenía atenazada. Todo el mundo la estaba mirando. El sol le daba en la espalda. Si no hacía algo pronto, iba a hacerse de noche.

Y eso sería un nuevo desastre. Tendrían que llamar a un equipo de rescate, y él acabaría enterándose. Acabaría sabiendo que era una cobarde.

¡No! ¿Cómo podría seguir viviendo con algo así?

«Salta», se dijo.

Pero, en esa ocasión, sucedió algo. Oyó el susurro de una voz.

«Sophie, yo sé quién eres en realidad».

¿De quién era esa voz? ¿De Brand? ¿De su padre? ¿De su madre? ¿De la madre de él?

Fuera quien fuese, el miedo se evaporó.

—Honor —susurró Sophie.

Y saltó con una confianza absoluta, sabiendo quién era. La caída fue muy rápida. Cuando impactó en el agua, le pareció sólida. Sus piernas tocaron el fondo. Se impulsó con ellos para salir a la superficie.

La gente rompió en aplausos y vítores. Y ella se echó a reír.

Había sido más fácil de lo que había imaginado. Lo que había sospechado de Brand Sheridan había resultado ser verdad. El valor que hacía falta para lanzarse desde una roca al vacío no era nada en comparación con el valor necesario para abrir el corazón y hacerlo vulnerable en un mundo duro y difícil.

A las cuatro semanas se compró una moto.

Hizo un hueco entre las lecciones de defensa personal y escalada para aprender a montarla. Su instructor de defensa personal la invitó a salir. También lo hizo un hombre que conoció escalando. Dijo que no a ambos, pero se sintió muy complacida.

Y justo cuando se había convencido de que nunca volvería a saber nada de él, llegó un cuadro. Pero no le gustó como le había gustado la primera vez. Ya no le parecía una hermosa invitación a pasar una tarde de verano en compañía de alguien especial. Parecía una imagen solitaria. Parecía una barca amarrada en un muelle esperando a alguien que nunca llegaría.

Metió el cuadro en un armario para no verlo. El cuadro no consiguió que sintiera

nostalgia por él.

Pero luego llegaron las cartas. El cuadro no había llegado acompañado por ninguna nota, pero las cartas sí.

Lo siento, me las llevé por equivocación. Son tuyas.

Al igual que había hecho con el cuadro, se dispuso a dejar a un lado la nostalgia que aquellas cartas despertaron en ella.

Pero algo la detuvo.

Él no había dicho que las cartas pertenecieran al Instituto de Historia, sino a ella.

Aquella noche, en la intimidad de su dormitorio, empezó a leerlas. Lo hizo como si se hubiera tratado de una novela, hasta llegar a la última.

No quería leerla. No quería saberlo. Pero tenía que hacerlo. Tenía que saberlo.

Cuando terminó de leerla, estaba llorando.

Estaba segura de que, a pesar de todo, Sinclair había regresado y se había casado con Sarah. Aquella última carta no podía ser realmente el final de la historia.

A Sophie se le daba bien la investigación histórica. Al día siguiente, para cuando cerraron las oficinas del Instituto de Historia, ya sabía la terrible verdad.

En un antiguo microfilm de la *Sugar Maple Grove Gazette*, encontró el acta de matrimonio firmada en junio de 1947 entre Sarah Sorlington y Michael Smith. Y no entre Sarah y Sinclair.

Sophie apenas podía leer a través de sus lágrimas.

La novia llevaba un vestido blanco de seda y un ramo de nomeolvides.

¿Un ramo de nomeolvides?

¿Por qué hacían juego con sus ojos, o porque no le había olvidado a pesar de haberse casado con otro hombre?

Lloró más desconsoladamente cuando encontró el obituario de Sinclair Horsenell. Lloró por un hombre que había muerto muchos años antes de nacer ella, por un hombre que había muerto solo en una casa de acogida para soldados. Nunca se casó ni tuvo hijos.

Creía haber superado su enfado. Pero no era así. Salió de allí, compró una vajilla entera de platos y aquella misma noche lanzó un plato tras otro con todas sus fuerzas contra los muros del Instituto de Historia. Cuando terminó con todos, su furia no se había aplacado. Estaba furiosa con Sinclair, por ser tan estúpido y obstinado, pero lo estaba aún más con Sarah.

¿Cómo había sido tan estúpida, tan débil y tan egoísta como para no ser capaz de leer entre líneas de esa última carta y darse cuenta de la desesperación en la que había caído aquel joven soldado?

Aquel pobre chico había perdido la fe en sí mismo, había perdido el camino de regreso hacia todas las cosas que amaba. ¿Y qué había hecho Sarah? ¿Por qué no

había ido a por él y le había ayudado a volver a casa?

Entonces, sentada entre los miles de pedazos de platos rotos, comprendió por qué Brand le había enviado las cartas.

No lo había hecho para que las devolviera al Instituto de Historia.

Lo había hecho para que ella entendiera que él era un hombre que tenía que vivir con la soledad y la amargura de haber visto y hecho cosas que lo habían alejado de las personas que había amado.

Al igual que Sinclair Horsesnell, no creía que nadie hubiera guardado el recuerdo de quién había sido él. Al igual que el soldado Sinclair, se había perdido en el camino a casa.

De repente, comprendió por qué había estado dando clases de defensa personal, de escalada, por qué había saltado del Widow Maker, por qué se había comprado una moto.

Había hecho todo aquello para poder ser una mujer sin miedo a ir tras él, aunque eso significara bajar a los infiernos para rescatarle.

Se trataba de creer que el amor, y no la lógica, les daría el mapa que ambos necesitaban para volver a casa.

Volvió a oír la misma voz que le había hablado en el Widow Maker. Y reconoció a la persona que se escondía detrás de aquella voz. No era Brand. No era su padre. No era su madre. No era la madre de él.

Era la voz de su propia alma.

Ahora sabía quién era y lo que tenía que hacer.

Brand estaba agotado y tenía el corazón destrozado. No habían podido llegar a tiempo y dos de los rehenes habían muerto.

Subió las escaleras y, cuando llegó a la puerta de su apartamento, se quedó inmóvil. Las luces estaban encendidas. ¿Se había ido tan deprisa que había dejado las luces encendidas? Era posible, pero poco probable. Se le había ordenado a la prensa no fotografiar ni grabar su rostro, pero... ¿podía estar seguro?

Se acercó a la puerta despacio y oyó la música.

Con sigilo, sacó la llave y fue a abrir la puerta. Pero no hizo falta. La llave no estaba echada. La puerta estaba entornada.

La abrió un poco y miró al interior. Desde allí podía ver todo el apartamento, a excepción del cuarto de baño. Había una maleta junto a la puerta.

Y entonces vio a Sophie Holtzheim en la cocina. Los nervios que experimentó fueron mucho más intensos que los que había sentido cuando le habían descolgado de la azotea del hotel para ayudarle a llegar al piso treinta y uno.

Estaba increíble. Llevaba una blusa blanca que parecía hecha a medida, unos pantalones vaqueros ajustado y unas sandalias. Llevaba el pelo más corto. Estaba maravillosa.

Y, como si no tuviera ya suficientes motivos para ablandarse, olió a galletas de chocolate recién hechas.

Nunca se había sentido tan feliz de ver a alguien en toda su vida. Era como si algo dentro de él se hubiera abierto y hubiera salido de su interior el sol. Toda su vida pareció iluminarse. Todo lo que había intentado contener para protegerla se empezó a derretir.

¿Cómo iba a ocultarle lo que le estaba pasando?

Entró en el apartamento, ella se volvió y lo miró.

—¿Qué demonios...? —intentó decir él titubeando.

—Hola, Brand. Encantada de verte.

—¿Cómo has entrado?

—Tu padre me dijo que seguramente dejarías la llave sobre el marco de la puerta.

—¿Mi padre sabe que estás aquí?

—Cree que soy lo mejor que te ha pasado en la vida.

«Esa no es la cuestión», pensó él. «Por supuesto que eres lo mejor que me ha pasado en la vida. El problema es que yo no soy lo mejor que te puede pasar a ti en tu vida. ¿No has leído las cartas? ¿Es que no lo ha entendido?».

—Esto es California, no Sugar Maple Grove —dijo él—. No se puede poner uno a hornear galletas con la puerta abierta.

—Para ya —dijo ella levantando la mano—. No necesito que nadie me siga protegiendo. Si necesito a un guardián, me compraré un *rottweiler*.

—No es necesario, tú perteneces a Sugar Maple Grove, y allí nunca pasa nada.

—No eres tú quien debe decidir a donde pertenezco yo.

Era una mujer completamente distinta, segura de sí misma.

—¿Qué has estado haciendo en mi cocina?

—He pensado que, dado que voy a pasar aquí una temporada, lo mejor es que ponga un poco de orden ahí dentro. ¿Qué es una casa sin una cocina en condiciones?

—Un piso de soltero. ¿Y qué quieres decir con eso de que vas a quedarte? ¿Te refieres a quedarte aquí? Ni lo sueñes.

—Por supuesto que me voy a quedar. Estaré aquí hasta que vuelvas en tus cabales.

—Sophie, es una insensatez cruzar todo el país con la idea de instalarte aquí.

—Ah —dijo ella—, pero no soy yo la que debe recuperar la cordura, sino tú. Además, he descubierto que, en estas circunstancias, ser sensata y cautelosa era lo más peligroso que podía hacer. Me habría quedado paralizada.

—No vas a quedarte aquí —dijo él secamente.

—Pareces agotado —dijo Sophie con dulzura—. Venga, ven y come unas galletas, están recién sacadas del horno. He seguido la receta de tu madre.

Sabía que lo más inteligente era cruzar de nuevo la puerta de su apartamento y huir. Pero no podía. Estaba como hechizado.

De mala gana, se sentó en la mesa de la cocina.

—Come una galleta —dijo ella.

Sabía que no debía hacerlo, pero la batalla consigo mismo fue breve. Le dio un mordisco, cerró los ojos y sintió un profundo placer.

—¿Quieres leche?

—Yo no tengo leche —dijo fríamente.

«Esto es un sueño», pensó. «De un momento a otro despertaré y todo habrá sido un sueño. ¿Desde cuándo me siento tan solo como para soñar estas cosas?».

—Nunca sé cuánto tiempo estaré en un sitio. Eso es lo que yo hago. Voy de aquí para allá. No siempre se puede saber cuándo volveré. Hay veces que ni siquiera sé si volveré.

Por toda respuesta, encontró un vaso de leche frente a él.

«No bebas», se dijo.

Pero fue en vano. Lo probó, y en el acto estuvo perdido.

Había estado viviendo sólo durante ocho años, y aquélla era la primera vez que se sentía en casa.

Las galletas, la leche, Sophie que lo miraba, el agotamiento, la gente que no había podido salvar...

Puso la cabeza entre las manos y se estremeció. Entonces, sintió que ella le ponía su mano en el hombro.

—No te preocupes —dijo ella en voz baja—. Estoy aquí.

—No sabes de lo que estás hablando —dijo él—. Había catorce personas dentro de ese hotel. Dos de ellas han muerto.

Sophie le pasó los brazos alrededor del cuello y él, inconscientemente, se apoyó en su hombro.

—Oh, Brand, lo siento... —susurró.

—Pude haber muerto —dijo—. ¿Qué clase de vida es ésa para alguien como tú? Esto no puede ser. Vas a tener que irte.

—No.

—Sí —insistió él.

—No —repitió ella.

—No puedes quedarte aquí si yo no quiero.

—Échame, entonces.

Pero no podía. Había algo en la presencia de ella allí que le impulsaba a dejarse llevar, a hundirse en aquella magia para siempre.

—No sería bueno para tu reputación en Sugar Maple Grove quedarte aquí conmigo —le advirtió.

—No me preocupa mi reputación —replicó ella riéndose.

—A mí sí. No puedes quedarte aquí. No es decente.

—Voy a quedarme aquí. Y dejaré que seas tú quien se preocupe en decidir si es decente o no.

¿Qué podía decir?

—Estoy aquí para cortejarte, Brand Sheridan.

—Esto no va a terminar como tú quieres —dijo él odiándose a sí mismo.

—Ah —dijo ella imperturbable—. No creo que ninguno de nosotros pueda saberlo hasta que haya hecho lo que he venido a hacer.

—¿Y qué pasa con tu trabajo? No puedes dejarlo. No puedes quemar todos los puentes por algo que no va a funcionar.

—Oh, me he traído toda la documentación. La junta directiva del Instituto de Historia pensó que sería bueno para mí alejarme por un tiempo para organizar mis ideas y proyectar mi libro sobre Sugar Maple Grove durante la Segunda Guerra Mundial. Puedo trabajar en él mientras tú estás por ahí en tus misiones secretas.

—Sólo tengo una habitación —señaló él.

—No me importa. Dormiré en el sofá.

—Eso ni lo sueñes. Yo dormiré en el sofá.

Ella le sonrió.

—Bueno, si insistes...

Y, de alguna manera, se dio cuenta de que había sido engañado, que había aceptado tácitamente que se quedara allí. Pero eso no significa que ella hubiera ganado. Si quería quedarse allí, que lo hiciera. Él la ignoraría.

Pero no pudo hacerlo. Aquella noche, después de atiborrarse de aquellas galletas que parecían tener algún néctar amoroso, ella consiguió convencerle para jugar al *Scrabble* y disfrutó derrotándole. Y después, ella entró en el dormitorio y salió con un camisón blanco que le dejó sin respiración.

—Debemos establecer algunas reglas en este periodo de cortejo —dijo él—. No esperes que te dé un beso de buenas noches. Nunca se sabe adónde nos podría llevar.

Ella lo miró con inocencia y los ojos muy abiertos.

—Tienes toda la razón. Debería haberlo pensado.

Y entonces le lanzó un beso, entró en el dormitorio y cerró la puerta.

Pero ni aun así estaba a salvo, y ella lo sabía. Cuando fue a usar el baño, encontró un sujetador rojo sobre la barra de la ducha. Sophie con un sujetador rojo. Y no cualquier sujetador rojo, aquél en concreto parecía haber sido hecho para volverle loco.

Sus días de dormir bien habían terminado.

Por la mañana, se encontró con un tazón de cereales con leche para desayunar. Intentó leer lo que ponía en la caja para no mirarla a ella, que estaba absorta leyendo el periódico, bebiendo una taza de café y con las piernas desnudas dobladas.

—Creo que vamos a necesitar algunas reglas más —dijo con voz ronca.

—Soy toda oídos.

—Nada de sujetadores rojos en el baño. Tampoco puedes ponértelos para andar por casa.

Ella le miró en silencio unos instantes, como fingiendo considerar su propuesta.

—Te propongo un trato —dijo Sophie finalmente.

—¿Un trato? —preguntó él con cautela.

—Yo prometo no pasearme en ropa interior por la casa si tú me llevas a dar una vuelta en bicicleta después del trabajo por el paseo marítimo. Podemos parar y comprar unos perritos calientes para cenar.

—De acuerdo.

Y así es como el cortejo a Brand Sheridan empezó: con paseos en bicicleta y perritos calientes. Poco después, a cambio de no dejar sujetadores negros en la ducha, él aceptó llevarla a patinar. Y cuando ella quiso ir a ver una obra de teatro, él ya no pudo convencerla de que no dejara su ropa interior por ahí.

Consiguió que no volviera a ponerse el camisón por la noche, pero fue inútil, porque ella lo sustituyó por un pijama que a él le resultó más sensual todavía, si eso era posible.

No podía dormir bien por la noche. Tenía tanto sueño durante el día que empezó a tener problemas en el trabajo. Empezó a cometer errores propios de un principiante. Su concentración se resintió. Llegó tarde para pasar lista porque la llamó por teléfono a la hora de comer para asegurarse de que había cerrado bien la maldita puerta. No respondió a una orden directa porque estaba pensando en cómo ella se había reído de él cuando le había dicho que se asegurara de que la puerta estuviera bien cerrada.

—¿Tu trabajo es siempre tan agotador? —le preguntó ella con dulzura esa noche—. Creo que esto te alegrará. Te he hecho algo especial.

Era la carne asada que tanto le gustaba. Y pudín de Yorkshire. Y con la receta de su madre.

—Esto no es un noviazgo —le dijo él—. Es un secuestro. Soy un rehén. Espero que te canses de esto cuanto antes.

Antes de que sus defensas se rindieran.

Pero ella no se cansó. El no estar en Sugar Maple Grove les hacía ser distintos, se sentían más libres. No había testigos. Ella no era la vecina, ni él el chico de al lado. Empezaron a conocerse de una forma distinta, como adultos, como iguales.

Ante la insistencia de ella, Brand la llevó hasta un muro bien elegido y ella le enseñó lo que había aprendido. Él llevaba escalando prácticamente toda su vida, pero verla a ella haciéndolo le pareció lo más excitante que había visto jamás.

Sophie adoraba probar cosas nuevas. Siempre estaba dispuesta a ir más allá de las escasas experiencias que había tenido en su pueblo natal. Le gustaba ver el mar y se compró un equipo de buceo. Planeó hacer picnics en la playa para ver las ballenas y los atardeceres. Y le tomó el gusto a la comida étnica.

Cuanto más exhausto estaba él por el cortejo de ella, desvelado todas las noches imaginándola en su cama, imaginando cómo sería entregarse a ella, abrazarla, poseerla, más se crecía ella.

El cansancio le fue pasando factura. Sus defensas estaban cada vez más bajas. Estaba empezando a contarle cosas que sabía que ella no podría entender. Le contó cómo había enterrado a su mejor amigo. Le habló del papel que había interpretado

como Brian Sinclair, traicionando a todas las personas que habían llegado a creer y confiar en él. Le contó la operación de rescate del hotel y del rostro de la mujer que no había sido capaz de salvar.

Pero lo cierto era que ella estaba asumiendo todo aquello mejor de lo que él había imaginado. Y, cuantas más cosas le contaba, mejor se sentía.

—Está bien, tú ganas —le dijo un día después de volver de una jornada de trabajo especialmente agotadora.

Ella había hecho limonada de fresa.

—Tú ganas, Sophie. Me rindo.

Esperaba que ella se diera cuenta de que, para un guerrero como él, aquellas palabras eran muy importantes. Y también que nunca le había hablado con más sinceridad que en aquel momento.

—No —dijo él mirándola, sintiendo que aquella rendición era un alivio—. Espera. No eres tú la que ganas. Soy yo. Porque aunque sé que no te merezco, aunque no quiero este estilo de vida para ti, tú todavía estás aquí. Y tengo la sensación de que no vas a desaparecer.

—Tienes razón, no me voy a ir a ninguna parte.

Se acercó a ella. Y se permitió a sí mismo tocarla. Era tan suave... Su piel era tan bella y tan perfecta... Era como si sus dedos hubieran estado esperando toda la vida para poder tocarla.

Acercó sus labios a los de ella y la acarició lentamente.

—Te amo —susurró él—. Quiero casarme contigo. Si no te tengo, si no estás conmigo el resto de mi vida, creo que no podré vivir. No me has cortejado, Sophie. Me has rescatado. Sophie, ¿quieres casarte conmigo?

Estaba pendiente de una palabra. Su corazón se detuvo, toda su vida estaba en vilo, necesitaba saber la respuesta.

Y cuando la oyó, fue como si el alma de Sophie le hubiera hablado. No fue sólo una palabra. Fue la afirmación del poder del amor sobre todo lo demás.

—Sí.

## Epílogo

Internet era algo que nunca dejaba de sorprenderle.

Había buscado en Google la frase *Los encantos de una pequeña ciudad* y se vio transportado en el tiempo por un vídeo de baja calidad en el que una chica ganaba el Concurso Nacional de Redacción.

Empezaba hablando con voz temblorosa, pero poco a poco fue adquiriendo seguridad en sí misma. Hablaba de las cosas divertidas que sucedían en los pueblos pequeños, como la ocasión en que se había corrido la voz de que el Presidente iba a ir a Sugar Maple Grove. Hablaba de picnics, de Blue Rock, de comer helados en las calurosas noches de verano.

Después, contó la historia de un muchacho enfermo de cáncer, de cómo todo el pueblo unido había apoyado a la familia y había recaudado dinero para la terapia.

Y, finalmente, mirando directamente a la cámara, una cámara que probablemente no sabía siquiera que estaba allí, respiró profundamente y dijo: «¿Quieren saber cuál es el verdadero encanto de un pueblo pequeño? El amor».

Brand detuvo el video justo en ese instante y encontró en los rasgos de aquella chiquilla pelirroja y pecosa a la mujer que sería en el futuro. Allí estaba, oculta, la semilla de la valentía con la que afrontaría su vida, la valentía con la que acabaría persiguiéndole a él hasta hacerle ver que necesitaba su amor.

Hacía ya tres años que se habían casado. Él había dejado FREES para dedicarse a lo que más le había gustado desde siempre. Junto con Sophie, había montado una escuela junto a las Green Mountains, a menos de veinte kilómetros de donde había nacido.

La escuela se llamaba Higher Ground y estaba especializada en la formación de escaladores para operaciones de rescate. Pronto había conseguido una gran reputación.

Hacía lo que más le gustaba. Sophie se encargaba de la administración mientras continuaba con su labor de investigación para el Instituto de Historia.

Trabajaban juntos, vivían juntos y el amor crecía día a día. Era la vida perfecta, el sueño de cualquier hombre hecho realidad.

—Brand, ¿qué estás haciendo?

Sophie se acercó a él y se apoyó en su hombro.

—No podía dormir.

Ella miró por encima del hombro a la pantalla del ordenador y se rió.

—Por Dios, Brand, esto no es lo que los hombres suelen buscar en Internet en mitad de la noche.

—¿Y qué sabes tú de cómo son los hombres, señora Sheridan?

—Sé que ninguno es como tú —respondió abrazándole.

No había nada más excitante que aquello, que amar a otra persona.

De joven, lo que le había excitado había sido el peligro, el riesgo. Se había dejado

engañar por las apariencias. Pero no se arrepentía. Le había hecho falta ser de esa manera para poder reconocer la verdad.

—Era bastante mona por aquel entonces, ¿verdad? —dijo ella.

—Y todavía lo eres —respondió él.

—Ya lo sé.

Ambos se rieron. Le encantaba la confianza que tenía en ella misma, su radiante belleza y el descaro que tenía por saber que él la amaba por encima de todo.

—Era una empollona —dijo ella—. Pero una empollona muy guapa.

—Va a ser como tú —apuntó él—, así que tendrá suerte de que esté yo aquí. Así podré protegerla.

—No sabemos si va a ser niño o niña.

—Yo sí —dijo él—. Va a ser niña. Siempre he querido proteger a alguien. He nacido para eso.

—¿Para proteger?

—Para ser padre.

—Sí. Has nacido para eso. Y, por cierto... Sobre esto de ser padre...

—¿Qué pasa?

—Creo que va a ser antes de lo que creías. Siento algo aquí dentro que...

Brand era un hombre que había mirado a los ojos de la muerte sin inmutarse, que podía colgarse a cientos de metros sobre el suelo sin tener vértigo, que había vivido siempre al límite.

Pero ella era la única que sabía que, sobre todo, era un hombre. Ella era la única que conocía sus debilidades, la única capaz de pillarle desprevenido.

Pero aquella noche no sucedería.

—No te preocupes, Sophie Sheridan —susurró él—. Estoy aquí contigo.

—No finjas... Estás muerto de miedo —dijo ella echándose a reír.

Ella era la única persona en el mundo que podía ver en su interior.

En el pasado, la arrogancia y la osadía de la juventud le habían alejado de toda su familia. Había pensado que necesitaba otras cosas: excitación, emoción, aventuras.

Pero la naturaleza del amor estaba en saber perdonar a las personas por sus errores y hacerles ver que sólo existe una aventura que vale la pena.

Brand se puso de pie y tomó la mano de Sophie. La miró fijamente. Y la palabra que vino a sus labios, a su mente y a su corazón no fue un grito de guerra, sino una afirmación.

—Honor —dijo en voz baja.

Y entonces, tomó a su esposa en brazos, ella le pasó las suyas alrededor del cuello, y sintiendo la dulce respiración de ella contra su pecho, Brand Sheridan tomó sin miedo el camino que conducía hacia el futuro.

Fin



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.